

Del olvido a la guerra de razas. “Nación” y “pueblo” en el discurso del revisionismo histórico argentino

Autor:

Gil, Germán Roberto

Tutor:

Pittaluga, Roberto

2024

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Licenciatura de Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Historia.

Grado



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE HISTORIA

TESIS DE LICENCIATURA

CARRERA: Historia – Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires

ALUMNO: Gil, Germán Roberto

L.U.: 13.368.838

DIRECTOR: Dr. Roberto Pittaluga

CODIRECTORA: Dra. Martha Rodríguez

Del olvido a la guerra de razas. “Nación” y “pueblo” en el discurso del revisionismo histórico argentino

*“-Entonces se enardece y me dice «salvaje unitaria»...
Y después de «salvaje unitaria» me dice «matrona del Famatina»...
Entonces, [...] se pone como loco y me dice «odre de lujuria» y...
Todo eso me dice. El nuestro es un amor literario e histórico.
Pienso que lo erotizo por nuestras diferencias políticas.
Imagínate: él nacionalista, yo liberal...”
EDUARDO GUDIÑO KIEFFER (1972)¹*

A Oscar Blanco, *in memoriam*.

¹ *Guía de pecadores*. Buenos Aires. Ed. Losada. 5ª edición, 1975, pp. 209 y 211-212.

1. INTRODUCCIÓN

¹“La historia de la historiografía corresponde a la historia de la violencia sobre el cuerpo narrativo del sujeto histórico nacional”.

Omar Acha²

Para las sucesivas “escuelas” historiográficas hegemónicas, el revisionismo histórico argentino (en adelante, RHA) ha sido y es un cadáver más o menos insepulto. En el ámbito académico se le ha cuestionado su carácter faccioso, una metodología no encuadrable en las pautas que las sucesivas historiografías dominantes consideraban indispensables para escribir “buena historia”, escasez de aportes al conocimiento histórico, recurso frecuente a teorías conspirativas y deficientes niveles de utilización de las herramientas heurísticas y hermenéuticas en la interpretación de los documentos; de esa manera, la mayoría de los espacios dedicados a la historia de la historiografía ha radiografiado los textos del RHA como raros ejemplares de un pensamiento viciado y retorcido (Zorraquín Becú, 1955). Por su parte, la historiografía de aquellos períodos en los que el RHA gusta de desplegar sus argumentaciones ni siquiera lo tiene como objeto de atención -ni digamos como referencia bibliográfica-: simplemente se lo ignora. En los últimos tiempos, a las acusaciones anteriores se ha sumado la crítica a una casi exclusiva selección de fuentes estatales para la sustentación de sus hipótesis. En definitiva, se trata de un discurso historiográfico cuya condena en el ámbito académico le cierra casi todas las puertas para una inscripción institucional en los ámbitos de investigación propios del campo o en la universidad, como no sea como objeto de estudio, a la manera de una rareza historiográfica.

Sin embargo, este cadáver se resiste a ser sepultado. Y esa resistencia se hace notar en la forma en que muchos de sus postulados, sus tópicos, sus mitos y aun su panteón están firmemente inscriptos en el imaginario social sobre el pasado argentino. Basta recorrer las redes sociales para advertir que existen dos temáticas sobre las cuales la más mínima mención –una frase, una imagen, un episodio, ya sea transversal– alcanza para desatar un torrente de vehementes reproches, insultos, afirmaciones doctrinarias, profesiones de fe y hasta juramentos de venganza. Es explicable que uno de estos temas sea el período político 1955-1976, dado que se trata de historia reciente, muchos de cuyos protagonistas principales y testigos viven aún; mucho más enigmático es que la referencia a algún hecho

² Acha, 2009: 215.

del siglo XIX desate reacciones semejantes. Y esas reacciones se hacen aún más vivas cuando rozan los temas que el revisionismo puso, a lo largo de toda su trayectoria, en tela de juicio. Las interminables retahílas de injurias aluden a apellidos de personalidades notables de aquel pasado decimonónico; un listado de las más emblemáticas debe incluir a Moreno, Rivadavia, Sarmiento, Mitre, Urquiza, Facundo Quiroga y, por supuesto, Rosas, verdadera piedra de toque de estos “debates”. Menos frecuente es que la discusión se centre en episodios históricos singulares, puesto que, en líneas generales, el nivel de conocimiento de los participantes no supera un mediocre caudal de información de nivel fáctico, muchas veces teñido de errores o anacronismos, lo que les impide argumentar sostenidamente sobre aspectos particulares del proceso histórico. El nulo contenido teórico de estas tenidas no supera el entronizamiento de una presunta “objetividad” (a la que los encarnizados adversarios suelen remitirse denominándola “la verdad histórica”, expresión que, por cierto, era propia del discurso del que más adelante definiremos como “segundo revisionismo”)³.

En estos debates, y precisamente porque en ellos la vehemencia corre a la par de la desinformación, los interlocutores no están discutiendo sobre historia. Sin embargo, es notorio que hay en juego *algo* muy importante: cada interlocutor se autoadjudica nada menos que el lugar de representante de “la nación”, “la nacionalidad” o “los intereses nacionales”. Así, el debate adopta la estructura de una “suma-cero”, toda vez que la posición adversaria, por supuesto, pretende asumir la misma identidad. En síntesis, “la nación” es un espacio de identidad codiciada, cuya posesión disputan los contendientes. Hay pues un acuerdo mínimo: el valor del objeto de disputa, que los participantes del debate reconocen implícitamente.

³ Si para muestra basta un botón, el nivel de confusión de estas argumentaciones puede notarse en la siguiente intervención de MM en un debate en Facebook del 2 de noviembre de 2020. Hablando sobre la campaña indígena de Rosas, argumenta: *“Rosa [sic] se entero de lo sucedido lo persiguió hasta la frontera donde los estermio, los chilenos no querian tener problema con Rosa y le seraron el paso los traidores, en es momento los ingles [sic] sabian lo que pasaba en el país y lo provocaron a Rosa por las Malvinas la invadieron el contesto que no queria saber nada sobre las isla, ya que tenía varios frentes de lucha 1) tenía problema con los unitarios que estaba en Uruguay 2) tenía problema con los ingleses por las Malvinas 3) tenía que parar a los indios que se llevan las riquezas a Chile, y también lidiar con Facundo Sarmiento [sic] que en Chile el dijo que el sur argentino era chileno todo para hacer la contra a Rosas aclaró que después de la campaña al sur contra los indios pudo libar a más 1600. Cultivos blanco la mayoría mujeres [sic] Del [sic por “Él”] fue uno hombre muy duro pudo ser que ISO cosa mala, cómo todos los gobiernos, pero lucho contra los ingleses y franceses. Al mando de su cuñado Mansilla. Creo que era el único hombre en ese monto [sic por “momento”] para poder arreglar el país, después de la muerte de Dorrego”*. Respeto la ortografía y la sintaxis del original.

Pero este acuerdo mínimo se rompe en cuanto el debate –siempre en términos de diatribas personales– se encamina en otra dirección: la identificación de “clase” *lato sensu* de cada una de las posiciones. Los próceres defendidos y atacados reconstituyen, significativamente, antiguas genealogías históricas, las que transmutan en injurias que los adversarios se arrojan entre sí, y que remiten a su condición de “pueblo” frente a los “oligarcas” o “cipayos”, o bien a la “civilización” y el “progreso” ante la decadencia, la barbarie o la ignorancia. Aquí, las categorías dejan de ser únicas y disputadas, para transformarse en complementarias: la polémica se produce entre categorías que conviven simultáneamente como pares opuestos en relación de necesidad mutua. En definitiva, el punto de acuerdo es la nación. Pero, ¿qué nación? O todavía mejor: ¿la nación de quién/es?

Si traemos estos encontronazos a colación es porque en casi todos ellos la sustancia de la discusión está inscripta en la agenda de los tópicos historiográficos que el RHA instaló en la Argentina, especialmente desde 1934. Los contendientes no evidencian demasiadas lecturas, ni revisionistas ni de otras adscripciones historiográficas; apenas, quizás, las necesarias para formarse alguna idea de los personajes históricos que juzgan “aceptables” y los que no. Sin embargo, la índole de las polémicas y las genealogías históricas demuestran la vigencia de la argumentación revisionista, y la forma en que continúa permeando buena parte del imaginario social histórico. La idea de una sociedad poseída de una “obsesión por el pasado”, no en tanto conocimiento, sino en relación con una identidad nacional que se supone “perdida” o “extraviada”⁴ –de hecho, en estos debates nunca se plantea el problema de qué significado darle a la expresión “identidad nacional”– justifica la pertinencia de mantener en agenda de investigación aquellos componentes que conforman el imaginario histórico de nuestra sociedad. Y el ejemplo citado de las redes sociales demuestra que, por más que no tenga un interés académico, el RHA no puede y no debe tenerse por un tema clausurado en relación con esa problemática.

Para no girar en un vacío conceptual, siguiendo a Esther Díaz, entenderemos por imaginario social

⁴ Quatrocchi-Woisson sostiene al respecto que “*Los estudios históricos nunca apasionaron a los argentinos, y menos en aquella época* [se refiere a la década de 1920. GG], *lo que contrasta con la sed de pasado que caracteriza a la vida cultural argentina*”. (1995: 75).

una compleja red de relaciones entre discursos y prácticas sociales [que] se constituye a partir de las coincidencias valorativas de las personas. Pero también de las resistencias. Se manifiesta en lo simbólico (lenguaje y valores) y en el accionar concreto entre las personas (prácticas sociales).

No obstante, cuando el imaginario se libera de las individualidades, cobra forma propia. Y por una especie de astucia del dispositivo se convierte en un proceso sin sujeto. Adquiere [...] una dinámica propia. Se instala en las distintas instituciones que componen la sociedad (Díaz, 1996: 13-14).

De manera que podríamos concebir el imaginario social como el territorio de todo lo pensable, constituido por una dialéctica de intercambios entre los sujetos que modifica permanentemente tanto los sentidos como los límites de ese territorio. En su interior, las interacciones van generando “parámetros epocales” a y desde los cuales los propios sujetos someten sus ideas y sus prácticas.

El RHA siempre se ha mostrado sumamente elusivo a una definición que incluya de manera convincente el conjunto de textos y prácticas que caracterizan su existencia. Hecho curioso: ante un texto, un enunciado, una práctica institucional, es posible reconocer inmediatamente su filiación revisionista, a pesar de la mencionada dificultad en definir con precisión los límites de dicha filiación⁵. Probablemente, este reconocimiento de carácter relacional ha llevado a Alejandro Cattaruzza a sostener que el revisionismo es un “movimiento intelectual cuyos elencos son aquellos que el propio grupo y el resto de la comunidad reconocen como tales” (1993: I, 115)⁶. Por su parte, Devoto y Pagano han ensayado una taxonomía de las conceptualizaciones pergeñadas por quienes han tratado de circunscribir en una definición la amplia variedad de temáticas y prácticas que este complejo objeto de estudio encierra; así, reconocen conceptualizaciones *historiográficas*, que se limitan a explicar al RHA como una “nueva interpretación del pasado argentino, en especial del período 1820-1852”⁷, conceptualizaciones *institucionales*, desde las cuales el RHA sería una **contrahistoria**, y las *ideológico-políticas*, que señalan su estrecha vinculación con los nacionalismos

⁵ Quizás la vigencia misma del RHA en el imaginario social es algo que debería formar parte de la conceptualización del fenómeno revisionista.

⁶ Es interesante hacer notar que, diez años después, en un trabajo en colaboración, el mismo autor limitaba la agencia del reconocimiento a “*los demás actores de los campos en que participaban*”, excluyendo la autopercepción de los propios revisionistas. Cf. Cattaruzza - Eujanian, 2003: 146.

⁷ Dentro de estas conceptualizaciones historiográficas, Alberto Pla ha intentado caracterizar la metodología propia del RHA, a la que describe como “*historia fáctica, de tiempo corto, y que entiende la historia básicamente como historia política*”, no demasiado diferente de la metodología historiográfica liberal (Pla, 1972: 41 y 43). La segunda característica señalada por Pla podría explicar la escasez de intentos de historia de síntesis que atraviesa la historia del revisionismo.

argentinos (Devoto-Pagano, 2006: 202-203)⁸. Esta taxonomía resulta útil para adentrarse en los prolegómenos del problema que pretendemos plantear, siempre que se tenga en cuenta que esas conceptualizaciones rara vez se encuentran en sus formas “puras”. Pues bien: para introducirnos en nuestros planteos, tendremos en cuenta, inicialmente, las dos últimas dimensiones conceptuales.

Las definiciones ideológico-políticas han gozado siempre de un alto consenso a la hora de determinar los rasgos identitarios del RHA como una historiografía de tipo “nacionalista”⁹, opuesta a otra definida como “liberal”, más en función de los fundamentos del modelo sociopolítico cuya existencia tiende a justificar que por unas prácticas historiográficas específicas. Y, precisamente, la arraigada convicción de que frente a un “liberalismo extranjerizante” se había alzado una contrahistoria revisionista surgida desde matrices de pensamiento nacionalistas es una de las ideas que nos proponemos colocar bajo la lupa de la crítica, para relativizar una identificación que, hasta ahora, ha sido formulada en término de absoluto.

Para ello, recuperaremos aquí el conocido concepto de nación formulado por Renan:

El olvido y, yo diría incluso, el error histórico son un factor esencial de la creación de una nación, y es así como el progreso de los estudios históricos, en efecto, vuelve a poner bajo la luz los hechos de violencia que han pasado en el origen de todas las formaciones políticas, hasta de aquellas cuyas consecuencias han sido más benéficas. La unidad se hace sentir siempre brutalmente [...]. La esencia de una nación consiste en que todos los individuos tengan muchas cosas en común, y también en que todos hayan olvidado muchas cosas”.

Y el ejemplo que pone Renan es muy preciso:

Ningún ciudadano francés sabe si es burgundio, alano, taífalo, visigodo; todo ciudadano francés debe haber olvidado la noche de San Bartolomé, las matanzas del Mediodía en el siglo XIII¹⁰.

⁸ A estas tres categorías, los autores añaden, lateralmente, una posible cuarta conceptualización: la *situacional*, que permitiría pensar el RHA como “*un estilo y un modo de colocarse en la polémica intelectual*” (Devoto – Pagano, 2006: 233).

⁹ Así Goebel, 2013: 16-17; Tarcus, 1996: 208; Kroeber, 1964: 40-41 o Di Meglio, 2010: 256. Empero, algunos investigadores vacilan en identificar sin ambages nacionalismo y revisionismo, pese a que ambas corrientes coincidan en determinados tópicos. Así, Carlos Rama nos recuerda que el filohispanismo es uno de “*los temas que plantea el nacionalismo burgués latinoamericano y que recoge la historiografía revisionista*” (1981: 41-42. Negrita mía. GG). Esta distinción le permite incluir en este grupo a Ricardo Levene sin necesariamente etiquetarlo como revisionista.

¹⁰ Ed. on line en https://perso.unifr.ch/derechopenal/assets/files/obrasjuridicas/oj_20140308_01.pdf. Aquí podemos encontrar, como veremos más adelante, un punto en común con Foucault, que señala que “sólo los contenidos históricos permiten reencontrar la eclosión de los enfrentamientos y las luchas que los arreglos funcionales o las organizaciones sistemáticas se han propuesto enmascarar” (Foucault, 1996: 17). Pero, como veremos, la diferencia estriba en la direccionalidad que ambos autores imprimen a las “permisividades”: si para Renan el *olvido* permite la construcción de la nación, para Foucault es la re-

Renan descarta factores como la raza, la lengua, la religión o la cultura comunes como elementos performativos de la nación y concluye que ésta es resultado de una voluntad compartida por la ciudadanía, a partir de la existencia de esas “cosas en común” –entre las cuáles está el “deber de olvido”-. Pero esta comunidad de vivencias y de olvidos no se realiza de una vez y para siempre, de acuerdo al formato contractualista rousseauiano, sino que se actualiza permanentemente (“un plebiscito cotidiano”).

Ahora bien: sumemos una más entre las múltiples interpretaciones que de estas ideas se han hecho. En primer lugar, deberíamos reconocer que, en la construcción de Renan, si descartamos el voluntarismo contractualista, en la que pasamos del *bon sauvage* aislado a la sociedad organizada, aquí pareciera dibujarse la existencia de una comunidad *previa* a la nación, un sujeto colectivo ya existente y “convocado” a olvidar: precisamente porque existe previamente, es esa comunidad la que puede (y debe) olvidar, la que es llamada a olvidar, la que recibe ese mandato, la que, con una expresión particularmente feliz, puede calificarse como una previa “comunidad de olvido” (Palti, 2000: 78-79; esta idea se profundiza en Palti, 2006: 65-66 y 72-73). En esta comunidad anterior a la nación (una especie de “nación preexistente a sí misma”) se han fundamentado tanto las narrativas de la Academia Nacional de la Historia como las de su adversario, el RHA.

En segundo lugar, ¿por qué es necesario olvidar las violencias originarias? Una primera respuesta a este interrogante sería la propuesta por Palti: en clave de pensar la nación como el sujeto en el que se desenvuelven las fuerzas del progreso –estamos en 1882, cuando el mito del “progreso indefinido” está plenamente operante en el imaginario occidental-, a Renan le cuesta concebir a ese sujeto como surgido de una violencia originaria; o dicho de otra forma, la barbarie no puede haber sido la “acción creativa” a partir de la cual “se revelaría no sólo como el origen sino también como *el principio permanente en el que se sostiene y por el que se produce o reproduce todo sentido de identidad*” (Palti, 2006: 83). Aquí podríamos encontrar la clave de lectura de la “historia nacional” argentina hasta 1930, que se mantuvo con notable persistencia en los manuales escolares¹¹. Pero una segunda respuesta, forjada en una matriz menos optimista, pondría

presentación permanente de los “saberes-sujetos” las que sostienen las prácticas de resistencia sobre las que se edifican las sociedades nacionales (1996: 19).

¹¹ Se ha señalado hasta el hartazgo el método expositivo de la historia argentina en los libros de lectura para la escuela primaria, que hasta bien entrado el siglo XX saltaban desde un relato pormenorizado del proceso 1806-1816 (priorizando lo militar), hasta la presidencia de Sarmiento o, eventualmente, hasta 1880, reduciendo al mínimo, o incluso eludiendo de esa manera las guerras civiles, la “guerra de policía” y –con mala conciencia, porque ¿qué razón habría para silenciar la victoria de la civilización sobre la

el acento en que, si para que exista Francia los franceses deben haber olvidado la noche de San Bartolomé, es porque en esa noche quienes ejercieron la barbarie fueron los (hoy) ciudadanos franceses, y las víctimas de esa barbarie fueron, igualmente, los (hoy) ciudadanos franceses; en una palabra, Francia es el producto tanto de la existencia pretérita de un campo victimario y uno victimizado, como de que ambos campos hayan olvidado que lo fueron y, como señala acertadamente Palti, incluso que hayan “olvidado el olvido” (2006: 77)¹².

A partir de esos requisitos, la nación se consolida como “unidad” y como “totalidad”, en competencia con otras naciones “unas y totales” con las que se encuentra en competencia permanente. Hasta 1918, no habrá nada que justifique la reaparición de la violencia interna, que se desplaza hacia el “exterior”, hacia ese espacio simbólico en el que chocan las “soberanías nacionales”, cada una de ellas únicas y totales. Como señala sagazmente Ariza, Renan puede invocar esa vida nacional “vivable” y pacificada hacia el interior porque era la vida de los *presentes* en la historia; Benjamin, como judío, y Fanon, como martiniqués, podían resucitar en sus concepciones teóricas la conflictividad “olvidada”, por ser parte de los *ausentes* de esa misma historia (Ariza, 2004: 120).

El RHA -especialmente desde su segunda etapa- se autoidentificó como una “contrahistoria” surgida desde una supuesta oscuridad y un silencio impuestos por la “historia oficial”, que desde Caseros instituyó una “historia falsificada” de acuerdo a los intereses de los emigrados y liberales en el poder desde 1852 y, más aún, desde 1859. El relato mediante el cual el RHA se celebra a sí mismo asegura que las primeras revisiones de la “historia oficial” provinieron de voces aisladas de historiadores liberales “honestos”, que no se prestaban al juego de la falsificación; más tarde, otros se fueron sumando y

barbarie, de la Libertad sobre la Tiranía?- la Guerra Guasu, así como los conflictos posteriores a 1874 (Poggi, 2010; Romero, 2004:41-42). Pareciera subyacer la idea de que educar ciudadanos para una sociedad en pleno progreso supone no inculcar la noción de que la violencia pueda ser la “partera” de una etapa superior del proceso civilizatorio.

¹² No podemos evitar la tentación de señalar que también Renan ha “olvidado el olvido” al pronunciar su conferencia. De lo contrario, hubiera debido señalar que “la nación francesa” ha vuelto a ser plebiscitada violenta (y no pacíficamente) una y otra vez en tiempos recientes, cuando una violencia colectiva ha transformado las estructuras de dominación (como en las “masacres de septiembre” de 1792) o muy recientes, cuando ha fracasado en hacerlo (en el caso de la Comuna de París, en 1871). Renan no menciona estas sangrientas renovaciones del “plebiscito cotidiano” por la misma razón que los libros de lectura en la Argentina no incluían las guerras civiles: quizás porque (hombre de su tiempo al fin) participa subconscientemente del prejuicio de que la violencia –o por lo menos la violencia al interior de la nación– no puede ejercer una función progresista, lo que lo obliga a remitir la “acción creativa” a un tiempo mítico y alejarlo de la historia reciente.

organizando, hasta lo que ellos entienden como el triunfo de las ideas revisionistas¹³. Ahora bien: desde la perspectiva de Renan, difícilmente se pueda concebir al RHA -al menos, desde 1934- como una historiografía “nacionalista”, toda vez que su aparición y consolidación ha venido no sólo a reavivar la conflictividad supuestamente superada del siglo XIX sino, hasta cierto punto, a poner en discusión la “victoria de los vencedores” y, con ello, los fundamentos mismos de la nación. En este sentido renaniano, es la “historia oficial” la que habría cumplido un papel auténticamente “nacionalista”, al construir un relato que colocaba los hechos y las definiciones de las guerras civiles en línea con el progreso indefinido de la libertad y de la prosperidad argentina; ese “relato de la nación” se vertebró, como es sabido, con los aparatos ideológicos del Estado para crear un sentido común, que el segundo revisionismo habría creído necesario cuestionar.

Pero entonces, si el relato revisionista es “antinacional”, si se identifica con una de las “dos Argentinas”¹⁴ contra la otra, ¿cómo hacen los historiadores revisionistas para hablar en nombre de *toda* la nación, y qué nación es ésta? La clave está en que la construcción del concepto de “nación” que realiza el RHA se desenvuelve en oposición al “otro” extranjero, que asumirá distintas identidades según la perspectiva ideológica del autor de que se trate, ya sea un país –v.gr. Inglaterra o Francia- o una categoría conceptual –el

¹³ Quizás prematuramente, Ernesto Palacio había sostenido que “[...] *todos los historiadores actuales son rosistas*” (1974: 92). Ya en 1960, José María Rosa cantaba victoria en estos términos: “[...] *el revisionismo ganó fácil y triunfalmente a las capas sociales inferiores [...] pudo resistir triunfalmente a todas las pruebas [...] de un liberalismo definitivamente en retirada*” (1960: 116, reproducido años después en 1968: 70-71). Pero ya en 1959 Jauretche aseguraba que “*ya prácticamente nadie habla en serio de la historia oficial. La Historia, así con mayúscula, es sólo la revisionista*” (1975: 85); más categóricamente, en 1967 aseguraba que “*ya la historia oficial está superada [...] y la revisión histórica es definitiva en todos los sectores del país*” (1974: 17).

¹⁴ El mito de “las dos Argentinas” supone la existencia de dos sociedades paralelas en el tiempo, cuyas respectivas fuerzas productivas y relaciones de producción aparecerían completamente disímiles. La formulación inicial de este discurso fundacional no es de origen revisionista, pues se remite al *Facundo*, de Sarmiento, si bien existen precedentes en esbozo en la obra política de Echeverría e incluso en alguna documentación de la etapa colonial. El RHA se apoderó de este relato fundacional y lo incorporó a su repertorio invirtiendo, eso sí, los esquemas valorativos sarmientinos, bajo el supuesto que cada una de esas “Argentinas” conllevaba una historia diferente. La historia de la Argentina oficial después de Caseros, era la “historia falsificada”, la versión liberal que los vencedores habían impuesto a toda la sociedad; el RHA reivindicaba la “contrahistoria” de la otra Argentina, la historia nacional, enmudecida hasta el arribo de las voces revisionistas. Sin embargo, la crítica historiográfica, que ha reparado correctamente en la axiología inversa que suponía esta apropiación –y, consecuentemente, ha subrayado una continuidad entre ambas prácticas historiográficas, una continuidad que sólo unos pocos autores revisionistas admitirían-, ha sido menos consciente de la amplia gama de matices que se ponían en juego entre los textos y contextos en los que el RHA desarrolló sus prácticas historiográficas. Creemos que una de las causas de tan amplia variedad de apropiaciones del “mito de las dos Argentinas” se debe a que todas ellas constituyen respuestas diferentes a un problema ínsito al interior del discurso revisionista.

colonialismo o el imperialismo-. Esa alternativa les permite articular a la “otra Argentina” (la de la “burguesía”, “los comerciantes”, “Buenos Aires” o la “oligarquía”) como aliado, o incluso como parte del campo enemigo; se trataría así de una “Argentina no argentina”, opuesta a la nación, cuyo sentimiento contra ese enemigo es unánime.

Y aquí llegamos finalmente al problema que, según afirmábamos más arriba, se le plantea al RHA. Les resulta muy sencillo identificar a los agentes que operan en el campo enemigo, pero ¿quiénes son los que alinean con el “campo nacional”? Los próceres del panteón revisionista, ¿a quién [se] dirigen? ¿Cuál es la respuesta, los motivos y el grado de autonomía de los que constituyen la base social de sus enunciatarios? Estas cuestiones estructurarán el orden de exposición de nuestro trabajo. En los apartados segundo y tercero pasaremos rápidamente sobre las características del primer (1887-1933) y del segundo revisionismo (1933-1954) y de las respuestas que dieron al problema que enunciamos, para desplegar en el cuarto las importantes novedades que se produjeron en el tercer revisionismo (1955-1976)¹⁵, en el que identificaremos dos registros discursivos. En el quinto apartado analizaremos tres estudios de caso y las formas que las respuestas a aquel interrogante han tomado: al interior de los espacios institucionales del RHA, la polémica de Juan Pablo Oliver con Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Duhalde sobre la guerra de la Triple Alianza; por fuera de esos espacios, observaremos el caso de dos textos permeados por el revisionismo: el poema épico “El Inglés” (1973), de Juan Carlos Gené, y la historieta “América Latina. 450 años de guerra”, de Héctor Oesterheld, con ilustraciones de Leopoldo Durañona, publicada en el periódico *El Descamisado* (1973-1974).

¹⁵ Desde ya, y para todo el trabajo, dejaremos constancia de que los límites temporales propuestos por esta periodización son aproximativos: puede haber autores plenamente identificados con las características de una etapa que continúan escribiendo sin modificar sus conceptos historiográficos más allá de las fronteras temporales señaladas. Esto es especialmente cierto para el 2° RHA, cuya producción textual se prolongó mucho más allá de 1955, aunque sin capacidad de generar nuevas ideas sobre la base de los postulados que sostenía.

2. El primer revisionismo: un intento de ensanchar el panteón liberal

*“[...] la política es para los argentinos
un punto de partida a la vez que de llegada,
del que permanecen constantemente conscientes”.*
TULIO HALPERÍN DONGHI ¹⁶

La Argentina en la que vivieron y escribieron aquellos que el RHA gustaba de identificar como “los precursores” reunía varias características. De entre ellas, queríamos destacar dos: por un lado, los discursos performativos de la joven nación dibujaban un país exitoso; por otro, esos mismos discursos insistían en ligar ese éxito con el sistema político surgido a partir del resultado de dos batallas: Caseros y Pavón. Si la primera había derribado el régimen rosista en Buenos Aires, la segunda abrió la puerta no sólo para el avasallamiento del federalismo en las provincias del Interior, sino para un experimento social de “borramiento” de los componentes políticos, económicos y sociales que habían formado parte de la “Patria Vieja”: tanto las “guerras de policía” como la “conquista del desierto”, verdaderas campañas de exterminio, deportaciones y degüellos ejemplarizadores, como las alteraciones de paisajes y toponimias, suponían un gigantesco experimento de ingeniería social, cuyo objetivo era fundar una sociedad nueva y diferente; semejante intento fue hegemonizado por las élites del Litoral (y principalmente de Buenos Aires), que impusieron las condiciones de la nueva institucionalidad. El proceso de “borramiento” se completaba con otro de “sustitución”: el proceso migratorio, fomentado por los gobiernos nacionales, no solamente venía a llenar los vacíos demográficos existentes desde la colonia, sino a reemplazar al elemento nativo como principal mano de obra de los procesos de producción. Los resultados acentuaron las líneas tendenciales preexistentes desde la época tardocolonial hacia un determinado modelo de desarrollo económico en el Río de la Plata: el primario-exportador, que permitió a la Argentina insertarse con llamativo éxito en el rediseñado mercado mundial de la segunda mitad del siglo XIX. Los éxitos alcanzados por ambos procesos –y también sus límites- tendrán incidencia principalísima en la constitución del discurso del RHA.

El grado de desarrollo alcanzado por el país en este momento limitó el alcance de la revisión histórica propuesta por escritores “heterodoxos”. Sus objetivos se redujeron a

¹⁶ Halperín Donghi, 1996: 109.

procurar ensanchar el panteón de próceres propuesto por la visión historiográfica dominante: se trataba de hacer un lugar para ciertos personajes “malditos” del pasado. Tal fue el intento de Saldías, Quesada, Corvalán Mendiálarzu y Carlos Ibarguren en relación con Rosas, y de David Peña con Facundo Quiroga.

En líneas generales, aunque con derivaciones específicas para cada autor, el punto de partida de estas visiones heterodoxas aceptaba el juicio histórico de Mitre y de López acerca de la así llamada “anarquía del año 20”. El contexto en el que escribían, signado por la mencionada reconstitución del mercado mundial, la consolidación de los estados nacionales en Occidente y el Lejano Oriente, los mitos vigentes acerca de la carrera abierta a un progreso que se suponía indefinido y de la lucha darwinista por la existencia, que operaba también a nivel de las naciones, imponía a los hechos de 1820 una valoración absolutamente negativa: no sólo el Estado revolucionario –objeto de veneración– había sido destruido, sino que la dispersión que siguió era la antítesis de lo que esa segunda mitad del siglo XIX entendía por “las tareas de la hora”. Los primeros revisionistas aceptarían esa asignación de sentido¹⁷. Y precisamente, el punto de disidencia con el discurso liberal suponía que, en la configuración de la necesaria “unidad nacional”, punto de partida y fundamento de la presente grandeza, la acción de algunos caudillos federales y/o sobre todo la de Rosas había hecho aportes muy importantes para superar aquella dispersión y, en ese sentido, podían ser presentados en la línea histórica que había llevado a la Argentina a ese promisorio presente¹⁸.

Esta línea argumentativa suponía dos aspectos muy importantes. En primer lugar, no había margen para una ruptura total con un discurso historiográfico “oficial” que, en definitiva, daba cuenta de un “hoy venturoso” que nadie pretendía impugnar¹⁹. En

¹⁷ Quesada, por ejemplo, habla de la etapa que se abre en 1820 como “*la edad media argentina*”, a la que define como de “*la anarquía más espantosa*”. En esa “*edad media*”, los caudillos son señores feudales que gobiernan “*con justicia de horca y cuchillo*” a sus feudos “*poblados por vasallos*” (Quesada, 2011: 87-88). Ibarguren, más aferrado al género biográfico de su texto, no se expide en evaluaciones de tiempo medio, pero la mirada de una etapa signada por gauchos e indios “*andrajosos [...] que seguían fanáticos a sus caudillos, empujados por un odio [...] delirante [...]*” no puede ser sino negativa. (1935: 68 y 66).

¹⁸ La continuidad era audezmente explícita en Saldías: “[...] *el general Urquiza, primero, y el general Mitre, después, hicieron triunfar en los tiempos el hecho consumado de la Confederación Argentina que fundó el general Rosas por medio del pacto orgánico del año 1831, y que mantuvo hasta el año de 1852 a través de las reacciones, de las coaliciones y de los peligros de que se ha dado cuenta en este libro*” (1975: III, 460).

¹⁹ Esa continuidad es perceptible también en algunas trayectorias personales. Saldías, por ejemplo, encabezó la manifestación de febrero de 1875 que culminaría con la quema del Colegio del Salvador y fue un masón activo y militante, datos que el segundo revisionismo no dejaría de señalar con reprobación al hacer el perfil biográfico de su “precursor” (Reyes, 2014: 64).

segundo lugar, en muchos de estos autores, la reivindicación rosista suponía una valoración de los caudillos supeditada al grado de acatamiento en co-operar con Rosas para frenar las fuerzas sociales centrífugas e iniciar un movimiento centrípeto hacia la unidad nacional²⁰. En este aspecto, Quiroga será siempre el que salga mejor parado: su inmolación en Barranca Yaco aparece como un tributo de sangre hacia esa Confederación que Rosas le ha solicitado defender con su autoridad moral²¹. En dirección inversa, David Peña, el gran reivindicador de Facundo en este período, se manifiesta en todo momento como un ferviente antirrosista, al que ve como autor intelectual del asesinato de Quiroga, único obstáculo a su afán de poder (Peña, 1986: 196-206). De esta manera, encontramos las dos características temáticas que consideramos más importantes del primer revisionismo: la continuidad pasado-presente con un panteón ampliado²² y la distinción valorativa entre Rosas y el caudillismo, sea con una u otra asignación de sentido.

Respecto de la primera característica, uno de los recursos argumentativos empleados por los primeros revisionistas, en vías de evitar una ruptura radical con el relato oficial, consistía en restar dramaticidad a la “ocurrencia Caseros”, lo que lograron adjudicando al sistema rosista el carácter de “tarea imprescindible, ya cumplida”: si había sido “un absolutismo rayano en la autocracia [...] consecuencia lógica del momento histórico en que le tocó actuar”, para 1852 “su misión histórica había terminado” (Quesada, 2011: 214 y 92) y los propios cuadros rosistas “flaqueaban ya cansados de su dominación” (Ibarguren, 1935: 352). Limando las aristas del quiebre de 1852, estos primeros revisionistas profundizaban esa idea de continuidad ampliada entre las Argentinas rosista y agroexportadora con la que querían impregnar el discurso historiográfico del presente. Otro recurso insoslayable fue suprimir cualquier alusión a la persistencia de las “dos Argentinas” que Sarmiento había dibujado con tan acre perfil en *Facundo*: la guerra civil había terminado, la nación era una, fuerte, rica y con su geografía e historia consolidadas;

²⁰ Démosle nuevamente la palabra a Quesada: “Rosas, con tino perfecto, apaciguó primero, dominó después, y disminuyó por último, los caudillajes localistas –los ‘señoríos’ feudales- acostumbrándolos al principio al acatamiento de la entidad moral que se llamó Confederación Argentina e imponiéndoles al fin la preeminencia del gobierno nacional” (2011: 89-90). Saldías, por su parte, vaciló ante las formas federales del artiguismo, en la medida en que conspiraban contra la unidad de la nación (Reyes, 2014: 73).

²¹ Cf. por ejemplo Corvalán Mendilaharsu, 1929: 23-35; Ibarguren, 1935: 253. Significativamente, para este autor, Quiroga es el “bárbaro” que se había “civilizado” (1935: 249) y este prestigio lo diferenciaba de otros caudillos, que “le guardaban un sordo rencor” (1935: 247).

²² De allí la continuidad visible entre la tradición historiográfica liberal y estos primeros amagos de revisión histórica, como constatan Devoto-Pagano, 2006: 203-204.

sólo faltaba –y ese era el papel que se autoadjudicaban estos primeros revisionistas- el reconocimiento de la tarea cumplida por los excluidos de esa historia –lo que suponía dejar de lado los odios que habían impulsado esas luchas-, escrita al fin y al cabo por los vencedores. Ir más allá implicaba trasponer los límites de lo pensable. La unidad política suponía la homogeneidad cultural que el Estado garantizaba a través de sus aparatos ideológicos, particularmente de la escuela pública. No había espacio para otra Argentina, “vencida” o “popular” más allá de los límites dibujados por el *statu quo*.

Quizás por eso, en líneas generales, estos intentos de ampliar el panteón, aunque fracasaron en su intento de penetrar los aparatos de reproducción estatal, no suscitaron demasiadas polémicas²³. Sin embargo, no podemos cerrar este primer apartado de nuestro trabajo sin hacer notar que hubo alguien que advirtió los peligros potenciales que la propuesta revisionista, por modesta que fuese, contenía. Ese alguien fue Mitre, siempre lúcido ante lo que pudiera minar los nichos de poder por él elaborados tan pacientemente; su alarma se manifestó en la famosa carta dirigida a Adolfo Saldías (Mitre, 1887, reproducida en Saldías, 1892: I, XIII-XXVII), un joven abogado que había elaborado una extensa obra historiográfica sobre el período rosista. En ella, establecía una triple continuidad con las historias mitristas: cronológicamente, se iniciaba en el momento histórico en el que aquéllas habían finalizado; estilísticamente, tanto la estructura sintáctica de los títulos como la modalidad de escritura eran muy similares²⁴; metodológicamente, continuaba con el culto del documento escrito cuya preeminencia Mitre había defendido en su polémica con López.

Pero Saldías era muy consciente de las rupturas, y de su causa: “No se sirve a la libertad manteniendo los odios del pasado”, aquellos que sostienen la visión histórica generada por los propios protagonistas; se identifica con una nueva generación, la que puede completar la Nación, dando “al pueblo –que es la Nación- [...] la personería que le corresponde en esa cuestión del gobierno” y que “la *perversión del espíritu liberal*” (en cursiva en el original) perpetrada por quienes mantienen los odios del pasado está evitando (Saldías, 1975: I, 1-3). En definitiva, no hay dos Argentinas, pero tampoco habrá una (nación) mientras los odios sostengan el recuerdo del conflicto fundacional y

²³ Como afirma Quattrocchi: “La Argentina liberal de fines del siglo XIX no tenía ningún motivo para impedir un debate de ideas sobre el pasado. Tanto más que este debate seguía limitado al interior de la elite dirigente y no quebraba el consenso existente alrededor del régimen imperante” (1995: 33).

²⁴ Así, a la secuencia *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* e *Historia de San Martín y de la Emancipación sudamericana*, Saldías añadiría la *Historia de Rozas y de la Confederación Argentina*.

vencedores y vencidos mantengan la memoria de su condición. Sin olvido, no habrá nación; Renan pareciera hablar por boca de Saldías²⁵. Sólo que aquí, “olvido” no equivale a “borramiento”, sino a “inclusión”; el olvido no consiste, paradójicamente, en construir una historia sin Rosas, sino *con* él.

Mitre respondió a la publicación del tercer tomo de Saldías en una carta pública cuya violencia, apenas contenida por los usos de cortesía entonces vigentes, anticipa la de las polémicas en las que el segundo revisionismo se verá envuelto. Es un texto historiográficamente débil²⁶, pero que contiene pasajes de alta potencia conceptual. Es especialmente importante la reflexión sobre Caseros, batalla en la que, según Mitre, se cumple una “ley de la historia”:

Las grandes batallas finales que inauguran épocas [...] representan el choque de fuerzas vivas [...] en que prevalece siempre un principio nuevo y superior [...]. Estas batallas no se corrigen como partidas de ajedrez mal jugadas: son el jaque mate en regla. Las banderas del vencido se convierten en mortaja de la vida vieja. No sólo vencen: convencen, porque están en el orden regular de las cosas y de las necesidades nuevas a que corresponden. [...] Protestar contra el triunfo de Caseros [...] es protestar contra la corriente del tiempo que nos envuelve, y lleva a la Nación Argentina hacia los grandes destinos que se diseñan claros en el horizonte cercano (MITRE, 1887: XXI).

Estamos aquí en presencia de una concepción plenamente genealógica de la nación (Palti, 2000, 82-83, 96-97 y *passim*; Reyes, 2014: 70-71), la que preexistiría desde tiempos coloniales, pugnaría por manifestarse en mayo de 1810 y que Rosas habría obturado durante sus gobiernos; Caseros no es una contingencia, sino una ocurrencia inevitable, cuyo resultado estaba inscripto en la superioridad del “principio nuevo” que consagra. Y esa superioridad está evidenciada en el éxito material de la Argentina agroexportadora. No debe haber alternativa a Caseros, porque sus frutos son los de ese presente brillante, imprescindible para el carácter autocelebratorio que requiere la identidad propia de esa “nación/progreso” en cuyo altar Mitre ha perpetrado una “guerra de policía” contra los

²⁵ Aún así, esta afirmación debe ser matizada: el concepto de *nación* en Saldías no es completamente renaniano, ya que el autor, como Mitre, otorga a la nación un estatuto objetivo de existencia, una potencialidad que se despliega a través de subjetividades cuya agencia hace posible la consumación histórica de su destino. Por el contrario, Renan entendía a la nación como un “plebiscito cotidiano”, es decir, como una construcción fundamentalmente intersubjetiva.

²⁶ Por ejemplo, Mitre retrotrae a 1812 el inicio de los gobiernos rosistas (“[...] *el pueblo luchó cuarenta años contra su tirano* [...]”, 1887: XIX); cae en contradicción al juzgar a este pueblo, que en el fragmento anterior supone movilizado y libertario, como “[...] *inerte, sin voluntad propia, movido por el terror ó por un fanatismo cristalizado*”, 1887: XIV); curiosamente, en tres oportunidades opone a la enorme masa documental presentada por Saldías su autoridad de testigo y protagonista de los hechos (1887: XVII, XXII y XXV), invirtiendo aquí los principios que ha sostenido en la famosa polémica con López.

pueblos del Interior y la destrucción salvaje del Paraguay. La lógica de Mitre parte, pues, de dos supuestos: que la racionalidad del pasado queda demostrada por la realidad presente y que, si para que haya nación los vencedores y los vencidos deben olvidar su condición de tales, este olvido no implica que los *efectos* de la violencia fundacional queden anulados: aunque no lo sepan o lo recuerden, “lo vencido” debe ser “externalizado” o, por lo menos seguir sometido. Por supuesto, y retengamos este dato, esta genealogía –y los sacrificios de sangre e ideas que impone- tiene validez si (y sólo si) lleva a presentes tan florecientes como los argentinos creen vivir en los años de esplendor de la república agroexportadora.

Ahora bien: si para este primer revisionismo los sectores populares carecen de agencia, es porque no son necesarios en su argumentación. Su adhesión al sistema rosista no es puesta en discusión: expresada con cierta neutralidad en Saldías, las muchedumbres aparecen volubles en Quesada, ya que pese a su “sentimiento demócrata” representado por el rosismo, no dudan en atacar furiosamente cualquier símbolo del régimen después de Caseros (2011: 124 y 55). Lo que en Saldías es el relevamiento de un apoyo que el autor da por obvio y en Quesada constituye un componente de una conciencia política aún primitiva y, por lo mismo, inestable, aparece en Ibarguren como algo mucho más problemático: allí donde entrevé una acción autónoma de masas, el autor la silencia²⁷ y si no puede hacerlo, su escritura se crispa: la “revolución de los restauradores” es para él llevada adelante por “el populacho”, “los revoltosos” que ocupan las calles, agreden a los opositores, mientras “la población temerosa cierra las puertas y ventanas de las casas” (1935: 223-224). Sólo parece tranquilizarse cuando recuerda que Encarnación Ezcurra estaba detrás de los hechos. Las perplejidades que adivina en Rosas parecen ser las suyas propias:

Rosas [...], que en toda su vida política aparecía como el más celoso y enérgico defensor de la disciplina y del orden social, no podía declarar públicamente que se solidarizaba con esa revolución que era su obra, ni tampoco podía repudiarla (1935: 229).

Un análisis semejante le merece a Ibarguren el “terror del año 40”, llevado a cabo por “la atroz mesnada de emponchados rojos” o en “fétidos candombes [...] de africanos y libertos, lisonjeadas por el tirano”, todo esto calificado como “repugnantes funciones”.

²⁷ Así, por ejemplo, no hace referencia al levantamiento rural de 1829 en forma directa, sino que cede la palabra a Lavalle, que brama contra “*la sublevación en masa de los indios bárbaros y de la multitud desenfrenada*”; aunque esta sublevación se produzca a favor de la causa federal, el autor calla cualquier comentario. Su silencio es significativo por sí mismo (Ibarguren, 1935: 168).

La descripción sociopsicológica que hace del degüello (1935: 294-295) lo acerca mucho a las menciones que hace Sarmiento en el *Facundo* (1938: 237, 55, 63-64, 73, 160-161). Esta visualización de lo “popular/espontáneo” como lo atroz revela ya la repugnancia de los intelectuales conservadores ante lo que entienden como la irrupción de las masas durante el yrigoyenismo, de problemáticas relaciones con el primer revisionismo (Quattrocchi-Woisson, 1995: 49-67). Las primeras descripciones retrospectivas de los sectores populares rosistas las encontramos en la comparación que articulan conservadores y nacionalistas en relación con el despliegue plebeyo durante el primer gobierno de Yrigoyen (Svampa, 1994: 159-160 y 260; Rosa: 1981: X, 11). Aunque ni Saldías, ni Quesada ni –menos significativamente– Peña (1986, 166) ven con complacencia las acciones espontáneas de masas, elaboran juicios más moderados que los de Ibarguren, quizás porque escriben antes que el yrigoyenismo pueda producir esos “hechos evocadores de un pasado fantasmático” que rememora Quattrocchi-Woisson. En el caso de Saldías, la ausencia de autonomía de los sectores populares no significa ausencia de importancia; por el contrario, resulta un componente fundamental del “unanimismo” rosista. Ocurre que si el autor da por descontada la adhesión plebeya al rosismo, considera necesario recordar a sus lectores todo lo que éste debe al apoyo de la “alta sociedad” de Buenos Aires y aun de las provincias²⁸. Así, Saldías logra justificar el intento de incluir a Rosas en el panteón: es el prócer que ha logrado superar la anarquía de 1820 y terminar con la guerra civil iniciada en 1829, para lo cual ha unido en una voluntad a las clases altas y a las plebeyas, tanto de Buenos Aires como del Litoral y el Interior. Y si aquéllos son los “conflictos iniciáticos” de la sociedad rioplatense, lo que Rosas ha logrado es prefigurar la Nación; para completar esa obra, falta el “olvido” renaniano, ese que Saldías procura lograr ampliando el panteón y los relatos fundacionales de la historiografía liberal.

Esa ampliación no se producirá; aunque con filtraciones por el flanco político (UCR), académico (la Nueva Escuela Histórica y, en especial, el aporte documental y reinterpretativo que realiza Ravignani sobre el federalismo, que Svampa considera “lo más representativo del radicalismo desde el campo histórico, 1994: 174) y periodístico

²⁸ Descripciones obsesivamente detalladas, con nombres y apellidos, de ese apoyo durante 1839 en Saldías, 1975: II, 155-158; en 1841, II, 274-275 y nota 1; en 1849: III, 320-322, con especial referencia a los súbditos ingleses; en 1850, III, 332-333; en 1851, III, 392-393. Y en el ámbito interprovincial, en 1840, II, 327-328, nota 2 y en 1851, III, 380-383.

(diario *Crítica*), el discurso histórico oficial seguirá siendo el que estructure la memoria en los aparatos del Estado, en particular en el ámbito de la toponimia, las festividades oficiales y los programas escolares. De todas maneras, es notorio que la exitosa Argentina agro-exportadora tenía espacio para tolerar una disidencia historiográfica que no cuestionara el discurso de la Nación instaurado desde Mitre, en el que los vencedores no encontraban mayores inconvenientes en olvidar su condición de tales, dado que los vencidos habían logrado acomodarse a la nueva realidad o habían sido exterminados. Años después Julio Irazusta encontraba en esta tolerancia la principal diferencia con el período subsiguiente (cuya lógica explicaremos en el próximo apartado):

Cuando la Argentina conservaba acerca de su futuro grandes ilusiones, apenas veladas por una que otra aprensión [...], la superestructura dirigente del país parecía confiar en la libertad, admitir que se discutiera su régimen. Fue en el medio siglo posterior, cuando su esencia volvióse más discutible, que ajustó los resortes de su ortodoxia y anatematizó inflexiblemente a los disidentes [...]" (1968: 98-99).

Si la Nación era unánime, tenía una sola memoria y un solo olvido –exceptuando, claro está, los “nobles odios” de los que hablaba Mitre, que no podían ser dejados de lado en el discurso oficial-, esos odios ya no eran la llaga abierta que el fundador de *La Nación* mostrara en su carta a Saldías: el tiempo los había ido transformando en fórmulas rituales cada vez más vacías de contenido. Para unos y otros, de cualquier forma, la Nación era una sola y rescatar una historia de la agencia de los sectores populares, un ejercicio inútil e impensable.

En síntesis, la mirada organicista y posrenaniana de la Nación, tanto en liberales como en los primeros revisionistas, suponía reemplazar el “plebiscito cotidiano” con el “progreso indefinido” como dispositivo de validación que superara la crisis de legitimidad abierta en 1810. Sería ese dispositivo el que convalidara el pasado en cuanto camino hacia la Nación. Se trataba de un importante nivel de consensos; en medio de ellos, si Rosas y/o ciertos caudillos había(n) sido un obstáculo o un medio para alcanzar esa validación no dejaba de ser, después de todo, una cuestión menor.



Revista *Don Quijote*. Año IV, nº 11, 30 de octubre de 1887, p. 2.

3. El segundo revisionismo: corrigiendo la partida de ajedrez

“[...] a vacías acusaciones suceden otras tantas vanas rehabilitaciones”.
MARC BLOCH²⁹

*“No se trata de invitarlo a Rosas a participar del festín de 1853
y de incorporarlo al panteón
haciéndole un lugar junto a Sarmiento Mitre y Urquiza.
Por el contrario, los blasones de Rosas son completamente distintos a los de aquellos [...]”*
JUAN BAUTISTA ITHURBIDE³⁰

La crisis mundial de 1929 generó en la Argentina un profundo proceso de transformación estructural, cuyos efectos en el imaginario social se manifestaron, en lo inmediato, en una triple ruptura: en lo económico, la de la imagen de próspero “granero y corral del mundo”; en lo social, la de la Argentina blanca y aluvial; en lo político, la de la República “sin cuartelazos como los que ocurren en otras partes de la América hispánica”.

Esa triple herida narcisista impresa en el centro mismo de un imaginario social habituado ya a autocelebrar sus éxitos a lo largo de medio siglo tuvo serias consecuencias en la reproducción del discurso historiográfico argentino, pues abría la condición de posibilidad para la elaboración de discursos alternativos a la ecuación básica de la “historia oficial” sostenida en la etapa anterior (en la que un presente próspero y un futuro aún más venturoso constituían la prueba de legitimidad del camino iniciado en Caseros), que ya no parecía ofrecer validez ante una realidad repentinamente inhóspita y sin porvenir a la vista. ¿Adónde quedaban los presupuestos de aquella historiografía, tales como la partida de ajedrez que no podía revisarse, la Civilización, el progreso indefinido, y otros? El replanteo hacía del relato sobre el pasado una ficción, una irre realidad, un autoengaño; la historia, lejos de ser la explicación de la supuesta prosperidad, constituía la columna argumentativa de ese engaño. La reaparición del “mito de las dos Argentinas”, supuestamente superado después de la organización nacional, revestía valores invertidos: la Civilización se mostraba ahora –al menos en las formas que había tomado en la Argentina- como una engañifa. ¿Habría entonces que revalorizar la Barbarie?

Devoto y Pagano han afirmado que los tópicos del RHA estaban ya todos presentes en la obra de Saldías y Quesada (2006: 203). Creemos que es necesario poner algunos límites a esa afirmación. La reformulación que el segundo revisionismo realizará de la historia

²⁹ Bloch, 1970: 109.

³⁰ Proclama al asumir la presidencia del IIHJMDR, publicado en *Revista del Instituto Juan Manuel de Rosas de investigaciones Históricas*, n° 1. Buenos Aires, enero de 1939, p. 157, cit en Manson, 2008: 69.

argentina incluye varias características ausentes en el primero, en el marco del cual difícilmente hubieran sido pensables. En primer lugar, un catolicismo militante, específicamente hispanista e identitario como elemento constituyente de las “fuerzas de la historia”. En segundo lugar, una creciente autoconciencia de grupo (cuya manifestación visible será la búsqueda de una homogeneización creciente del discurso revisionista) la que, unida a la necesidad de responder a la “historia oficial” institucionalizada en la Academia Nacional de la Historia, se manifestará en la fundación de “institutos” revisionistas: el Instituto de Estudios Federalistas (Santa Fe, 1938) y el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas (IIHJMR. Buenos Aires, 1938)³¹. En tercer lugar, la transformación del revisionismo en una verdadera *contrahistoria*, que se manifiesta en la voluntad, no ya de incluir sus propios próceres en el panteón de los “padres de la patria” establecidos desde la cultura estatal, sino del reemplazo liso y llano de éstos –con las excepciones de San Martín, de Güemes y, con reservas, de Belgrano– por aquéllos.

Un componente fundamental en su constitución como contrahistoria es la aparición de tendencias del RHA a construirse una genealogía. En esta etapa, esta operación llevará dos direcciones. Por un lado, el segundo RHA “inventa” el primero: vuelve la mirada sobre los autores del período 1884-1933 que hemos examinado en el apartado anterior y los convierte en los “iniciadores” del movimiento, pese a que -se ha dicho ya- no había en dichos autores ni el espíritu de grupo ni la conciencia rupturista que supone la formación de una contrahistoria. Por otro lado, y coherente con el carácter de esa contrahistoria que pretende encarnar, el RHA se autoadjudicará la condición de movimiento perseguido, cuyos integrantes son segregados más allá de las fronteras de la “cultura oficial” y apartados del lugar de las elites intelectuales que muchos de sus miembros creen merecer³². La victimización revisionista tiene efecto retroactivo sobre

³¹ Igualmente, el aporte de escritores que nunca pertenecieron a las empresas institucionales revisionistas fue fundamental, tanto en esta etapa como en la siguiente. El caso paradigmático en este sentido fue el de Raúl Scalabrini Ortiz, uno de los escritores más citados y respetados por el RHA, pese a no formar nunca en las filas del hispanismo católico ni del filofranquismo de muchos afiliados al IIHJMDR.

³² Es el caso de Julio Irazusta, cuyo artículo de 1968 brama contra esta “exclusión” (1968: 95-97). Ya sea por la eficacia de sus interpelaciones, por su antiperonismo acérrimo y aristocratizante o por la forma en que ha sabido enjugar sus fervores juveniles (el impetuoso título *La Argentina y el imperialismo británico* de 1934 se ha transformado en la suave *Influencia económica británica en el Río de la Plata* de 1963), la Academia Nacional de la Historia lo incorporará como miembro de número el 1° de junio de 1971, algo que celebrará con un discurso admirablemente bien compuesto, destinado a troyanos y a troyanos (1971: 109-122). Cf. también Mutsuki, 2004: 103-105. Más compleja es la posición de Ernesto Palacio, que afirma enfáticamente que aun los historiadores que asumen posiciones “justicieras para Rosas” tienen lugar en

los denominados “precursores”: Rosa es el autor de una admirablemente tan bien escrita como imaginativa historia de la marginación de Adolfo Saldías a partir de la publicación de su *Historia de Rosas* (1968: 23-25 y 48-63). El relato de la persecución es retomado por el “revisionismo histórico socialista” en las claves que asumirá -lo veremos- el 3° RHA (Cabral, 1974: 135-139).

En cuarto lugar, las prácticas historiográficas de investigación erudita de un Saldías son reemplazadas por un monografismo que se despliega en las publicaciones de los flamantes “institutos” y en otras publicaciones no académicas³³; de la misma manera, el ensayismo predominante en el 1° RHA³⁴ deviene, por un lado, un registro epidíctico que buscaba encumbrar, a veces hasta extremos hiperbólicos, a los próceres a quienes se buscaba dar la exclusividad del panteón; por otro, un tono polémico fuertemente enraizado en las discusiones políticas de su época. Por último, pero no menos importante, el “nacionalismo” exhibido en esta etapa por los autores revisionistas –en una concomitancia más o menos estrecha con el catolicismo identitario y con el hispanismo, concomitancia a la que no son ajenas muchas tomas de posición a favor de los amotinados en la Guerra Civil española- es el que ha llevado a muchos investigadores a identificar al RHA como un “nacionalismo historiográfico”.

Pero, ¿cómo conceptualizar este nacionalismo? Evidentemente, no se trataba del que rompe lanzas por un concepto de *nación* asimilable al propuesto por Renan: en la medida en que el RHA se coloca en el papel de “contrahistoria”, se constituye, como hemos afirmado ya, como un discurso que viene a romper con el olvido, con la unanimidad de la nación. De esa manera, los revisionistas pretenden desandar el camino transitado, al que consideran un callejón sin salida –disfrazado por los ornatos de la “historia oficial”- que lleva al amargo presente. Partiendo del concepto de *nación* acuñado por Renan, sería difícil hablar en esta etapa de un “nacionalismo” revisionista.

Pero existe otra mirada sobre la nación y, específicamente, sobre sus discursos constitutivos que sí puede dar cuenta, y revelar muchos aspectos, de las prácticas del RHA

los aparatos de Estado que se encargan de “el estudio de los documentos y la enseñanza de la historia”, aunque los ejemplos que da no sean de historiadores enrolados institucionalmente en el RHA, como Ravignani y Molinari (1974: 92).

³³ Como veremos, recién hacia el final de esta etapa aparecerán los dos únicos intentos serios de una “historia argentina” de síntesis en clave revisionista: los textos de Ernesto Palacio y –especialmente- la obra monumental de Vicente Sierra.

³⁴ De hecho, sólo el extenso trabajo de Saldías podía ser considerado un trabajo erudito, de acuerdo a las normas del oficio que Mitre había intentado establecer.

a partir de 1930. Se trata de las reflexiones de Michel Foucault sobre el discurso histórico-político de la guerra (1996: 45-74 y *passim*). En la Segunda Lección, el filósofo francés traza una economía política de la ideología del poder al iniciarse el colapso del sistema feudal, a la que explica como la sucesión e integración de dos concepciones del poder: el *poder soberano* y el *poder disciplinario*. Si bien contradictorias, sólo su reactivación mutua podía validarlas como mecanismos de dominación (1996: 36-37). Esta economía política del poder se corresponde bastante bien con la idea de “nación” articulada por Renan: así, dice Foucault, “una sociedad atravesada enteramente por relaciones guerreras es sustituida por un Estado dotado de instituciones militares” (1996: 46). La institucionalización y el monopolio de la violencia en el Estado es correspondiente con el “olvido” de las “violencias fundacionales” renanianas.

Pero la gran diferencia entre ambos pensadores es que, para Foucault, la sociedad desborda a la nación, pues incluye un amplio “subsuelo” que no solamente no forma parte de la lógica nacional, sino que se opone frontalmente a ella. Se trata de “un discurso extraño, un discurso nuevo [...] un discurso sobre **la guerra entendida como relación social permanente** y al mismo tiempo **como sustrato insuprimible de todas las relaciones y de todas las instituciones de poder**” (1996, 46. Negrita mía, GG). Nos permitimos una extensa cita dada la importancia de este concepto:

[Este discurso sostiene que] la organización, la estructura jurídica del poder, de los Estados, de las monarquías, de las sociedades, no encuentra su principio allí donde calla el clamor de las armas. La guerra nunca desaparece porque ha presidido el nacimiento de los Estados: el derecho, la paz y las leyes han nacido en la sangre y el fango de batallas [...]. La ley nace de conflictos reales: masacres, conquistas, victorias que tienen su fecha y sus horroríficos héroes; la ley nace de las ciudades incendiadas, de las tierras devastadas; la ley nace de los inocentes que agonizan al amanecer.

Todo esto no significa, empero, que en esta guerra la sociedad, la ley y el Estado sean una suerte de armisticio o la sanción definitiva de las victorias. La ley no es pacificación, porque detrás de la ley la guerra continúa enfureciendo, y de hecho enfurece, dentro de todos los mecanismos de poder, hasta de los más regulares. La guerra es la que constituye el motor de las instituciones y del orden: la paz, hasta en sus mecanismos más ínfimos, hace sordamente la guerra. [...] Estamos entonces en guerra los unos contra los otros: un frente de batalla atraviesa toda la sociedad, continua y permanentemente, poniendo a cada uno de nosotros en un campo o en otro. No existe un sujeto neutral. Somos necesariamente el adversario de alguien. [...] Y detrás de los olvidos, de las ilusiones, de las mentiras [...] hay que reencontrar la guerra que continúa [...]. Pero, ¿por qué hay que reencontrarla? Porque esta guerra antigua es también una guerra (...) permanente [...] porque la guerra no ha concluido, porque todavía se están preparando las batallas decisivas, porque la misma batalla decisiva debemos ganarla.

[...] el sujeto que habla en este discurso [es] el que reencuentra la memoria y conjura los olvidos [...]. [Se trata de] un discurso anclado en una historia y al mismo tiempo descentrado con respecto a una universalidad jurídica [porque] no es [...] un discurso de la totalidad o de la neutralidad (1996: 47-49).

Este discurso binario, según Foucault, es “la primera historia no romana o anti-romana que Occidente haya conocido” (1996: 62) y hay cuatro razones que justifican este aserto: en primer lugar, porque rompe la identidad entre el pueblo y el soberano (bajo cualesquiera forma que éste adopte); en segundo lugar, porque es el discurso de los no poseedores (bien porque siempre hayan sido oprimidos, bien porque hayan perdido el poder)³⁵; en ambos casos, su desposesión supone también la desposesión de la palabra (un silencio que funciona como presupuesto de los “olvidos necesarios” para la constitución de la nación en Renan). Por eso, y por ser pronunciado por enunciadores “beligerantes”, esta “re-irrupción de la palabra” es estridente y fuera de formas “normalizadas”; en tercer término, no será una historia de lo “visible”, sino de lo oculto, de lo enmascarado, y por lo tanto, su enunciación adquiere el carácter del *desciframiento* o de la *revelación*; por último, se manifiesta como un “contrapoder”, no tanto porque el poder sea “injusto” (no podría serlo, si partimos de abjurar una “universalidad jurídica”, un “poder” como Idea, en sentido platónico), sino porque “no nos pertenece”, porque está en manos del enemigo (1996: 62-66).

Este discurso de la guerra presenta matices muy importantes para nuestro tema: por un lado, Foucault constata su funcionalidad para dar cuenta tanto del pensamiento radical inglés de la Revolución *leveller* como de la reacción aristocrática en la Francia de fines del siglo XVIII. Por otro, supone la existencia de dos “razas” (y aquí el pensador francés subraya que no habla en sentido biológico, sino cultural: origen, lengua, religión) que sólo coexisten por medio de la violencia, incapaces de producir una síntesis cultural (1996: 68-69).

Así caracterizado, este discurso binario sí resulta útil para pensar este revisionismo histórico como portador de un discurso “nacionalista”; y esto, no sólo a través de las distinciones absolutas con respecto al primer revisionismo, sino también de las diferencias de grado que pueden percibirse entre ambas etapas. Una primera distinción característica es la aparición de fuertes *componentes anticolonialistas*. Así, las

³⁵ Foucault aclara explícitamente que no se trata de un discurso esencialmente popular, sino que “se trató siempre de un instrumento compartido por demasiados enemigos y demasiadas oposiciones”, lo que lo hace un espacio discursivo apto para recibir y sintetizar la experiencia de todos los derrotados por la economía política del poder de la Modernidad.

intervenciones francesa y anglofrancesa ocurridas durante el segundo gobierno de Rosas, que antes de 1930 aparecían tan sólo como expresión de la prepotencia de los países poderosos ante las jóvenes repúblicas hispanoamericanas, se constituyen en este segundo revisionismo como un anteproyecto colonialista sistemático, un ensayo frustrado de la política que las grandes potencias aplicarán en África y Asia en la segunda mitad del siglo³⁶. Este incremento de grado en la conceptualización de las intervenciones europeas puede obedecer a la necesidad de crear un “mecanismo de la invasión” que haga de los antirrosistas aliados de los interventores una “raza” –en sentido foucaultiano- distinta, un Otro absoluto³⁷. Esta transformación cualitativa del “enemigo” otorga racionalidad a un salto equivalente en la radicalidad de la violencia empleada; pero no se trata de la racionalidad universal de las leyes, propia del discurso filosófico-jurídico, sino la del campo de batalla, la racionalidad que no busca el equilibrio del compromiso, sino la totalización de la victoria³⁸.

Queríamos destacar algunos aspectos del texto foucaultiano que funcionan a la manera de “shifters”:

- ✓ el “discurso de la nación” renaniano sería sólo una parte constitutiva del edificio de “lo social”; esto es posible porque el supuesto es que este relato es antirromano y, como tal, ha roto la supuesta identidad entre “pueblo” y “soberanía” (en este caso, la nación soberana); por ende, tanto la nación como el olvido que la sustenta

³⁶ Este dispositivo se insinúa ya desde el texto fundacional de esta etapa, *La Argentina y el imperialismo británico*, de los hermanos Irazusta, publicado en 1934. Sin embargo, sus formas acabadas llegarán con *Política británica en el Río de la Plata*, de Scalabrini Ortiz y *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*, de José María Rosa, textos que constituirán nodos fundamentales en la red de textos revisionistas. Cf. Scalabrini Ortiz, 1981 y Rosa, 1980.

³⁷ “La invasión” como punto de partida y fundamento mismo del derecho público está presente en los dos modelos de discurso de la guerra analizados por Foucault: el pequeño burgués radical de Inglaterra y el aristocrático de Francia (Foucault, 1996: 104). En Saldías, la cuerda no se tensaba hasta alcanzar la *otredad*: los unitarios aliados a franceses e ingleses no se habían convertido en “extranjeros”, sino en “traidores, y por varias veces”, lo que supone no haber perdido su condición incluyente en el colectivo “argentinos”.

³⁸ Así, no se trata ya de negar el valor de las *Tablas de sangre* de Rivera Indarte, sino de oponer un testimonio de la “otra” violencia; esa es la función de un texto como el de Ezcurra Medrano (1952). Va de suyo que las características explicadas en esta sección no aparecen –o no lo hacen plenamente- en su totalidad en todos los autores revisionistas. En algunos casos, el incremento cualitativo en importancia de alguna de ellas actúa en desmedro de otra. Es el caso del anticolonialismo/antiimperialismo de Scalabrini Ortiz, magnificado no sólo en intensidad, sino en su *temporalidad*, hasta transformarse en una constante desde el siglo XVI; de esa manera, la invasión española de los ss. XV-XVI es conceptualizada como parte de un sistema corrosivo que caracterizó durante 450 años la actividad europea en América. En esta argumentación, al asimilar la conquista con el expansionismo y la explotación europea, desaparece toda simpatía por la conquista, nudo troncal del hispanismo y el catolicismo militante (Rubio García, 2016: 194-195 y 205-206).

sólo circulan en la superficie de lo social, especialmente en la que transita por las instituciones del Estado;

- ✓ dichas instituciones no son expresión de la nación en cuanto homogeneidad y superación de la conflictividad, sino precisamente expresión de ella; los silencios no son olvidos, sino amordazamientos (y resentimiento del amordazado)³⁹;
- ✓ la guerra, pues, continúa, omniabarcativa y expresándose de las más diversas maneras –también por la vía armada, eventualmente-. Puede conjeturarse que la batalla contra un olvido impulsado institucionalmente para la constitución permanente de la nación (el “plebiscito cotidiano”) es parte de esa guerra cotidiana;
- ✓ no se trata sólo de un combate por la memoria por un conservacionismo romántico de lo ocurrido, sino de sostenerse como un “contrapoder potencial” a la espera de que la “crítica de las armas” revierta la situación de opresión.

Pretendemos servirnos de la hipótesis foucaultiana como un marco interpretativo para alumbrar los implícitos y las ramificaciones no previstas por los historiadores revisionistas argentinos⁴⁰. En este sentido, deberíamos comenzar señalando que buena parte de los contenidos del “discurso de la guerra” podrían aplicarse a todo lo que el RHA elabora a partir de su segundo período. En efecto: si hasta 1930, en su primera etapa, los reivindicadores del Rosas y de algunos caudillos aceptan plenamente el “discurso de la nación” (unidad sociedad-soberanía, tiempo único, frío y homogéneo del progreso

³⁹ De esta conflictividad latente, la atormentada toponimia urbana ofrece múltiples ejemplos. Uno de ellos es el nombre de “Cepeda”: sugestivamente, ni siquiera un pasaje de la Ciudad de Buenos Aires recibe este nombre, expresión del triunfo –y por dos veces- del Litoral sobre la ciudad-puerto. La situación siempre ambigua de la Provincia de Buenos Aires en este conflicto (despojada de un puerto que pretende retener para sí, pero dos veces sitiador armado de su ciudad) se expresa en la existencia de una calle “Cepeda” en la localidad de Lomas de Zamora que, acaso no por casualidad, corre paralela a una calle “Pavón”, ambas de la misma jerarquía vial y longitud. Por otra parte, y a diferencia de las batallas de la guerra de la Independencia, las de la Guerra de la Triple Alianza (en adelante, GTA) no se agrupan en ningún barrio específico de la ciudad de Buenos Aires ni dan nombre a arterias principales del conglomerado urbano; la Guerra Guasu, así, se difumina en forma casi vergonzante en la toponimia porteña (en los barrios de Liniers, Floresta, Villa Pueyrredón y Pompeya); la capital argentina silencia, inclusive, el nombre de la decisiva pero atroz segunda batalla de Lomas Valentinas y relega el nombre de la vergonzosa “victoria” de Acosta Ñu a un pasaje de escasa importancia en un barrio suburbano; por otra parte, ostenta una calle dedicada a Francisco Solano López.

La situación toponímica en las provincias muestra gran diversidad, y merecería un estudio particular.

⁴⁰ Es probable que Bhabha pudiera reprocharnos “una lectura apresurada, funcionalista de Foucault [...]” en la aplicación de este modelo al RHA. No lo descarto, pero como el autor no desarrolla la idea, mantengo la validez de este tratamiento. Cf. Bhabha, 2000: 213.

indefinido⁴¹, estatalización de una guerra que se desplaza hacia las fronteras) y sólo exigen el “ensanchamiento del panteón” como condición de surgimiento de un olvido auténtico y omniabarcativo que cierre las últimas brechas en la conformación de la nación para lanzarse, sin reservas mentales, por el ancho rumbo del progreso indefinido que la época promete, el 2º RHA reacciona enarbolando la idea de que hay otra Argentina, enfrentadas a la “oficial”, con otras formas de vida, cultura, historia, economía y -muy importante- creencias religiosas más auténticas y no “falsificadas”.

Es necesario señalar que, si bien los autores de esta segunda versión del RHA advertían el giro que su discurso había adoptado desde 1930, siguieron identificándose política e historiográficamente como “nacionalistas”. Nunca resolvieron -y quizá ni se plantearon- la aporía que Saldías no se había atrevido a llevar a sus últimas consecuencias: si los morenistas-directoriales-unitarios-emigrados eran “traidores”, es porque seguían siendo “argentinos”, parte de la nación. Entonces, habría que pensar en “argentinos partidarios de la argentinidad” y “argentinos partidarios de lo Otro”. ¿Y qué era “lo Otro”? Aquí aparece el parteaguas que generará una potencial división del movimiento desde 1945: si para Sierra, Font Ezcurra, Irazusta o García Mellid, lo Otro es el racionalismo (opuesto a la religión), la innovación (opuesta a la tradición), lo universal (opuesto a lo local, al medio), lo abstracto (opuesto a lo concreto), para Rosa, Scalabrini Ortiz o Jauretche, el elemento legitimador de la argentinidad es el Pueblo, pensado como abstracción o como retroproyección de las masas peronistas constituidas como sujeto político desde 1945.

Una segunda característica, y en forma correlativa a la absolutización del Otro, es la invención revisionista de la centralidad del Río de la Plata en el juego geopolítico mundial. En algunos autores, la importancia internacional del antiguo virreinato llega a ser tal que, por ejemplo, afirman que resulta una pieza crucial para el mellado prestigio de la monarquía orleanista o para la futura expansión del Imperio Británico. Esta jerarquización regional del país rosista funciona como mito reparador del narcisismo herido por el espectáculo de la Argentina apocada y de su recién descubierta dependencia en los años '30: en ese contraste, la imagen de la Argentina federal, un país aún inmaduro e incompleto pero digno y sobre todo auténtico, se lleva la mejor parte en la comparación

⁴¹ Sobre el tiempo homogéneo y vacío, cf. el análisis de dos fuentes productoras y reproductores de esta noción de la temporalidad (la novela y el periódico) en Anderson, 2007: 47-61, y la interesante interpretación que de este libro hace Chatterjee, 2008: *passim*.

con el país post-Caseros, que bajo las luminarias de una efímera riqueza oculta la realidad de sus pies de barro y su entrega al extranjero.

Entre aquel “país real” y este “país ficticio” se levanta, precisamente, la batalla de Caseros, que recupera aquí su “ocurrencia-bisagra” entre dos realidades diferentes, como -paradójicamente- quería Mitre y como negaba Saldías⁴². Pero, a diferencia de lo afirmado por Mitre, Caseros es la clave del inicio de la decadencia; en contraste con Saldías, Caseros no es continuidad hacia nada, sino quiebre y derrota de la nación, que busca concebirse renaniana en tanto que unánime. Es la “invasión” de los emigrados, a partir de la cual los vencidos deberán construir la (contra)memoria para estructurar un discurso de la guerra, a la espera de una parusía que les devuelva el poder. En esta etapa, el corte es percibido por los revisionistas como tan definitivo que sólo en contadas oportunidades sus ensayos aludirán a Pavón, a las “guerras de policía” mitristas y, más polémicamente, a la Guerra de la Triple Alianza como hechos que completan la “invasión”⁴³; el corte-Caseros funciona también historiográficamente.

De aquí se desprende un tercer dispositivo, derivado del carácter de “contrahistoria” que el revisionismo asume en esta etapa: la utilización del “*mito de las dos Argentinas*”. La existencia de una realidad social escindida ya había sido planteada por Sarmiento en *Facundo*. La “invasión” y la configuración de la *nación* en sentido renaniano —es decir, la constitución de un Estado disciplinante de la heterogeneidad social, geográfica y cultural de esa invención llamada “República Argentina”—, así como la administración de los olvidos necesarios para lograrla- habían invisibilizado esa dicotomía⁴⁴ y permitieron insertar el discurso de “la nación única y triunfante” en la sociedad. Ahora que ese

⁴² Si desde 1933 el enfrentamiento “historiografía liberal vs. revisionismo histórico” se expresó visiblemente en el surgimiento de instituciones en espejo, enfrentadas, pero paralelas (academias, revistas, boletines, conferencias *et al.*), otras líneas historiográficas más ocultas sembraron el camino de este enfrentamiento con tópicos comunes, inexistentes en la etapa anterior: uno de ellos es la centralidad de la “ocurrencia Caseros” en la historia argentina, la que el ensayista socialista José Ginzo calificaba como “brusco tirón” (1974: 63).

⁴³ Uno de los relatos breves más consistentes con el formato del discurso histórico de la guerra, tal como lo teorizó Foucault, es el de Rosa, 1968: 23-71, en su *Historia del revisionismo*, un texto, por cierto, de título engañoso, ya que salvo las últimas seis páginas, todo el artículo habla de Saldías y su supuesta marginación del aparato cultural.

⁴⁴ La realidad dicotómica volvería a plantearse para la generación del Centenario, pero como un problema más coyuntural que estructural: la cuestión de la incorporación de la inmigración extranjera en el marco de una cultura nacional. La dicotomía que Sarmiento había planteado requería de la acción de aparatos represivos que inevitablemente postergaban el “momento político” de imperio de la ley y la racionalidad, fundamento del discurso filosófico-jurídico que el Estado en construcción requería articular urgentemente. En cambio, para integrar a los inmigrantes, y especialmente a sus hijos, bastaba la institución escolar, cuya lógica se imbricaba perfectamente bien con aquel modelo discursivo.

discurso se revelaba ficticio, el RHA se autoconstituía como la voz profética que anunciaba la existencia de otra realidad que había convivido con aquella, aunque sumergida y oculta; ahora debía ser develada para otorgar inteligibilidad al amargo presente y sentido a los combates que debían darse⁴⁵. Y si a la “historia oficial” (la “historia falsificada” de Palacio) le corresponde dar cuenta de esa Argentina empeñada en sostener el mito de una grandeza imposible, el RHA se adjudica el rol de ser “la otra historia”, la historia silenciada de la Argentina subterránea, invisible y sufriente.

Pero como ya hemos hecho notar, el RHA no es -al menos en esta 2° etapa- una mirada sobre el pasado que se constituye en el seno de un movimiento revolucionario, que busca subvertir de raíz los fundamentos de la nación. Estos combates no remiten a una lucha de contornos radicales y absolutos: de los dos modelos analizados por Foucault sobre el discurso histórico-político de la guerra, este segundo RHA remite al caso francés: se trata de un discurso que asume la defensa de las aristocracias desplazadas por la constitución de un Estado moderno (Foucault, 1996: 54-55). Así, los Irazusta podrán sostener la necesidad de existencia de las oligarquías, siempre que la oligarquía que se apropie del poder del Estado esté dispuesta a defender los intereses nacionales (1982: 138); esto, traducido al discurso de la guerra expresa que la oligarquía argentina -que usufructuó el poder durante la “feliz experiencia” y desde Caseros- ha apoyado los intereses de “los invasores”. Incluso aquellos escritores revisionistas cuyas filiaciones políticas o intelectuales los incluían dentro de un “revisionismo popular” no opusieron miradas de clase que pusieran en cuestión el “paraíso terrateniente” de la época rosista⁴⁶. Encontramos aquí una “suma-cero” de factores concurrentes: la arremetida de las potencias colonialistas europeas en el Río de la Plata se ha tornado tan poderosa (en la misma medida en que aparece como un factor clave en sus proyectos expansionistas) que requiere del esfuerzo mancomunado de *todos* los “patriotas”, sin distinción de clase. Cuando Caseros transforme a muchos de los “patriotas” terratenientes en liberales cumplidos, mitristas acérrimos y puntuales aliados de los emigrados, los revisionistas verán en ellos “ingratos” y “traidores”, pero no “estancieros”; hay condena moral y no

⁴⁵ Por el contrario, en algunos autores revisionistas, el grado de extrañamiento enrostrado a los unitarios “aliados con el extranjero” es construido en un grado tal, que hace vacilar el fundamento del “mito de las dos Argentinas”, porque ¿hasta qué punto se puede considerar que el “país ficticio” del discurso filosófico-jurídico, construido sobre el “país real” de los derrotados puede ser “una” Argentina?

⁴⁶ Otra vez, el ejemplo paradigmático es Scalabrini Ortiz, militante de FORJA. Si en alguna etapa de su vida adoptó posiciones ambivalentes ante la figura de Rosas, fue en razón del régimen político implantado (al que calificó de “tiranía”) y no por su condición de terrateniente (Rubio García, 2016: 198).

explicación basada en el comportamiento de clase, algo que se halla más allá de los límites de lo pensable para el 2° RHA; se trata de un idealismo paralizante que no añadirá un ápice a su construcción argumentativa.

Podríamos dar un paso más, y afirmar que este segundo revisionismo jamás se pone del lado de la subversión del orden establecido. Defenderá -con escasísimas excepciones- el *statu quo* hispánico; con reservas, el revolucionario y, con encarnizamiento, el rosista. Aunque repudie la reforma religiosa y militar de la “feliz experiencia” rivadaviana, no levantará demasiada polvareda alrededor del motín de Tagle; y si reivindica el levantamiento de las provincias contra la Constitución de 1826, lo hace en la medida en que esa insurrección no se produce contra un orden ya establecido, sino contra uno que las provincias nunca reconocieron y que carece de un poder real⁴⁷. Por eso, Caseros no sólo es un corte, sino un corte definitivo. A partir de ese momento sólo cuenta la nación, bien o mal constituida. Como veremos en la polémica Oliver/Ortega Peña-Duhalde y en el relato de la Reconquista que presenta *El Inglés*, este será un punto de serias tensiones con las tendencias del 3° RHA. En la etapa presente, el discurso de la guerra sólo era admisible hasta 1852 (o, en el mejor de los casos, hasta 1861). Ese era el límite a partir del cual “no se hace revisionismo”, al menos revisionismo “radical”.

Quizás esto pueda brindar una nueva llave de entrada a la espinosa cuestión de las relaciones entre el primer peronismo y el segundo RHA. Hasta ahora, el asunto se ha debatido en términos de relaciones institucionales; al respecto, Quattrocchi Woisson ha postulado una “peronización” del IIHJMDR desde 1946 (1995: 291-292); sin embargo, esa absorción no puede verificarse ni en una adhesión incondicional de las publicaciones del Instituto a la obra gubernamental ni en una innovación en las preguntas que sus ensayistas e investigadores le formulaban al pasado (Stortini, 2004: 82-83)⁴⁸.

⁴⁷ Cattaruzza definió globalmente esta autoidentificación afirmando que “*El revisionismo [...] se organizó en torno de uno de los núcleos de la cultura admitida* (2003: 157). La voluntad de no ir más allá de los límites marcados por el *statu quo* fue también advertida por PLA 1972, 43-44. La mirada siempre certera de Halperín Donghi advirtió esta inclinación antisubversiva del 2° RHA, y conjeturó sobre sus causas: “*La alternativa que se proponía [a la integración lograda por el modelo primario-exportador] no volvía sobre la integración misma [porque] sobre esa integración se han construido en más de un siglo estructuras nacionales [...] que no podrían ser eliminadas sin provocar cataclismos que repugnarían a la vocación conservadora que ese primer revisionismo tenía [...]*” (1996: 108).

⁴⁸ En efecto, un análisis estadístico de lo publicado entre 1934 y 1945 en las editoriales afines al RHA, y luego en la revista y el boletín del IIHJMDR da pocas modificaciones en relación a las temáticas tratadas entre 1946 y 1955 en términos absolutos, aunque algunos cambios relativos son significativos: la temática del “rosismo político” es ampliamente preponderante en ambas (31,57% y 17,24%, respectivamente); la afirmación de Rosas circula en paralelo a las definiciones de la autopercepción del RHA (7,89% y 10,34%)

Pero la consideración de un “modelo francés” de la guerra de razas nos permite pensar en la existencia de un espacio de convergencia entre el segundo RHA y el primer peronismo. En efecto, si ambos se posicionan en la situación de revisitar, corregir y aun combatir ideas, estructuras ideológicas y proyecto social del modelo primario exportador, ninguno de los dos está dispuesto a transformar ese cuestionamiento en un discurso que subvierta el orden social. En ese sentido, la autocensura que el RHA se aplica a sí mismo, impidiéndose llevar la conflictividad de la guerra de razas más allá de 1862⁴⁹ es directamente proporcional a las operatorias con las que el peronismo intenta autoperibirse como policlasista y domesticar tanto sus prácticas como sus memorias⁵⁰. Los “patriotas”... ¿Quiénes son los que llevan adelante la resistencia contra el Otro absoluto, contra el imperialismo, contra los “traidores”? ¿Habla entonces el RHA de una resistencia llevada a cabo *exclusivamente* por las élites y el aparato de Estado, por demás exiguo en aquellos días? Por supuesto, siempre se puede hacer una apelación a los sectores populares romantizados y cubiertos de ditirambos –siempre que no encaren acciones espontáneas-, al estilo de Ibarguren. Pero el gran recurso para la construcción de este agente patriótico será el de la agregación: el “pueblo” del 2º RHA es una unidad inquebrantable. Quiere, desea, lucha, detesta, adhiere en bloque, sin fisuras; esta unidad se pone al servicio de la argumentación de los ensayistas, sin mayor trabajo heurístico que otorgue fundamento empírico a estas evaluaciones del “ser popular”. En pocos autores esto es tan visible como en la *Historia de la Argentina*, de Vicente Sierra: su “pueblo” es un colectivo compacto hispanista, fernandiano (hasta 1815), religioso, tradicionalista, ama lo concreto, detesta las abstracciones racionalistas, bien educado,

y su visión de la historia (9,21% y 1,72%). De todas formas, no deja de notarse una influencia del proceso peronista -muy limitada, por cierto- en la aparición de problemas ausentes hasta 1945 (el artiguismo, 3,44% y el “rosismo cultural”, 5,17%). Proporcionalmente, el análisis de los sectores populares mantiene sus proporciones (5,26 y 5,17), pero siempre intermediado por la figura del caudillo como centro del análisis. El *corpus* sobre el que se han elaborado las estadísticas es el proporcionado por Pulfer, 2015: *passim*, un importantísimo aporte al estudio del RHA.

⁴⁹ Las excepciones que tuvieron repercusión masiva son pocas: algunas biografías de Gálvez y la historia ferroviaria de Scalabrini Ortiz. Significativamente, este último es un texto de historia económica y, en la medida en que el grueso de los revisionistas encuadrados en el IHHJMDR entiende la economía como una manifestación de la “moral social” vigente, el libro de Scalabrini pierde buena parte de su “subversividad”: de una sociedad amoral y regida por criterios mercantilistas, no se podía esperar sino la entrega de su potencial al capital extranjero. Los revisionistas pueden, así, leer a Scalabrini y utilizarlo sin cargo de conciencia, porque la solución de fondo no es económica (v. gr., la nacionalización de los ferrocarriles), sino la re-moralización de la sociedad argentina.

⁵⁰ El ejemplo más obvio es el de la “domesticación” de la celebración de los 17 de octubre, implacablemente llevada a cabo por el elenco gobernante a partir de 1947 (Plotkin, 1995 y 2007).

hace un culto del honor y de la lealtad a sus caudillos... El lector debe creer en la existencia de tanta unanimidad masiva, y además creerlo sin que el autor se crea en la obligación de ofrecer ninguna evidencia. De esta manera es sencillo suponer la “unanimidad popular” que relegue a sus adversarios al ámbito de las oligarquías, los intelectuales del café de Marco o los exiliados al servicio del “oro francés”, según la etapa. Acaso por su condición de peronista, el horror aristocrático de Sierra ante las masas no es tan notorio como en Ibarguren: si la acción popular se despliega en forma espontánea, no es por “barbarie”, sino porque las “clases superiores” olvidaron sus deberes (Sierra, II, 26-27; un tratamiento similar para la Banda Oriental en IV, 326). La argumentación del autor se desliza en medio de una selva de contradicciones conceptuales nunca definidas entre “pueblo”, “plebe”, “populacho”, “vecinos”, “viejo patriciado” e incluso “hacendados” que tornan sumamente confuso comprender quién es cada uno y qué lugar ocupa en cada uno de estos colectivos. En un relato de largo aliento como éste (diez volúmenes), esta confusión conceptual permite que el colectivo “pueblo” se comporte como el historiador quiera⁵¹.

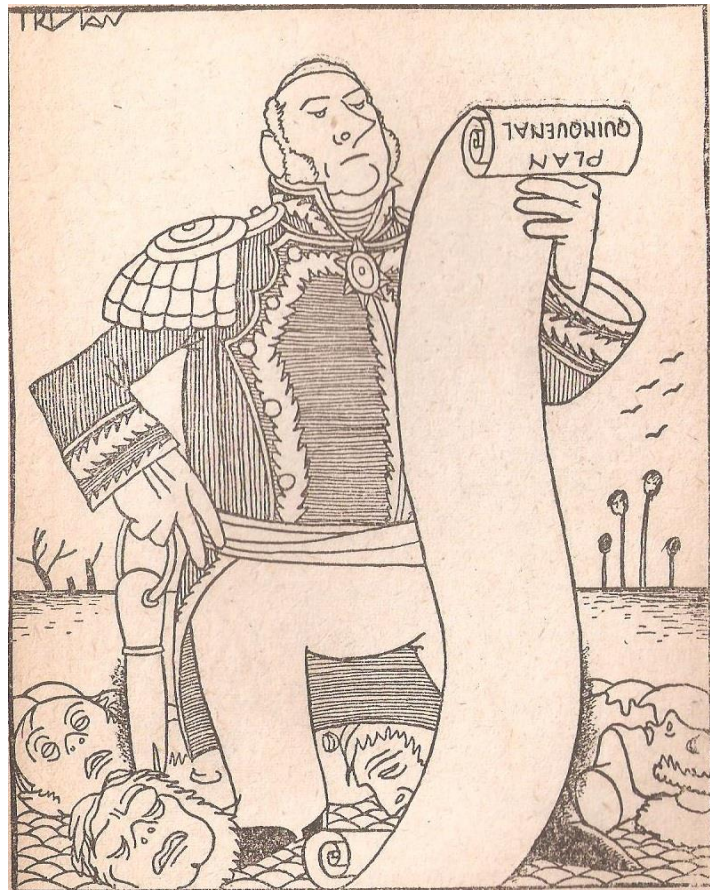
En general, el tratamiento del sujeto popular por parte del 2º RHA sigue estos lineamientos; aun cuando en algunos autores parezca haber un propósito de desagregación, esto sólo toma cuerpo discursivo cuando pueden adjudicar a las partes desagregadas una voluntad unánime. Así, si García Mellid desagrega a la plebe en “pobres urbanos, gauchos, mulatos” y “pardos, negros e indios”, lo hace porque *todos* obraron en 1806 a favor de la Reconquista; la discriminación nominativa se neutraliza por la unanimidad de la praxis (García Mellid, 1974: 62). Claro, cuando distinga la “democracia de ellos” (la minoría “de luces”) de la democracia “con olor a pueblo”, el autor hablará de pobres urbanos y gauchos; los indios, pardos y mestizos se han perdido en el camino y no forman parte de los aromas democráticos.

⁵¹ Por supuesto, la extensión de la obra permite que a veces “salte la liebre” y la homogeneidad popular se resquebraje, permitiéndonos vislumbrar los obvios matices que existen en cualquier sociedad. Por ejemplo, después de haber despotricado contra la “irreligiosidad” de Castelli, que enajenó la voluntad de las masas altoperuanas, todas católicas, ortodoxas y respetuosas de un dogma (que, por otra parte, parecen conocer a la perfección y que carece de sincretismos heréticos) nos cuenta que una piadosa procesión del Oficio de Tinieblas en La Paz se ve interrumpida alevosamente, a los gritos de “¡Viva Castelli!”. ¿Se trata de un grupo de jóvenes y soberbios porteños, morenistas y afectos a “las luces”? No. La protagonista de tan alevosa irreligiosidad es una *pueblada* (sic), palabra que Sierra suele emplear para referir una “manifestación popular multitudinaria” (V, 391). De la misma forma, la única forma que Sierra encuentra para explicar el apoyo popular a Mitre desde junio de 1852 (a apenas cuatro meses de la caída del Rosas “venerado por el pueblo” es admitir, a la manera de Ibarguren, que “[...] *la masa* [...], como tal, es incapaz de reflexión [...]” (X, 39).

Estos movimientos conceptuales no fueron acompañados por el nacionalismo antiperonista y aristocratizante de Julio Irazusta: en sus obras, tanto políticas como historiográficas, el “pueblo” continuó siendo el gran ausente: *ex post facto* insistiría en diferenciar a la “masa” de “cualquier amontonamiento dirigente” e ignorará sistemáticamente las profundas modificaciones que la clase obrera urbana había experimentado desde 1933, así como su ciudadanía política obtenida con el peronismo (Mutsuki, 2004: 176-177).

Cerraremos este apartado señalando una de las pocas visiones desagregadas del sujeto popular: la que Soler Cañas elabora sobre los pardos y morenos durante el segundo gobierno de Rosas (1958-1959). Este artículo tiene una continuación posterior en el emblemático número 22 de la Revista del IIHJMDR (que alcanzó las 523 páginas y en cuyo formato se intuye la intención institucional de darle a la publicación un perfil decididamente académico). Pues bien, casi como un signo de los tiempos, esta continuación de Soler se proyecta sobre el “momento del ‘80” (1963), lo que nos anticipa lo que será una de las características del 3° RHA: la pulsión de rebasar las fronteras históricas de Caseros y Pavón, para internarse en los vericuetos de la Argentina de la organización nacional y etapas posteriores.

Acaso por haber realizado un verdadero trabajo de archivo centrado en la identidad de los sectores populares, y en particular de los libertos afrodescendientes de Buenos Aires, Soler Cañas se permite elaborar una concepción más matizada de la cultura política popular. Así, sostiene que “aunque no convendría generalizar en forma absoluta, pues *las filas unitarias se integraron con más de un soldado negro*, no cabe duda de que la mayoría de los pardos y morenos sintieron por Rosas un afecto que llegaba al fanatismo” (1974: 69. Cursiva mía. GG). Pero ni siquiera su experiencia historiográfica puede eludir los imperativos de género del 2° RHA: dos párrafos antes ha hablado de “la montonera que se levanta *unánime* en armas [...]” (1974: 68).



Esto en mis tiempos se llamaba "suma del poder público".

Circularidades (anti)rosismo/(anti)peronismo.
Caricatura en *La Vanguardia*, s.f.

4. El tercer revisionismo: de la restauración a la descolonización

“Es la hora de los hornos, en que no se ha de ver más que la luz”

JOSÉ MARTÍ⁵²

“PERIODISTA: ¿Cómo definiría al Padre de la Patria?

CORVALÁN (CON CURIOSIDAD): ¿Qué es para usted «la Patria»?

PERIODISTA (CON SORNA): ¿Perdón...?

CORVALÁN (ACLARANDO, CASI PEDAGÓGICO): ¿Qué es para usted «la Patria»?

PERIODISTA (RÍE, VISIBLEMENTE INCÓMODO, PERO SIN PERDER LA SOBERBIA): Bueno, la Patria... es el... es el territorio...

CORVALÁN (INQUISIDOR): ¿Padre de qué Patria? ¿De la que ustedes llaman «la Argentina»? ¿De lo que fue el reino de Chile? ¿De Perú? ¿De todas juntas?”.

Revolución. El cruce de los Andes (Ipiña, 2010. Transcripción escénica mía. GG)

Con los grandes trabajos de síntesis de Palacio y de Sierra la capacidad discursiva del segundo RHA para generar nuevas visiones del pasado pareció quedar agotada. Para muchos escritores revisionistas, el “corpus” generado tanto por el monografismo predominante como por las síntesis mencionadas había constituido el *non plus ultra* de su revisión de la historia argentina; su producción ulterior no haría sino repetir los mismos temas sin mayores modificaciones en su concepción general del pasado rioplatense.

Sin embargo, otro grupo de escritores (algunos provenientes de la etapa anterior y otros de las diversas heterodoxias de la izquierda) serían los encargados de imprimir bruscos giros en el discurso del RHA; su renovación de posicionamientos y planteos conforma el núcleo de lo que hemos denominado “tercer revisionismo”.

Es indudable, y así ha sido admitido por diversos estudios historiográficos, que estos clivajes, aunque algunos comenzaron antes de 1955, tomaron cuerpo con los hechos que determinaron la caída del gobierno de Perón, obligaron a su líder al destierro e inauguraron 18 años de real o virtual proscripción del movimiento popular.

Para explicar la relación entre la caída del peronismo y el surgimiento del tercer revisionismo, algunos historiadores han hecho especial hincapié en la “conversión al

⁵² MARTÍ, JOSÉ. “Carta a José Dolores Poyo de 5 de diciembre de 1891”, en *Obras completas*. La Habana, 1963-1973, tomo I, p. 275.

reversionismo” del propio Perón⁵³. Menos énfasis se ha puesto en la importancia de otros dos factores: el primero muestra que tanto la impotencia de la “campaña de desperonización” como la creciente resistencia peronista -en forma de sabotajes y atentados, pero también de publicaciones clandestinas, en cuyos textos se translucían algunos temas del 2º revisionismo que habían permeado ya el imaginario popular- rompían no tanto las identidades históricas paralelas (Mayo/Caseros/septiembre de 1955; Rosas/Perón⁵⁴) cuanto la circularidad temporal con la que éstas anunciaban el eterno retorno del triunfo de la “civilización” sobre la “barbarie”: si Rosas, derrotado en Caseros, se había exiliado sin manifestar nunca intenciones de volver al Río de la Plata (y menos aún como figura política), Perón, luego de un silencio y una indecisión iniciales, recomponía rápidamente su imagen, ahora como líder de una resistencia clandestina y, en forma algo sorpresiva, como apologista de la subversión social. Es decir que si Rosas no había vuelto, el *Perón vuelve* pintado en las paredes de los suburbios industriales de Buenos Aires prometía (y amenazaba) quebrar la circularidad y, por lo tanto, las identidades tan tenazmente abocetadas por la oposición antiperonista desde 1945.

Por otro lado, la cuestión de una genealogía “nacional” se complejiza si se recuerda que las primeras circularidades fueron articuladas ya por la oposición antirradical para identificar a Rosas con Yrigoyen (Svampa, 1994: 160 y 174; Cattaruzza, 2003: 150-151); así, Enrique de Gandía construía una línea histórica (de sentido negativo) “Artigas-Rosas-Yrigoyen” y traza paralelos con Hitler y Mussolini (De Gandía, 1974: 86 y 88-89). Las

⁵³ En la edición venezolana de *La fuerza es el derecho de las bestias* (1957), en p. 219, Perón asimilaba todavía a la represión “libertadora” con la mazorca, en un máximo grado de negatividad. En la edición madrileña posterior, el término de comparación fue reemplazado por la policía soviética. Esa 2ª edición habría sido intervenida por José María Rosa por expreso pedido de Perón (Plotkin, 1993: 53 y 311). La primera formulación explícita del exiliado general respecto de su “conversión” es posterior en unos meses: “[...] *el pleito argentino* [post 1955] *se trata sólo de un episodio más del drama argentino caracterizado por la lucha del Pueblo contra el vasallaje*. [...] *El gobierno del brigadier general Don Juan Manuel de Rosas es, sin duda, la elocuencia más evidente de esta sorda lucha*”. (Perón, 1974: 221 [1ª ed. 1957]). En ese texto no hay menciones ni de los caudillos ni de las montoneras. Perón se inscribe así en la matriz historiográfica del 2º revisionismo, aunque su autoconstrucción como líder de un movimiento insurreccional lo lleve a reemplazar a “la nación” por “el Pueblo”. Por el contrario, como veremos, los historiadores del tercer RHA encontrarán en los caudillos provinciales “elocuencias más evidentes”.

⁵⁴ Es posiblemente cierta la intuición que, con tono humorístico, esboza Manson al suponer que estas identificaciones, originadas en los discursos antiperonistas desde 1945, “haría[n] a la larga mucho más por la popularización del revisionismo que lo que podían haber hecho José María Rosa y los esforzados muchachos del Instituto. Los peronistas, que en su mayoría no habían prestado mucha atención al debate histórico entre 1943 y 1955, empezaron a preguntarse cuál había sido la primera tiranía, ya que la segunda les había gustado tanto” (2008: 205).

hipótesis tanto de Svampa como de Cattaruzza permiten inferir que fueron las oposiciones a los movimientos populares las que iniciaron la construcción de estas genealogías.

El segundo factor fue la lejanía del líder (cuyas instrucciones en cartas y discos eran tan afanosamente buscadas como escasamente cumplidas), que dejaba un ancho margen para la acción autónoma de las masas, para su creatividad, operatividad y ejecución. Esto hizo que aquellos historiadores que ya habían sido impactados por la movilización de masas de la década peronista trasladaran hacia el pasado buena parte de los interrogantes que la acción popular posterior al golpe de 1955 planteaba. Pronto, otros procesos de movilización y de lucha de masas que presentaban grados de radicalidad aún mayores, como la Revolución Cubana y la descolonización, sumaron una dimensión espacial de largo alcance a los replanteos sobre la acción popular. Omar Acha ha sumado un tercer factor sumamente interesante: “Con su adhesión al revisionismo [...] la imaginación historiográfica peronista asume la unicidad y circularidad que constituye el centro de su idea de la historia” (Acha, 2009: 307). Pero si con su adhesión al RHA, el peronismo “encontraba” un linaje cuya circularidad justificaba la pervivencia del movimiento (si febrero de 1952 no era una derrota definitiva, y ahí estaba el peronismo para evidenciarlo, tampoco septiembre de 1955 tenía porqué serlo), también trazaba unos objetivos políticos que, como dijimos, debían quebrar esa circularidad para hacer realidad el “Perón vuelve” pintado en las paredes del conurbano.⁵⁵

Este marco generaba condiciones para que el nuevo RHA transitara un doble movimiento: el discurso de la “guerra de razas” del modelo francés trasladaría rápidamente sus relatos hacia un registro *leveller* fuertemente plebeyo y antiaristocrático. Después de todo, la Resistencia Peronista debió aprender en la dura escuela de las delaciones, las cárceles y las torturas, que los aparatos de Estado no eran “aliados”, ni siquiera neutrales, sino uno de los poderosos instrumentos que “el enemigo” utilizaba para la represión⁵⁶. Así, una sociedad separada de (y en guerra con) el Estado/soberanía era el modelo de acción de los resistentes en el presente y el modelo historiográfico de los revisionistas de la tercera

⁵⁵ Para una agenda de investigación quedaría establecer si el peronismo posee sólo una idea de la historia, y en el caso en que en su seno convivan varias concepciones, cuáles de ellas corresponderían a qué revisionismo.

⁵⁶ Uno de los casos más significativos fue el de desterrar la idea de una “policía peronista” que sería aliada de los resistentes, o neutral, según el modelo amable del “vigilante de la esquina”. Estas concepciones permitieron la infiltración y desmantelamiento de innumerables células clandestinas; por esta vía, buena parte de la Resistencia peronista terminó concibiéndose como una alternativa revolucionaria al margen del sistema (Gil, 2019: 105-108).

etapa hacia el pasado⁵⁷. Esta guerra restauraba el tiempo heterogéneo en resistencia sobre un capitalismo criminal y avasallador y unía en el mismo campo a las víctimas que en el pasado habían tratado de resistir, política o prepolíticamente, este avasallamiento⁵⁸.

La asunción de un formato afín a la “guerra de razas” de cuño *leveller* fue acompañada por una oposición superadora equivalente del “mito de las dos Argentinas”. Se trató de la incorporación de la hipótesis del “colonialismo interno” que, por esos años y al calor de las formulaciones partidas de la teoría de la dependencia, desembarcaron en los discursos revisionistas (por supuesto, más intensamente en lo que más adelante definiremos como *registro de aglutinación*). Ya no se trataba de sociedades estáticas, que permanecían siempre iguales a sí mismas hasta que la ambición desmedida de las élites de una de ellas avasallaba la tranquila vida pastoril de la otra (causalidad ético-política), sino de una relación *estructural* propia de la relación colonial, que crea “polos de crecimiento” al interior del propio territorio subyugado. Las regiones excluidas de esta categoría son dos veces colonia (o “colonias internas en relación con los centros urbanos en desarrollo o con las zonas agrícolas productivas”). Por aquellos años, la oposición entre el “mito de las dos Argentinas” y la hipótesis del colonialismo interno fue tajantemente marcada por Rodolfo Stavenhagen:

Y para evitar la idea errónea de que en los países latinoamericanos funcionan dos (o más) sistemas sociales o económicos independientes nos proponemos describir la situación en términos de colonialismo interno y no en términos de sociedades duales (1970: I, 19).

Ahora bien: un núcleo fuerte de nuestra argumentación postula la existencia de dos registros historiográficos en este tercer revisionismo:

⁵⁷ Igualmente, el “mito de la unidad nacional” permanece, aunque más no sea en segundo plano, y asoma la cabeza de cuando en cuando. Por eso, Chávez critica a Sarmiento como “cercenador” de un panteón de próceres más abarcativo, volviendo a la lógica renaniana del 1° RHA, lo que suma una permeabilidad más a la siempre lábil red textual revisionista (Chávez, 1974: 11).

⁵⁸ “Quebrar una circularidad” que llevaba a la derrota y “asumir la guerra de razas en lugar de la homogeneidad de la nación” podía llevar a análisis más profundos. Así, analizando la resistencia contra la “guerra de policía” mitrista, Viñas reflexiona: “La «huida» de las guerrillas montoneras es su mejor táctica, y sólo son desbaratadas cuando «se pegan» a una posición o tienen que defenderla como si fuera una propiedad [sic] definitiva. Ganan cuando se sienten de paso y son derrotadas cuando se apesantan [sic] como propietarios” (VIÑAS 1971, 116). O sea: cuando la táctica armada deja de ser dictada por la realidad y pasa a ser concebida desde ciertos principios propios del enemigo (defensa del territorio “propio” - principio de *propiedad*-) triunfa entonces el “progreso”, porque el pueblo lucha sobre la base de principios inadecuados a la realidad que pretende defender. Esa táctica equivocada no debe repetirse; el rescate de la historia, aquí, no tiene como finalidad impulsar una circularidad sino una “*síntesis que abarcando lúcidamente el pasado, resulte operativa en este presente*” (Op. cit. 50).

1.- un registro de *profundización*, cuyas producciones tienen una frontera aproximada en 1966, aunque el criterio cronológico no sea excluyente. Se trata de trabajos que intentan integrar conceptos teóricos y categorías propias del pensamiento marxista (o, al menos, una visión más o menos causal de lo económico-social) con los contenidos historiográficos del revisionismo, heredando de éste la voluntad de quebrar el evolucionismo lineal de la historiografía liberal. El sesgo que esta integración asuma dependerá de la formación previa de cada ensayista; escritores como Puiggrós, Ramos (y el “revisionismo histórico socialista”), Astesano o Viñas, provenientes de distintas tradiciones marxistas, buscarán apoyarse más en factores estructurales que en fundamentaciones éticas (algo que no siempre consiguen). Así, el discurso se torna menos “epopéyico” y el vocabulario histórico se enriquece con conceptos sociológicos y económicos y con la construcción de causalidades y constantes históricas que intentan reemplazar el tono épico-moralista de los “héroes” y los “traidores a la patria” del 2º RHA. También algunos ensayistas formados en el revisionismo tradicional, como Rosa, Jauretche o Fermín Chávez incorporan variables económico-sociales como columnas de sus argumentaciones. Sin embargo, en ellos se manifiestan pervivencias en colocar variables culturales y espirituales como determinantes en última instancia de los procesos estudiados⁵⁹. De todas maneras, la voluntad de confluir en una visión renovada se manifiesta en la progresiva importancia de la categoría “pueblo” en la agencia de los hechos y el destierro de temáticas eclesiológicas.

La creciente importancia del análisis de las formaciones económico-sociales concretas tiene importantes consecuencias. En la medida en que busca causalidades endógenas del devenir histórico rioplatense, disminuye la importancia de las visiones conspirativas y aumenta la agencia de la acción popular. Además, obliga a visiones más realistas acerca de las relaciones sociales de producción en el campo, problematizando -aunque no descartando por completo- las visiones idílicas de un paraíso pastoral precapitalista⁶⁰.

⁵⁹ Así, un artículo de Fermín Chávez con promisorio título (“Urquiza en el año 63. Factores económicos de su sometimiento”) desilusiona por su contenido, limitado a una brevísima reseña de algunos aspectos de las políticas económicas de la Confederación y de la República hasta 1870, sin un solo cuadro estadístico y con abundante reproducción de correspondencia y documentos políticos (1963: *passim*). De todas maneras, los sinceros esfuerzos realizados por Chávez por *aggiornar* su mirada lo llevaron a participar de las *Columnas del Nacionalismo Marxista*, revista dirigida por Eduardo Astesano. Más allá del escaso éxito en la síntesis que el título de la publicación proponía, su sola existencia y la confluencia en él de escritores provenientes del 2º RHA es significativa (Devoto, 2004: 121-122).

⁶⁰ Como una posible línea de investigación, nos interesa señalar la confluencia de distintos tipos de lecturas en los militantes (y futuros militantes) de la década del '60: en el mismo momento en que el 3º

Dentro del grupo de historiadores provenientes del marxismo, la voluntad de construir una revisión historiográfica sobre fundamentos teóricos sólidos se manifiesta en una cuidadosa selección de tópicos y en un tratamiento de los mismos que sacrifica el tradicional panteón revisionista (y su catálogo de “virtudes nacionales”) ante la necesidad de la coherencia teórica⁶¹. Por eso, en este registro, aunque sigue ocupando un lugar importante, se relativiza la significatividad de la figura de Rosas: si hasta aquí el culto derivaba de su valor, su honestidad y su “autenticidad”, ahora se prioriza la exposición de las limitaciones de su liderazgo, derivadas de su extracción de clase⁶², una de las variables incorporadas por esta nueva generación de revisionistas. Por otro lado, algunos caudillos -especial, pero no únicamente, del noroeste argentino- adquirirán un protagonismo ausente en las dos etapas revisionistas anteriores. Este desbalance en la gravitación de liderazgos no será siempre bien acogido por algunos ensayistas provenientes del 2° RHA (por ejemplo, Jauretche juzgará duramente a estos “revisionistas, pero revisionistas anti-rosistas” (1974: 18)⁶³). Pero aun manteniendo la centralidad de la figura de Rosas, serán capaces de admitir que “[...] el revisionismo

RHA hace hincapié en las relaciones sociales de producción en las zonas rurales y la forma en que allí se plasman las resistencias contra el disciplinamiento capitalista, un texto de Régis Debray leído hasta el hartazgo por los militantes proclamaba que el campo proletarizaba, mientras que la ciudad era algo así como una fábrica de burgueses (1971: 209-211 y 216). En una época en que se lee -y se lee mucho-, ya que estos textos gozan de la preferencia de una sociedad cada vez más movilizadora políticamente, estas confluencias no pueden haber dejado de operar en la construcción de las geografías imaginarias de la Revolución, al menos hasta 1968.

⁶¹ Quienes marcarán más duramente la ruptura con el 2° RHA son los integrantes del “revisionismo histórico socialista”, que entienden la relación “historiografía liberal/historiografía revisionista” como una relación dialéctica de tesis y antítesis de la que ellos, naturalmente, se consideran la síntesis. El revisionismo, señalan, no ha podido revisarse a sí mismo y se ha estancado en un nacionalismo estéril (Cruz Tamayo, 1974: 105-106; Alberti, 1974). El resto de los historiadores marxistas -Ramos incluido- serán más cautos en sus juicios y tenderán puentes (muchas veces forzados) entre ambas etapas del RHA.

⁶² Las conceptualizaciones que el 2° RHA había acuñado referidas al Restaurador no podían sino chocar frontalmente con la etapa que el RHA iniciaba ahora. Si Vicente Sierra pretendía enaltecer su figura diciendo que “[...] *Juan Manuel de Rosas [...] llegó a ser el estanciero de más dilatadas tierras de la provincia de Buenos Aires*” o sosteniendo que su principal objetivo no era sólo “*ganar tierras, sino formar hombres para trabajar en ellas, pues en la campaña sólo había vagos, delincuentes fugados e indios*” (VII, 134), ese discurso no podía entusiasmar en quienes buscaban en el pasado federal y montonero un precedente y modelo de una Resistencia peronista de sesgo fuertemente obrero y antipatronal.

⁶³ Empero, es necesario hacer notar aquí dos cosas: primero, que Jauretche sigue considerando a sus interpelados como “revisionistas”, a diferencia de los historiadores del 2° RHA que no han “dado el paso” hacia estas nuevas formas de concebir la revisión del pasado; en éstos, la censura asumirá, como veremos en la polémica Oliver-Ortega Peña/Duhalde, formas abiertamente macartistas. Segundo, los argumentos que pone en juego Jauretche para justificar sus reproches al “revisionismo sin Rosas” van mucho más allá de lo que el 2° RHA podía concebir: para él “*Rosas no es la tesis del interior, pero no es la antítesis rivadaviana; es la síntesis posible y su programa el máximo que Buenos Aires puede dar al resto del país en esas condiciones históricas de incorporación al mercado mundial [...]*” (1974: 29).

entraña una necesidad cultural que desborda la figura y el tiempo de Rosas. Y si Rosas puede marcar el punto neurálgico, el tema de nuestras luchas por una autoconciencia nacional no se agota en él” (Chávez, 1974: 57).

Pero la principal novedad, en términos de agencia, es la aparición del *pueblo*, no ya como mera “masa de maniobra” de liderazgos de caudillos o “dictadores providenciales”, sino como una de las dos fuerzas fundamentales que protagonizan el largo conflicto social argentino⁶⁴. La opción historiográfica en favor del NOA por sobre el Litoral y, especialmente, sobre Buenos Aires se encuadra perfectamente con la voluntad de estudiar la acción de masas: después de todo, y si esa acción de masas había sido siempre identificada con las montoneras, Buenos Aires había sido la única provincia en la que un fuerte liderazgo personalista (Rosas) no estuvo sostenido en una base de masas montonera⁶⁵.

Concomitante a la descentralización del rosismo, los trabajos de esta etapa se extienden más allá de Caseros, a veces con una profundización mayor a la que le dedican a la etapa previa (Cruz Tamayo, 1974b: 115). Esta ampliación del marco temporal revisionista expresa la intención de asociar la etapa agroexportadora a la expansión mundial del capitalismo; de esa manera, la resistencia de gauchos y peonadas rurales potencialmente montoneras -y la de los indígenas, en algunos intelectuales de un momento avanzado de esta 3° etapa- puede manifestarse como la voluntad popular de resistir a la pauperización y las violencias culturales que esa expansión supone, así como su sometimiento o aniquilación, como parte de un proceso de disciplinamiento y adaptación social requerido por la lógica capitalista para la inserción de la Argentina en el mercado mundial. De esta manera, el surgimiento del modelo primario-exportador queda asimilado a la expansión imperialista, y la Argentina, situada en su posición del país del Tercer Mundo.

Entre los intelectuales que aportan a este primer registro -desde distintos lugares de enunciación- podemos mencionar a Rodolfo Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos, Eduardo Astesano, Arturo Jauretche, David Viñas (un ensayista que -en términos de la definición relacional de Cattaruzza, ya citada- ni se reconocía como revisionista, ni era reconocido como tal por los demás historiadores revisionistas, pero que, como veremos, en esta etapa concuerda con los planteos fundamentales del tercer RHA y, no menos importante, puntea

⁶⁴ Ambas novedades ya fueron registradas por Ortega Peña-Duhalde, 1967b: 11 y 18.

⁶⁵ Como ya lo había advertido un revisionista del 2° período, si bien algo heterodoxo, como Vicente Sierra, por ejemplo en VII, 135.

con nitidez la agenda de problemas e hipótesis que se le plantean al movimiento en esta etapa⁶⁶) y Juan José Hernández Arregui.

2.- Un registro de *aglutinación*, que empieza a desarrollarse a partir de 1966 y cuya primera característica estriba en el intento de sus ensayistas de recuperar la mayor cantidad posible de elementos que los tres revisionismos han ido sembrando en miles de páginas a lo largo de los años. Si el recurso a la agregación de elementos dispersos es exitosa, el intento de integrarlos en una síntesis no lo es tanto; se trata de una tarea cuyos resultados se revelan tan historiográficamente estériles como exitosos en su capacidad de divulgación.

El revisionismo así concebido adquiere una capacidad de difusión inversamente proporcional no sólo a su calidad historiográfica, sino también a la nitidez de los márgenes que los separan de algunas otras corrientes de pensamiento. Si lo primero supone un retroceso en los avances teórico-metodológicos que el primer registro de esta tercera etapa había logrado, lo segundo diluirá los límites -nunca demasiado precisos- de lo que puede considerarse parte del RHA y de lo que no⁶⁷.

Así como el registro de profundización encontraba su condición de posibilidad en las características del segundo peronismo, la voluntad de aglutinación tendrá como norte un doble movimiento: por un lado, *desde el RHA hacia* un movimiento obrero y popular en cuyo seno se manifiestan prácticas crecientemente insurreccionales y armadas, a fin de constituirse como sentido común historiográfico de las luchas y factor de unidad; por otro, *desde el* propio movimiento popular, *hacia* los contenidos historiográficos revisionistas como instrumento de combate y -más importante aún- como una “pedagogía del

⁶⁶ Tampoco Carlos Astrada se reconocía como parte del RHA “*vociferante [...] teocrático e hispanizante*” y al que consideraba, junto con la historiografía “liberal”, “*al servicio de los intereses de la clase terrateniente y del capitalismo financiero internacional*” (1968: 27). Sin embargo, su exaltación de la Generación del 37 se apoyaba en una cuidadosa selección de textos en la que Echeverría, Alberdi y Gutiérrez aparecían decididamente inclinados a rechazar la imitación de las ideologías europeas para solucionar los problemas argentinos (1968: 15-20) y el iluminismo unitario de cuño rivadaviano (1968: 21), así como repudiaban la colaboración extranjera para derribar a Rosas (1968: 28), argumentos que los revisionistas hubieran mirado con respeto. Acaso Astrada hubiera podido ser el teórico del que el RHA siempre careció, aunque seguramente hubiera leído con extrañeza que, en la misma heterogénea antología de textos en que publicaba estas reflexiones, un historiador ubicado en las antípodas de su pensamiento teórico y de su posición política hubiera coincidido con buena parte de sus argumentos (IRAZUSTA, 1968: 102-103).

⁶⁷ Debido a esta *dissolutio fines*, ninguna empresa de divulgación historiográfica en esta etapa pudo prescindir por completo del revisionismo histórico. Por ejemplo, una revista de amplia circulación como *Todo es Historia*, dirigida por un ecléctico como Félix Luna, que coqueteó durante muchos años con el RHA sin adherir nunca explícitamente a él, no pudo prescindir de colocar en la tapa de su n° 1, un impactante retrato, a color y a página entera, de Juan Manuel de Rosas.

presente”, que permitiese entender las luchas del momento como superaciones de las del pasado.

Si la primera etapa de este 3° RHA se caracterizó por la imbricación con la teoría marxista, este segundo momento supuso -sin abandonar aquellas novedades- un fuerte acercamiento a los contenidos de la teoría de la dependencia⁶⁸. Como un aporte a la agenda de investigación, podríamos establecer algunas hipótesis preliminares: 1°.- los autores revisionistas hicieron una utilización *sui generis* de los postulados dependentistas; 2°.- un atractivo innegable de los textos de la teoría de la dependencia fue que se desplegaban de preferencia sobre la etapa posterior a 1860, precisamente el período con el que los revisionistas de esta tercera etapa pretendían renovar y actualizar el repertorio temático del RHA; 3°.- pero esto resultó también un inconveniente: los dependentistas nunca dieron importancia a la etapa 1810-1860, justamente aquella que había sido centro y norte del quehacer y de la identidad del revisionismo; por ende, no pudieron otorgar una base novedosa de análisis; por eso, los textos del 3° RHA, aunque buscaban una relación transversal, moderna y actualizada con la teoría de la dependencia, acabaron fundamentando sus análisis de la etapa 1820-1862 en los textos tradicionales del 2° RHA⁶⁹; 5°. otro atractivo innegable es que el dependentismo permitía superar la antinomia *civilización-barbarie* con conceptos que -con una buena dosis de eclecticismo- podían asimilarse con ideas caras al 2° RHA. Así, con la novedad de atravesarlos con la relación “centro/desarrollo-periferia/dependencia”, Viñas podía refutar la validez de la antinomia sarmientina desde las categorías de “lo universal abstracto” y lo “particular concreto”, una oposición que hubiera hecho las delicias de Vicente Sierra o de Steffens Soler:

El pensamiento liberal, al desconocer las clases y los desniveles concretos entre los países centrales y los periféricos, formulaba un universal del hombre que sólo era el universal de la burguesía (Viñas, 1971: 27. Cf. también *op. cit.*: 51).

⁶⁸ Tanto Vilas como Assadourian testimonian la presencia de la problemática dependentista en el 2° RHA. Quizás por eso los autores revisionistas se mostraron más permeables a las novedades que el dependentismo aportó en el campo de las ciencias sociales que los miembros de la Academia Nacional de la Historia. Aparte del revisionismo, fueron precursores de visiones dependentistas tanto Sergio Bagú como Ceferino Garzón Maceda y los investigadores a ellos ligados. Cf. Diez, 2009: 80-82.

⁶⁹ Esto es muy visible en Cárdenas, 1974: una rápida ojeada a la bibliografía citada a pie de página nos hará ver que el autor pasa de un ambicioso aparato teórico inicial (Rostow, Malinowsky, Horowitz, Fanon, Marx, Dobb, Sweezy), leído en clave crítica, a los textos de Rosa, Furlong, Palacio e Irazusta, para volver luego la mirada hacia la historiografía económica reciente acerca del modelo agrario-exportador (Cortés Conde, Gallo, Bunge, Germani).

Esta voluntad de aglutinación -fuertemente presente en los contenidos de las “cátedras nacionales” de la U.B.A.- signará los contenidos desplegados por la revista *Crisis* y por los *Cuadernos de Crisis*, publicados desde 1973.

La revista, cuyo nombre completo era *ideas letras artes en la Crisis*⁷⁰, se publicó entre mayo de 1973 y agosto de 1976. Contra lo que podría esperarse, su n° 1 no contenía ni una editorial explicitando los objetivos y la perspectiva de la revista, ni una declaración de principios, como si sus directores, Federico Vogeliuss y Eduardo Galeano, permitieran que la revista se autodefiniera de acuerdo a sus contenidos. La impresionante heterogeneidad de ese número inicial permitía incluir un logo con un sol incaico (p. 2), un poema de Lenin y fragmentos del reportaje de Solanas a Perón. Ya en el n° 2 se incluye una carta de Juan Manuel de Rosas desde su destierro (pp. 48-49, en facsímil y transcripción); pero la voluntad de síntesis se advierte en la forma en la que el acaso asombrado lector se entera de la presencia de este documento: la tapa anuncia, entre otros temas, “documentos de rosas y mao”; el lector que acepte una enumeración que acorta distancias entre documentos de dos enunciadores y contextos tan disímiles es el que asume que las circunstancias en las que vive hacen necesarias síntesis violentas que agrupen aquellos deícticos identificados *a priori* con modalizaciones positivas.

En los números sucesivos, se alternarán un Umberto Eco aún desconocido, Pierre Clastres, Barthes, Picasso, Hemingway, con Jauretche, Selser, Cooke, Guevara y Marechal. La revista puede publicar tanto cantos y mitos indígenas precolombinos como una antología de textos del general Alonso Baldrich o del padre Castellani⁷¹. Las grandes figuras de la historia tienen lugar tanto como aquellas manifestaciones de la cultura popular (como los testimonios sobre Pancho Sierra o los de la Villa Comunicaciones

⁷⁰ Ya desde fines de los '60, la editorial Siglo XXI había empleado el recurso de suprimir las mayúsculas como una forma de desjerarquizar ciertos significados en la escritura, generando un efecto de “horizontalidad” que cuestionaba implícitamente cualquier estatuto preexistente. *Crisis* empleará este recurso sistemáticamente, especialmente en tapas y títulos. Piénsese lo alejado que se encuentra este dispositivo horizontalizador de los presupuestos del 2° RHA y se hará más comprensible lo imposible que resultaba sintetizar matrices de asignación de sentido tan diferentes.

⁷¹ Noé Jitrik recordaba aún el desconcierto que estas convivencias en el espacio textual común de la revista le provocaban: “Yo me acuerdo que en uno de los primeros números de *Crisis* publiqué una traducción de El placer del texto, de Roland Barthes. Esa misma revista, un año después, celebraba las glorias de Manuelita Rosas en artículos de Fermín Chávez; yo no lo podía entender. Quizás lo vieron como instrumento factible, no sólo para no ser censurados y perseguidos (ya estábamos en pleno lopezrreguismo), sino también como instrumento de análisis, porque en toda propuesta literaria siempre se está analizando también el orden global de lo real a través de lo simbólico, y estaban admitiendo que uno de los elementos a tener en cuenta era el viejo nacionalismo rosista” (Jitrik, 1996: 41).

sobre Carlos Mugica). En el n° 8, una encuesta sobre “¿Se enseña en la Argentina la historia real del país?” otorga una amplia participación a autores revisionistas de distintos pelajes, desde Puiggrós y Ramos hasta Irazusta y Sierra (pp. 3-17). La pluma que desarrollará el tema del destierro de Rosas no será la de ningún capitoste del RHA, sino la de Vicente Zito Lema; aquí, la integración se produce entre tema y autor provenientes de tradiciones muy diferentes.

Los 29 números de *Cuadernos de Crisis*, editados entre 1973 y 1976, manifestaron desde el principio el mismo perfil de la revista (el n° 1, de octubre de 1973, era una antología de textos del Che acerca de “El hombre nuevo”). Si inicialmente se hacen presentes temáticas propias de la revolución y la cultura latinoamericanas (cuadernos dedicados a Uruguay, Perú, la “Patria Grande”, Neruda y Onetti), el perfil se va concentrando en problemáticas argentinas, tanto político-sociales como culturales (Discépolo, el tango). El primer tema revisionista aparece en el n° 8: *El general Juan Facundo Quiroga*, por Jorge B. Rivera. A partir de allí, 11 de los 29 cuadernos estarán dedicados a temas revisionistas y afines. Los autores pertenecen a las corrientes del 3er RHA; el enfoque es más bien tradicional: salvo el dedicado al Paraguay y un valioso *Cancionero federal*, n° 26, los demás toman como eje enunciativo la figura de los caudillos. Esto podría parecer contradictorio con la autopercepción de “publicación de avanzada” del emprendimiento editorial de Vogelius, si olvidáramos la voluntad de aglutinación que campea en esta última etapa del RHA.

Un fenómeno semejante presentará la Editorial Guadalupe en su “Colección Dependencia”⁷², cuyo nombre filia ya a los doce cuadernos que serán editados entre 1973 y 1974 con el dependentismo. Vinculada a la congregación alemana del Verbo Divino, la colección asimila además los aportes de la crítica al cientificismo (Yunes) y de la Teología de la Liberación (Guillermo Gutiérrez, Buntig). Pues bien: nada menos que el primer cuaderno de la colección -que en este formato seriado de publicaciones suele ser el espejo de los números por venir- estará a cargo de José María Rosa (Rosa, 1973). Esta contundente presentación de la colección puede haber estado motivada por el impacto “taquillero” que la persona y las publicaciones de Rosa tenían ya en 1973 (a la sazón, candidato a senador por la Capital Federal y embajador argentino en el Paraguay); pero, aún cuando Rosa no estaba filiado al dependentismo (o, al menos, no más filiado a ella

⁷² Un interesante análisis de esta colección en Diez, 2009: 237-275.

que a otras corrientes en las que incursionó con interpretaciones siempre muy peculiares), la dependencia había sido un eje de su obra ya desde la primera edición de *Defensa y pérdida...* (Devoto-Pagano, 2006: 259). Para esta publicación no debió modificar demasiado sus construcciones argumentativas: si Rosa siempre supo adecuar su vocabulario para que resultara aceptable en contextos disímiles -y a veces inesperados-, también la época estaba dispuesta a integrar discursos en las filas de una fuerza emancipatoria.

La segunda característica sobresaliente de este segundo registro del 3° RHA es lo que podríamos denominar “el estallido de los géneros”. Hasta este momento, la vocación que el revisionismo había exhibido para disputar un terreno común con las instituciones de la historiografía “oficial” había limitado el despliegue de sus discursos en formatos comunes a los de sus adversarios: el libro, la conferencia, el Instituto, las revistas y boletines y algún acto formal en espacios emblemáticos. Pero ahora, la vocación divulgadora del 3° RHA desplegará todo el arsenal acumulado a lo largo de tantas décadas en un impresionante abanico de formatos: el cine⁷³, el teatro⁷⁴, los discos⁷⁵, los recitales, la historieta serán los nuevos escenarios en los que los personajes históricos preferidos del RHA desplegarán su accionar, ahora para un campo enunciatario notablemente mayor. Esta multiplicación de canales de comunicación hacia la sociedad tiene efectos colaterales. Por primera vez, no hay *un* canal que constituya la “voz oficial” del RHA; conforme esta “movimientización” aumenta, inversamente se reduce la importancia del

⁷³ Las más importantes fueron *Gúemes. La tierra en armas* (Torre Nilsson, 1971) y *Juan Manuel de Rosas* (Antín, 1972), que tuvo a José María Rosa como asesor histórico. Estas realizaciones tienen un precedente ilustre: la primera película argumental argentina fue *El fusilamiento de Dorrego* (Gallo, 1910). Fuertemente teñida de tópicos revisionistas están tanto *La hora de los hornos* como *Los hijos de Fierro* (Solanas, 1968 y 1973, respectivamente).

⁷⁴ Aquí mencionaremos VIÑAS, DAVID. *Tupac Amaru* (1972) y *Dorrego* (1974). Aunque no encaja del todo, la telenovela *La pulpera de Santa Lucía* (Migré, 1968), por su posicionamiento antirrosista, no cabe duda que su argumento caía en la tierra fértil que planteaban las discusiones, cada vez más estentóreas, sobre la primera mitad del siglo XIX argentino; que la cuestión rosista se hiciera argumento de una “novela de la tarde” supone admitir que la cuestión había penetrado hasta los lugares más impensadamente historiográficos de los hogares.

⁷⁵ El ciclo se inicia con Cafrune, Jorge. *Vida y obra de un caudillo* (CBS, 1965) y Ramírez, Ariel – Luna, Félix. *Los caudillos* (Phillips, 1966), interpretada por Ramón Navarro, coro y orquesta; el álbum (doble) más importante fue *Los Montoneros. Vida y muerte de don Juan Manuel de Rosas* (Diapasón, GL 4020, 1969), cuyos autores e intérpretes optaron, en la versión posterior en CD, por renombrarse prudentemente “Los Federales”. También hay temas sueltos que rescatan posiciones revisionistas, como Cafrune, Jorge. “A don Juan Manuel”, del álbum *Este destino cantor* (CBS, 1972). De resonancia masiva, aunque carente de méritos artísticos, fue la discografía de Roberto Rimoldi Fraga. No incluimos aquí *El inglés*, pues si bien fue estrenado en 1974, sólo adquirió su formato discográfico después de su reestreno, en 1984, en un contexto -innecesario es decirlo- muy distinto.

IIHJMDR, hasta cesar su actividad en 1971 (Stortini, 2004: 105). Paralelamente, se multiplican las empresas editoriales que publican (o, en la mayoría de los casos, reeditan) obras revisionistas; en el espíritu de aglutinamiento de la época, el caso más emblemático es el de A. Peña Lillo Editor, en cuyo catálogo conviven desde Marcelo Sánchez Sorondo y Rodolfo Tamagno hasta la biografía de Camilo Torres, el cura guerrillero colombiano, escrita por Norberto Habegger, el futuro jefe montonero, así como diversas investigaciones de Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Duhalde, cercanos al Peronismo de Base. En cambio, Ediciones Theoría incluirá preferentemente en su catálogo escritores del 2° RHA y sus libros serán, progresivamente, identificados con la derecha revisionista⁷⁶.

De avances, vacilaciones y aglutinaciones: las opciones teórico-epistemológicas del 3° RHA

1° registro. En la medida en que prácticamente todos los escritores nombrados -salvo Viñas- se alinean en la lucha de las masas resistentes del peronismo proscripto, las circularidades fuertemente presentes del 2° RHA no podían ser una opción, por las razones antes mencionadas: por un lado y a diferencia de Rosas, Perón no se había llamado a silencio y procuraba dirigir (con su peculiar estilo) la Resistencia peronista desde el exterior; por otro, la amplia base de sus partidarios exponía decididamente sus vidas en la lucha, a la vez que iban radicalizando sus consignas -nada de lo cual había ocurrido con las “masas rosistas”-. Si septiembre de 1955 no era febrero de 1852, si Perón no era Rosas y las masas peronistas no eran los colorados rosistas, un aspecto tenido por crucial en las circularidades populistas construidas por el 2° RHA perdía “funcionalidad” (para utilizar un concepto de Palacio)⁷⁷. Al 3° RHA se le abrían dos caminos: o demostrar que la “guerra de razas” se prolongaba más allá de 1852 y que las masas federales post 1852 constituían un digno precedente de la resistencia peronista (el camino elegido por Fermín Chávez o David Viñas), o sustituir la circularidad con un uso particular de la dialéctica que, si bien supone una visión progresiva y superadora a cada etapa, no es

⁷⁶ Sobre la vinculación del 3° RHA con la industria editorial, cf. Cattaruzza, 1993: 126.

⁷⁷ En 1939, Ernesto Palacio había sostenido que, si la “historia total” eran imposible, el criterio de selección de hechos debía ser el “*retener lo que nos sea útil. La historia ha de ser viviente, estimulante, ejemplarizadora, o no servirá para nada. [...] La determinación de los orígenes y el desarrollo sólo interesa en función del destino*” (1960: 16 y 27). Esta mirada utilitarista de la historia, que había justificado la elaboración de tantas circularidades, podía ser esgrimida ahora para destruir la principal de ellas.

lineal, sino más bien en espiral, una concepción a lo Vico (como es el caso de Puiggrós y Ramos).

Así, por ejemplo, Puiggrós maneja con enorme cautela las circularidades que cree no poder dejar de subrayar en su construcción argumentativa: así, si los liberales encuentran los mismos obstáculos que los unitarios para hacerse de una base de masas, esos obstáculos operan “en otro nivel” (1986, I, 166); el caudillismo del siglo XIX es de “imposible resurrección” en el siglo XX, que muestra el estilo de los “nuevos caudillos” (I, 227-228). Por otro lado, no alcanza constatar -acaso con un rictus amargo- que Manuel Ugarte, San Martín, Rosas y Alberdi murieron en el exilio, si no nos preguntamos los porqués de esta aparente circularidad (II, 81).

Los recelos de Puiggrós ante las circularidades se revelan en este párrafo luminoso:

Se ha llamado a la montonera el “sindicato del gaucha”, y a igual título podría decirse que el sindicato es la “montonera del obrero”, sin que lo ingenioso de la comparación excluya su inexactitud. La idea de la conversión de la montonera en sindicato, del relevo de aquélla por éste a lo largo de un proceso histórico social interno, prescinde de la colonización capitalista que al interponerse en ese proceso aniquiló al gaucha y engendró al obrero (Puiggrós, 1986: III, 318-319).

Nada es sino lo que su *existencia* le permite. Nada más alejado del esencialismo que caracterizaba a los ensayistas del 2º RHA.

Ramos no es un pensador tan sistemático como Puiggrós, aunque su origen trotskista le otorgó la soltura de pensamiento propia de los marxistas no aplanados por el DIAMAT del PC codovillista. Así, si bien admite el “propósito de establecer una inteligencia conductora entre los hechos” (Ramos, 1957: 11) -lo que presupone cierta posibilidad de conectividad entre las ocurrencias, que podría derivar en la reaparición circular de las mismas- muestra dos matices que complejizan la cuestión: por un lado, esa conectividad no es “descubierta”, sino “establecida”; esto es, no es inmanente a los hechos mismos, sino construida por el historiador. Por otro lado, esas conexiones no retroceden más allá de 1810, lo que permite establecer que la Revolución de Mayo cierra un círculo de conectividades y abre otro, cuya “inteligencia conductora” establece sus conexiones hasta 1880, momento en que ese círculo también se clausura. Por ende, la superación de los problemas históricos que cada etapa plantea sólo puede producirse si las circularidades se rompen. Tal es la función de la historia: reconocer el lugar de cada hecho en el encadenamiento que lleva (o no) al cambio social, y los que implican una novedad absoluta y, por tanto, han roto el círculo anterior y pertenecen ya a otra era. Por eso, en

Ramos, la circularidad no es la norma que el 2° RHA creía “descubrir” y “revelar”, sino, por el contrario, la anomalía que impide el desarrollo capitalista nacional y continental⁷⁸. Así, las circularidades en Ramos no son estructurales, sino que cumplen la función de meros *shifters* dirigidos a los resistentes peronistas, como cuando afirma que

“en la madrugada del 11 de septiembre [de 1852] -**mes aciago en la historia argentina**- se produce el previsto golpe de Estado” (Op. cit. 174.);

“con la crueldad del inepto triunfante, Mitre ejecutó al grupo del general Costa y al general Costa mismo. [...] **Esto ocurría en 1856. Debía transcurrir exactamente un siglo para que en la Argentina se volviera a fusilar por razones políticas**” (Ibid. loc. cit. Resaltados mío. GG).

El *shifter* apunta a la identificación con el lector; nunca asume la función de una constante performativa de la historia argentina y mucho menos de un pasado a “restaurar”.

Si la forma que adopta la temporalidad no es lineal, sino en espiral, la variable que marca su *progressio* es la agencia de las clases populares, cuya promoción en las argumentaciones de este revisionismo va en aumento, no como producto de un voluntarismo idealista -como era el caso del 2° RHA-, sino asociado a los cambios estructurales de la sociedad argentina y, especialmente, a una toma de conciencia progresiva de las masas.

Pero el papel destacado de esta agencia posee matices importantes. En Puiggrós, que tras su ruptura con el DIAMAT se ha transformado en un apasionado explorador de causalidades endógenas⁷⁹, el papel determinante radica en la *espontaneidad*: las masas no son “dirigidas” o “conducidas” por caudillos; éstos “son elevados” por aquéllas y sólo se

⁷⁸ Esto explica la defensa y apología que Ramos traza acerca de Roca: entre las constantes que han impedido el desarrollo capitalista argentino están la “cuestión capital” y el problema aduanero. Roca resuelve ambos y rompe así dos fuertes factores de circularidad, sinónimo de estancamiento.

⁷⁹ Por ejemplo, al explicar el proceso que lleva a la independencia, Puiggrós observa que “el sistema monopólico se autodestruía, pues la media docena de comerciantes de Cádiz con asiento a orillas del Plata quería que continuara el contrabando, pero para tenerlo bajo su control” (Puiggrós, 1971: 54). Obsérvese que el contrabando/comercio libre, lejos de concebirse como impulsado por Inglaterra y constituirse así como causalidad exógena, se remite al interior del propio sistema colonial. Otro ejemplo, de dimensión más amplia, surge cuando el autor asegura que “*cuando la conquista se trocó en colonización* [...] *comenzaron a actuar con autonomía las causas internas de desarrollo*”. Estas causas internas suponen la síntesis entre elementos indígenas y españoles (Puiggrós, 1986: I, 14-15), lo que incluye decididamente a los elementos culturales indígenas como agentes activos en los orígenes de la nación. Puiggrós no marca diferencias entre la historiografía “exogenista” hispanófoba (que ve a España como causa del subdesarrollo hispanoamericano) y la hispanófila (que la reconoce como fuente de progreso espiritual y moral); establece una lucha en dos frentes: contra el 2° RHA y contra la historiografía liberal (burguesa y socialista). En su voluntad de batir a tantas líneas historiográficas que se apoyaban en una permanente causalidad exógena, Puiggrós es más coherente con el presupuesto revisionista de “no mirar el país desde el extranjero”, tan vocingleramente proclamado por los revisionistas de derecha.

La inclinación puiggrósiana por una causalidad endogenista ha sido advertida por ACHA 2006, 178-179.

ponen a su frente (Puiggrós, 1971: 76 y 1986, I, 56-57). Lejos de establecer una relación clientelar, el pueblo fue capaz de sacudirse a los caudillos de encima “al convertirse éstos en liberales” (*Op. cit.* I, 208)⁸⁰. Contra los postulados del socialismo reformista, la espontaneidad no necesariamente se agota en sí misma, porque contiene una dialéctica propia (una “fuerza innata” y endógena, por ende) a convertirse en *conciencia* (*Ibid.*: II, 44)⁸¹. Los factores externos no hacen sino potenciar esta dialéctica: si las invasiones inglesas lo hicieron con la revolución de independencia, democrática y popular (Puiggrós, 1971: 11), la “guerra de policía” pudo aniquilar las montoneras, pero esto permitió la aparición de una forma superadora (y no un “renacimiento” circular, como vimos) en el movimiento obrero y sindical.

Armado de esta manera, Puiggrós se asoma a la cultura popular, a la que considera “la conciencia política de las masas en permanente autodesarrollo”. La “guerra de razas” surge como consecuencia de la resistencia de las élites a permitir “la tendencia innata de las multitudes argentinas a [...] erigirse en fundamentos de un Estado nacional y popular” (Puiggrós, 1986: I, 164-165). La nación argentina no es, pues, la “comunidad de olvido” homogénea de Renan, sino una sociedad preñada de una conflictividad permanente que, sin embargo, va generando formas progresivamente superadoras en cada polo del enfrentamiento.

Sin embargo, pese a esta ponderación de lo popular, no encontramos en Puiggrós un acercamiento concreto a esa cultura potencialmente emancipatoria. Si bien advierte que El desprecio de la espontaneidad de las masas [...] adoptó en los socialistas la forma de una aristocrática crítica moral de las costumbres, los hábitos y las preferencias de las muchedumbres argentinas” (*Ibid.*: II, 44), este argumento (que podría extenderse más allá del socialismo, hasta el *Facundo* mismo, al que, ciertamente, los socialistas reconocían como precedente), invertido, podría haber

⁸⁰ Cruzar el límite de 1852 suponía reconocer que las masas federales habían quedado huérfanas de liderazgo y que no todos los “fieles gobernadores y caudillos rosistas” habían corrido la suerte del Chacho (no obstante, Puiggrós vacilará repetidamente en esta cuestión: antes ha asegurado que “los gobernadores de provincia [...] congregados por Roca no eran los herederos de los caudillos” (*Ibid.* I, 157). Esta orfandad de las masas, que no se dejan arrastrar en la caída y comienzan un lento proceso de recomposición en una unidad superior contiene una imagen en la que los resistentes peronistas podían reconocerse fácilmente.

⁸¹ Acha, al analizar las representaciones del peronismo en *El proletariado en la revolución nacional*, un texto de 1958, advierte acertadamente que la combinación de la noción de espontaneísmo con la toma de distancia respecto del culto del Gran Hombre es resultado de remanencias objetivistas del desarrollo histórico: la evolución de las fuerzas productivas y los grados consiguientes de la conciencia obrera se transforman en los principales actores del campo popular en la lucha de clases, sin necesidad del genio carismático de un caudillo. Cf. ACHA 2006, 187-188.

llevado a Puiggrós y a otros revisionistas a interesarse por una “historia de la vida cotidiana” de los sectores populares, pero ello no ocurrió⁸².

Chávez y Ramos hicieron algún tratamiento acerca del sujeto popular, pero siempre con enormes limitaciones. El primero incursionó en el aspecto cultural de la época rosista con aportes notoriamente originales. Sin embargo, lo más importante de su obra se centra en las resistencias post Pavón, en títulos que centran la acción en los caudillos José Ángel Peñaloza y Ricardo López Jordán. Ahora bien: esa centralidad paratextual de los “grandes hombres” es engañosa: la movilización popular es protagonista, aún más explícitamente que en Puiggrós; las masas campesinas enfrentan la invasión mitrista y sus jefes son “numerosos” (Chávez, 1974: 62) y, por lo tanto, ni excepcionales ni carismáticos⁸³. Si los caudillos se movilizan, es porque el alzamiento campesino los impulsa (*Op. cit.*: 43); si demoran, son enfrentados por hombres del pueblo, que les reprochan su desidia (*Ibid.*: 97; Viñas, 1971: 46); el liderazgo del propio Peñaloza peligra:

por la continua afluencia de las masas que se aglomeraban a su lado clamando contra la administración de Bustos, se exponía él también a ser atropellado [...] En marzo de 1863 el Chacho se vio empujado por el pronunciamiento de su pueblo a una acción contra los ejércitos ocupantes. Él ya no podía parar a los guerrilleros (*Ibid.*: 51 y 87).

No se trata sólo de “hacer lo que el pueblo quiere”, sino de no tener más remedio que hacerlo. Y no se trata sólo de las bases campesinas: los propios oficiales del Chacho se mueven con autonomía militar contra el ejército porteño, desmontando aún más la idea de aquellos liderazgos absolutos, autoritarios y verticales que el 2° RHA había admirado; la complejidad de esta situación es revisitada por Viñas, cuando afirma que las fuerzas “duras” desde el liberalismo y desde la montonera [...] provocan el rompimiento de la tregua establecida en La Banderita; o bien actuando como montoneros sueltos que desacatan la pacificación del Chacho o bien como represores arbitrarios de parte de las fuerzas sanjuaninas de Sarmiento (1971, 46).

El autor no cierra el juicio alrededor de simplificaciones binarias “comprensibles” de “héroes/villanos”; por el contrario, abre el juego, descomprime, despliega, a fin de develar el juego de contradicciones actuantes, lo que, en definitiva, es la única manera de otorgar una agencia *real* y no *idealizada* a las clases populares. La guerra adquiere así una

⁸² Su retrato del gaucho, por ejemplo, es sólo reivindicativo y no se distancia demasiado de los estereotipos por entonces vigentes. Cf. PUIGGRÓS 1971, 55.

⁸³ Chávez reconoce una periodización historiográfica “de arriba hacia abajo” de los caudillos: “Hasta hace muy poco, sólo existían Artigas, Facundo, Rosas y los «caudillos del año 20». Después fueron ganando un lugar bajo el sol esos magníficos exponentes de la patria criolla que se llaman el Chacho y López Jordán. Y en los últimos tiempos, los escritores nacionales han empezado a ocuparse de las figuras no menos fascinantes y entrañables de Felipe Varela y Juan Sáá” (1968: 77).

dinámica propia (aquí también, endógena) más allá de la inteligencia y la voluntad de jerarquías militares, liderazgos carismáticos o complots imperialistas.

Aunque Ramos otorga una centralidad casi absoluta al “gauchaje” (“[...] será el héroe central de la historia argentina”. 1957, 34), tampoco él se acerca a formas de “historia desde abajo”; es decir, a una construcción historiográfica que otorgue a las formas concretas de vida de ese sujeto la centralidad que se proclama (Acha, 2009: 227). Sin embargo, el autor logra una jerarquización de las clases populares rurales que otros autores del 3° RHA no consiguieron, mediante dos procedimientos:

1°.- Las “masas en nuestra historia” -subtítulo del libro que estamos analizando- son mayoritaria, si no exclusivamente, masas rurales: ni el 5/6 de abril de 1811, ni octubre de 1820, ni la “revolución de los restauradores” -fechas fastas del RHA- tienen mayor importancia en su construcción argumentativa (Acha, 2009: 228-229)⁸⁴. La imagen remanente es que son esas masas rurales las que, migración interna mediante, devienen masas urbanas y reproducen en las ciudades, bajo nuevas formas, su experiencia histórica desde el 17 de octubre de 1945.

2°.- A diferencia del aparato argumentativo acerca del proceso político posterior a 1810, en el que Ramos emplea una respetable cantidad de referencias cronológicas, la extensa caracterización de la “vida en libertad” de los gauchos (1957, 34-36) pierde precisión temporal. Por momentos, no sabemos en qué siglo se ubican estas descripciones rurales. Es como si Ramos vislumbrara que “el tiempo lineal, vacío y homogéneo, es siempre el tiempo del poder” (AA.VV.: 2006, s.p.) y que las clases populares poseen *otra* temporalidad, que encierra otros relatos y otras periodizaciones posibles. Intuitivamente, el autor está descubriendo una dimensión muy importante de la subalternidad: la existencia de una temporalidad alternativa, tan ajena al *tempo* político de la historia del poder que no puede fijar con precisión en qué momento, entre 1815 y 1870, esa temporalidad alternativa es absorbida por la cultura dominante.

⁸⁴ Si el deíctico “masas rurales” no presenta matices en Ramos, quien hace una inteligente subdivisión al interior de ese campo es Viñas. Así, afirma que “*si Martín Fierro [...] encarna al desertor individualista y elegíaco, la montonera resulta la dimensión grupal de gauchos similares pero entonados épica y dramáticamente*” Y como siempre ocurre cuando se complejiza la identificación de deícticos, la conformación de campos de sentido se modifica: “*En ese exilio, la montonera se confundía y retemplaba hasta identificarse con el malón*” (VIÑAS 1971, 68), lo que traza un perfil muy diferente al definido por José Hernández. Esta modificación es fundamental porque confronta despiadadamente con la lectura -canónica, incompleta e insuficiente- que de *Martín Fierro* han hecho los revisionistas, que veneraron un texto cuyos matices jamás advirtieron.

Más allá de la dimensión temporal de su construcción historiográfica, el sujeto popular que Ramos configura sintetiza la problemática espacial que siempre generó fuertes -y nunca explícitas- ambigüedades en los discursos del 2° RHA:

[...] alrededor de 1940 y en los años turbulentos que siguieron, observóse en Buenos Aires [...] la afluencia de un tipo humano nuevo, antes desconocido, extranjero, en suma. El despecho faccioso designaría más tarde como *cabecitas negras*, con una intuición que sólo el amor o el odio pueden dictar, a esa multitud que llegaba a la ciudad imperial y se quedaba para siempre. Esta segunda argentinización de Buenos Aires cobró estado público en las grandes huelgas generales de 1945. [...] En sucesivas oleadas los argentinos del interior habían llegado a la capital en 1820, con los montoneros de López y Ramírez; en 1859 acamparon en San José de Flores con las legiones urquicistas; encuadrados en el ejército de provincianos dirigidos por Roca, impusieron en 1880 la nacionalización de Buenos Aires; en 1916, Yrigoyen inundaba de plebeyos la Administración Pública; en 1945 el viejo montonero, transformado luego en peón y ya obrero industrial, salía a la calle para fijar un nuevo rumbo al destino de los argentinos [...] como el corolario moderno de una lucha revolucionaria secular (*Ibid.* 10).

Fragmento importante, porque: a) se constituye un espacio simbólico propio, no sólo geográfico, sino también institucional (Administración Pública); b) asistimos a la transformación dialéctica de ese sujeto agente (y no a su reaparición circular): en esas invasiones sucesivas va desde el montonero al obrero industrial, pasando por el plebeyo; c) ese sujeto “argentiniza” a Buenos Aires, cuyos habitantes lo perciben como un “extranjero”, lo que filia con toda claridad esta construcción a la lógica foucaultiana de la “invasión”. En la historia argentina construida por Ramos, nadie ha olvidado nada: ni del bando vencedor (cf. 1957: 134) ni del vencido; no hay aquí ninguna percepción renaniana de la nación.

Pero, ¿por qué es preciso “argentinizar” a Buenos Aires? Porque si Puiggrós o Jauretche (1975, 33) integran a los inmigrantes europeos en la síntesis que desemboca en la clase obrera industrial cuya ciudadanía política queda consagrada el 17 de octubre de 1945, tanto Ramos como Hernández Arregui ven en la inmigración europea previa a 1930 una punta de lanza del proyecto oligárquico porteño. “Extraña a las dolorosas luchas nacionales, esa mano de obra indiferente llega al país para servir a los grandes consumidores de granos del Viejo Mundo” (*Ibid.* 175); el discípulo de Mondolfo es más categórico aún: su aporte fue culturalmente negativo; fueron “conservadores”, “hostiles al cambio social o indiferentes frente a la situación de la población local vencida⁸⁵” y

⁸⁵ Algo que, en lógica renaniana, coloca a la inmigración en la condición de base social del proceso de construcción de la nación: poco costará a los inmigrantes el olvido de luchas que ni han vivido ni han participado.

simples “instrumentos” de la clase dominante (Hernández Arregui, 1973: 78-79 y 94). Por ello, el autor considera el tango “[...] música popular, no de los argentinos, sino de la ciudad puerto”, y su condición de expresión de tristeza y decadencia después de 1930 (2005: 99, 103 y 108) es un subproducto del colapso del modelo primario exportador, así como la penetración del folklore en Buenos Aires forma parte de la “argentinización” de la que hablaba Ramos; por eso Hernández puede afirmar que “para el interior el tango es casi un producto de importación” (2005: 105).

Este vuelo de pájaro sobre las temáticas de la etapa de profundización del 3° RHA nos permite concluir que el esfuerzo de los autores por ensanchar los límites temporales de la revisión histórica y otorgar agencia a la acción colectiva popular los obliga a complejizar el análisis de los procesos sociales; esto supuso buscar causalidades endógenas que acortan el espacio de las visiones conspirativas, tan caras al 2° RHA. Estas nuevas miradas historiográficas llevaron a un ensanchamiento igualmente significativo de los procesos culturales, hasta ahora escasamente visitados por los discursos revisionistas.

2° registro. La instrumentalización del 3° RHA al servicio de una revolución que parecía encontrarse “a la vuelta de la esquina” supuso que la “pedagogía del presente” simplificara brutalmente los contenidos que la etapa de profundización había intentado problematizar. Esto explica la reaparición de “circularidades” -tan cuidadosamente evitadas en el 1° registro- como formas de explicación breves y concisas de ciertos elementos que pudieran provocar escozores diversos, especialmente en el peronismo: debería quedar claro para quienes se acercaban a sus organizaciones que la etapa iniciada en 1955 era una superación de la de 1946-1955 (y no una mera voluntad de restauración). El rol pedagógico de la circularidad es muy visible en la obra de Ortega Peña-Duhalde: si la *Zamba de Vargas* era una “Marcha de la Libertad” del siglo XIX, “la cueca era la marcha revolucionaria [en la época de Felipe Varela] como los «muchachos peronistas» lo sería ochenta años después” (1967a, 43)⁸⁶; los golpes militares de Lavalle y de Lonardi tienen en común su militarismo y la “vocación al desorden” que brota de los “liberales” frente a los gobiernos populares (1973, 75); significativamente, la circularidad del relato

⁸⁶ He aquí un ejemplo interesante para pensar la funcionalidad de esta “pedagogía del presente”. ¿Cuál es la direccionalidad del aprendizaje? ¿Es simplemente una forma de intelección del pasado? ¿O -como nos inclinamos a creer- una forma de disipar las aprehensiones que una práctica cultural (repetida hasta el hartazgo durante los dos primeros gobiernos peronistas y símbolo de la irritación que los mismos habían causado en los sectores “contreras”) podría generar en las jóvenes generaciones, no sólo de pequeños burgueses, sino de hijos de obreros socialistas o comunistas?

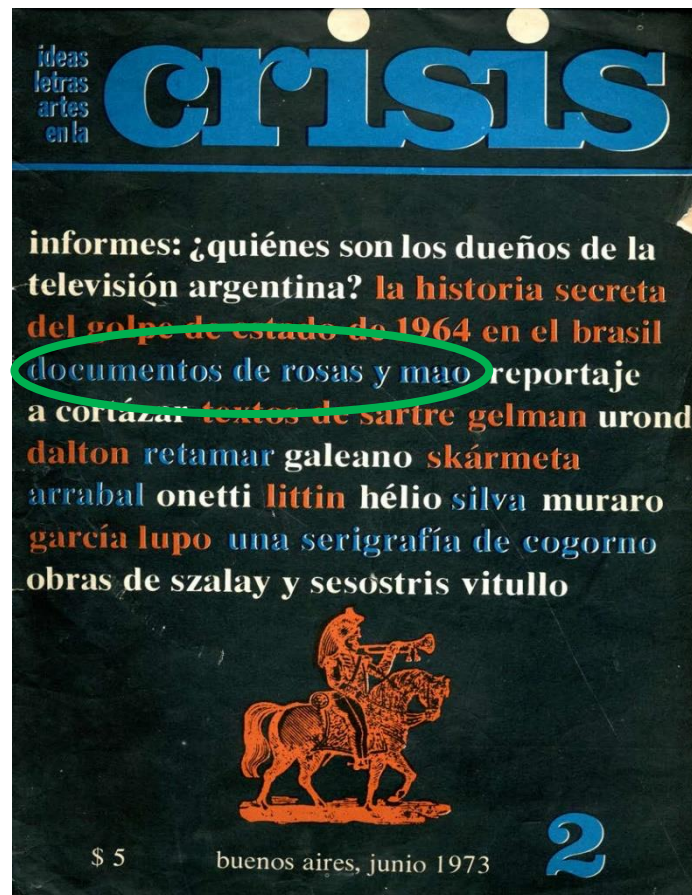
del fusilamiento de Dorrego no se establece con Perón, sino con Valle -cartas a los parientes, intento de comunicación de la víctima con el victimario, fusilamiento- (1973: 77 y 81). También los silencios son significativos: saltando en la línea histórica de los “mártires del pueblo” desde Aurelio Zalazar directamente a Valle (1973: 81), se rehúye la incómoda situación de los caídos en las luchas obreras de la primera presidencia yrigoyenista, una brasa ardiente en el imaginario de la izquierda peronista, que si se siente vinculada por opción de clase a los trabajadores, también se encuentra inserta en una construcción historiográfica que filia a Perón con Yrigoyen. El indomable dúo de abogados, además, busca dar base objetiva a la circularidad Rosas-Perón: lo que ambos gobernantes *no* han hecho, es porque no tenían “posibilidades objetivas” de hacerlo (minería e industria en Rosas, industria pesada en Perón. Cf. 1974: 60-61). Con clara voluntad movilizadora, los autores procuran dar fundamento circular a la acción insurreccional de masas: “[...] a cada entrega, ha sucedido una reacción del pueblo en armas, a la búsqueda de la soberanía perdida” (1974: 125).

La urgencia de los tiempos no da lugar a sutilezas ni a elaboraciones historiográficas que se presten a debate o, lo que sería más perjudicial, que constituyan sostenes para la división del movimiento popular. Por eso, en esta clave discursiva, la montonera hace su reaparición, y no como una forma superada dialécticamente: aquí, “la revolución peronista [es] heredera de la montonera” y recupera “las nunca arriadas banderas de la Vuelta de Obligado” (1974: 195). Las circularidades en forma de “constantes” constituyen claves sencillas -y, por lo mismo, facilitadoras de la acción revolucionaria- de lecturas del pasado y del presente: así, “toda la historia Argentina [sic] ha sido la lucha entre Bs. As. y el interior” (Cárdenas, 1974: 88)⁸⁷; el alzamiento porteño contra la Confederación Argentina de 1852 puede ser calificado de “golpe gorila” (Cárdenas, 1974: 218).

Estas aglutinaciones (que jamás llegan a transformarse en una síntesis superadora), junto con la explosión de los temas revisionistas aparecidos en múltiples medios de comunicación de masas no sólo arrasaron con los intentos de profundización de la 1º etapa, sino que contribuyeron a fijar buena parte de los tópicos revisionistas en el imaginario social sobre el pasado argentino de una forma que el RHA no había logrado

⁸⁷ La cuestión “Buenos Aires vs. el Interior” fue el único punto de contacto entre las miradas sobre el pasado de las organizaciones armadas peronistas y el PRT-ERP, que, fuera de esto, adhería -sin ahondar demasiado en la cuestión- a la visión y el panteón liberales de la historia argentina.

antes. Como hipótesis para futuros trabajos, entendemos que buena parte de esta inserción se debió a que quienes tomaban las armas o se jugaban su trabajo, su libertad o su vida en huelgas bravas o puebladas llevaban consigo la conciencia de ser los imaginarios continuadores de una tradición de lucha cuya relación con el presente el RHA se había encargado de sacar a la luz.



5. De polémicas y canales alternativos. Análisis de casos.

a) Disputando la nación: el 2° y el 3° RHA se muestran los dientes.

*“La historia es objeto de una construcción cuyo lugar
no es el tiempo homogéneo y vacío,
sino aquel pletórico de tiempo-ahora”.*

Walter Benjamin

Nadie podía prever, en aquel abril de 1969 –mientras se acumulaban los nubarrones que estallarían en Corrientes, Rosario y Córdoba durante el “mayo argentino”- que el n° 4 del Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas” (IIHJMDR) incluyera un texto que daría lugar a una de las polémicas más violentas en la tumultuosa historia del RHA, con la peculiaridad de que tanta belicosidad no sería desplegada contra algún autor u obra de la despreciada “historia oficial”, sino que se desarrollaría *entre* historiadores revisionistas.

La excentricidad del debate era doble: por una parte, hasta ese momento nada en el Boletín lo mostraba como un espacio paratextual afín a las polémicas⁸⁸; por otra parte, la discusión se centraba en la valoración ético-política que debía merecer la participación argentina en la GTA. El Consejo Editorial del Boletín se encargaría prudentemente de aclarar que el período en el que la praxis revisionista del IIHJMDR se desplegaba se cerraba en 1852 y, por lo tanto, la institución no tomaría posición en el debate, ya que el hecho juzgado excedía los límites cronológicos de lo que, entendían (de acuerdo con los postulados del 2° RHA), era de competencia institucional.

Tanto la agresividad entre los participantes del debate como la propia existencia de una polémica *inter pares* era una *rara avis* en las publicaciones del RHA. En su segunda etapa, el 2° RHA había tenido la capacidad de articular un discurso que integrara las múltiples diversidades que convergían en su seno e incluso sumar a los autores de la primera etapa.

Esa capacidad articuladora pareciera haberse desvanecido sin dejar rastros en la virulencia de esta polémica, protagonizada por un escritor enrolado en el 2° RHA (Juan Pablo Oliver) y dos de los “recién llegados” que el tercer revisionismo incorporaba (Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Duhalde, dos jóvenes abogados antes vinculados a la UOM, cuya

⁸⁸ Los tres primeros números alternaban anodinas convocatorias a homenajes, charlas, conferencias y peregrinaciones a “lugares de memoria” -caros al rosismo- con artículos de temáticas y tópicos usuales en el segundo revisionismo, a esta altura del partido, algo estandarizados.

práctica profesional y política giraba aceleradamente hacia la izquierda), lo que obliga al investigador a preguntarse por qué instalar el tema de la GTA se volvió una cuestión tan inesperadamente irritante para unos y otros⁸⁹.

Sostenemos que lo que está en el fondo de la discusión es el concepto de “nación” -nada menos- y que en esto los fundamentos de Oliver se apoyan en una concepción “renaniana”, mientras que los de Ortega Peña-Duhalde marchan al encuentro de la visión descrita por Michel Foucault en su variante *leveller*. Esos puntos de partida tan disímiles hacen de la polémica un diálogo imposible, a pesar de los fuertes puntos de partida en común de ambas posiciones.

Por razones que difieren según la etapa historiográfica que atravesara el RHA, la GTA nunca había sido, hasta 1955, objeto de un seguimiento sistemático –como sí lo habían sido, hasta el hartazgo, los más mínimos vericuetos de las dos décadas rosistas y, en menor medida, los de la década de la experiencia rivadaviana-, sino, y tardíamente, iniciativa individual de ciertos autores⁹⁰. Era lógico que para el primer revisionismo, la GTA no fuera sino un escalón más en el proceso de constitución y consolidación de esa Argentina rica y exitosa que no podía ser cuestionada *in toto*; después de todo, la admisión de que la integración al mercado mundial de acuerdo a la pautas de acumulación del capital imperialista era la fórmula de su aparente prosperidad arrojaba al canasto del absurdo la suposición de un Paraguay igualmente próspero a través de un camino alternativo de construcción capitalista. La destrucción de un Estado autoritario y anacrónico que sujetaba las posibilidades de progreso parecía, subjetivamente, un deber de los gobiernos “civilizados” y, en perspectiva objetiva, una ocurrencia inscripta en la lógica evolucionista de las miradas positivistas de la época. Con las únicas excepciones de Ernesto Quesada y, especialmente, de David Peña (a la sazón, abuelo de Rodolfo

⁸⁹ Aunque sin afán polémico, no es la primera vez que Ortega Peña-Duhalde salían al cruce de afirmaciones hechas por Oliver en otros trabajos historiográficos. Un año antes, habían refutado las críticas que el escritor nacionalista había hecho sobre la tesis de Scalabrini Ortiz en la cuestión del empréstito de la Baring Brothers. En ese momento, habían objetado que Oliver justificara el envío de moneda contante y sonante al Río de la Plata, lo que suponía poner en tela de juicio los argumentos de su autor desde una posición aún más nacionalista. Cabe imaginarse la escasa gracia que le habrá causado a Oliver que dos escritores provenientes del marxismo lo cuestionaran utilizando sus propias armas (1974, 28-29).

⁹⁰ Acerca de esto, creemos que el doctor Horacio Crespo exagera al colocar a la GTA apenas por debajo del tema “Rosas” en la tópica del RHA sin discriminar etapas. De hecho, la enumeración bibliográfica que incluye en las notas 2 y 3 de su trabajo sólo cita una obra anterior al debate que nos ocupa. En todo caso, la experiencia rivadaviana y los hechos de la década de 1820 es una temática que ha hecho correr chorros de tinta revisionista mucho más caudalosos que la Guerra Guasu hasta 1955 (2007).

Ortega Peña), el resto de los historiadores del 1° RHA⁹¹ ignoró la GTA, desconociéndola de hecho como problema historiográfico.

La contrahistoria contenida en el 2° RHA, que consideraba la historiografía liberal como producto de una falsificación del pasado a fin de justificar un presente cuya prosperidad se había revelado tan engañosa como efímera, creaba condiciones de posibilidad para que la GTA entrara en el marco de sus intereses; después de todo, uno de sus artífices había sido Mitre, sargento artillero defensor de la odiada Montevideo colorada de los años rosistas, dos veces vencedor del federalismo (en Caseros y Pavón) y artífice político e historiográfico de esa prosperidad ilusoria. Sin embargo, la masacre paraguaya continuó fuera del círculo de los intereses revisionistas. Una de las causas podría ser la mencionada tendencia al monografismo en las décadas rosistas que caracterizó esta segunda época del RHA. El quiebre estaba en 1852; más allá, empezaba otra historia.

Obviamente, las historias de síntesis no podían soslayar la Guerra Guasú tan alegremente. Encontramos dos de estas síntesis en el 2° RHA (Palacio y Sierra)⁹² y uno en el tercero (Rosa). De éstas, la primera en hacer una referencia clara a los hechos de 1865-1870 fue la *Historia de la Argentina*, de Ernesto Palacio, cuya primera edición data de 1954. Aunque la referencia a la GTA sólo ocupa unas pocas ideas insertas en el relato histórico específicamente nacional, el autor adhiere ampliamente a la causa paraguaya; incluso, la política económica regulatoria y autosostenida llevada adelante por Francia y los López le merece un amplio elogio, como causa eficiente del “desarrollo” y la “potencia” de la república guaraní⁹³. El “paraguayismo” de Palacio (que considera al pueblo guaraní como un hermano escindido, “unido a nosotros por la sangre, el idioma y la historia comunes y

⁹¹ Ninguno de los historiadores que ensayaron alguna forma de reivindicación de Rosas pretendió –se ha dicho ya- formar parte de un “grupo” o de una “corriente historiográfica”. La adscripción al RHA fue obra de los revisionistas de la segunda etapa, que pretendieron encontrar en aquellos una línea genealógica en clave de “precursores”. Rosa ha sido uno de los más activos en establecer esta filiación intelectual; Cf. Rosa, 1968-a). Sobre la posición e influencia de Quesada y Peña, cf. Chiaradía, 2016: 9-11.

⁹² La *Historia de la Argentina* de Vicente Sierra es quizás el más académico de los textos revisionistas (y también uno de los menos leídos y citados). Pero su autor dio por terminado su trabajo –que arranca con la conquista española- en 1862, lo que dejó fuera de su desarrollo la GTA.

⁹³ Palacio, 1979: 504. La importancia de esta referencia económica se acrecienta precisamente por la escasa relevancia que, por regla general, Palacio otorga a los factores económicos en el discurso argumentativo de su libro –alguna vez habló de su “aversión por la economía” (Irazusta, 1975: 204). Curiosamente, unos párrafos más abajo, al evaluar los “éxitos” del desarrollo argentino, Palacio descarta cualquier relación de causalidad con las políticas económicas liberales, porque “ese tipo de desarrollo es indiferente a los regímenes y se da históricamente en todos [...]” (1979: 505), lo que resulta contradictorio con la argumentación desarrollada sobre el Paraguay, cuyo éxito es medido con el rasero de la inteligencia y eficacia en el desarrollo de una política económica conscientemente implementada.

cuyos actos no podrían ofendernos nunca”) no sorprende: desde los inicios de la historia colonial rioplatense, su relato ha configurado explícitamente a Portugal/Brasil como “el enemigo histórico”, “el antiguo y permanente enemigo”; esta inscripción genética de antagonismo mutuo hace de la Triple Alianza contra el “hermano escindido” una ligazón antinatural.

Otros dos escritores nacionalistas afilarían sus plumas en favor del Paraguay al acercarse el centenario de la formación de la Alianza y el comienzo de las hostilidades: en 1964, Atilio García Mellid publicaría una extensa obra en tono denunciativo, en dos volúmenes, y José María Rosa, un trabajo de tono más medular. Nos detendremos un momento en este último trabajo.

La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas de Rosa⁹⁴ presenta ya algunos de los lineamientos que caracterizaron al tercer revisionismo, en el que el autor intentó permanentemente acomodarse, con éxito por cierto. Por un lado, y a la par del discurso jerarquizador/justificador de los líderes paraguayos, y en particular de Francisco Solano López, el pueblo paraguayo ocupa el primer lugar en clave heroica, en particular después de la segunda batalla de Lomas Valentinas, cuando acompaña a su líder en su peregrinación y muerte/apoteosis final en Cerro Corá. Se trata de un pueblo que posee

“una heroicidad sencilla y sobrehumana. Solamente quiere morir, cobrando sus vidas al mejor precio posible [...] no piensa en nada, sino en luchar por la patria [...] no entiende de capitulaciones y se niega a seguir otra suerte que la de cientos de miles de hermanos caídos [...]” (Rosa, 1968-b: 297-298).

De todas formas, el “paraguayismo” de Rosa tiene límites: no puede sacrificarse en su altar cierto nacionalismo primordial que mantiene el culto por la “unidad nacional”. Así, el repudio que la Junta de Administración de la Corrientes ocupada manifestó hacia la figura presidencial de Mitre, negándole obediencia, “con la perspectiva de los años no puede disculparse” (1968-b: 222), una especie de “condena retrospectiva” hacia lo que, en definitiva, no sería otra cosa que un “paraguayismo consecuente”⁹⁵.

⁹⁴ El libro reproduce una serie de artículos publicados por el autor en el diario *Mayoría* entre 1958 y 1959, sin modificación alguna, según el propio autor. A su vez, el desarrollo del tema en su *Historia argentina* reproduce casi textualmente largos pasajes de este libro.

⁹⁵ Rosa gustaba de jugar con una especie de “sudamericanismo” antiimperialista que escandalizara a los nacionalistas regionales. En una ocasión, en un debate televisivo en el Uruguay, el historiador local González Conci lo acusó de querer anexar el Uruguay a la Argentina. La respuesta de Rosa fue sencilla, y seguramente habrá horrorizado a más de algún nacionalista argentino: “Se equivoca, señor. Yo quiero incorporar la Argentina al Uruguay”, lo que evidentemente suponía, entre otras cosas, sacrificar todos los símbolos patrios occidentales a los orientales, en función del rescate de una historia común. Para Rosa,

Por otro lado, la temporalidad construida por Rosa en el relato es fuertemente retrospectiva. Lo que llama “el ocaso de la nacionalidad” (algo en cierta medida contradictorio con lo visto en el párrafo anterior) es un proceso que se inicia en Caseros y culmina en Cerro Corá. Los actores parecen ser plena e increíblemente conscientes del carácter retrospectivo de las decisiones que toman, y aceptan voluntariamente sujetar esas decisiones a un pasado que obra como fuerza determinante: los veteranos de Facundo se incorporan a la montonera para pelear con el Chacho (1968-b: 85) o con Varela; Venancio Flores juega con las antítesis espaciales y temporales al desembarcar en el Uruguay para iniciar la guerra sediciosa; las autoridades brasileñas demoran quince días (¡nada menos!) la entrada en Montevideo sólo para cobrarse revancha de Ituzaingó –algo que **no** hacen en Asunción, **porque** Paraguay no combatió en la guerra de 1825-1828- y buscan firmar el tratado de la Triple Alianza el 1º de mayo “tal vez para festejar el 14º aniversario del pronunciamiento que salvó al imperio” (1968-b: 205, 295 y 216). Hasta la ferocidad de Flores en Florida parece reencarnar la exhibida en Cañada de Gómez cinco años antes (1968-b: 165). Así, la temporalidad del relato parece encontrar en la referencia al pasado el fundamento de muchas de las decisiones de los actores principales del “drama del 65”, como si los actores no sólo conocieran al dedillo el pasado, sino que estuvieran dispuestos a sacrificar cualquier otra racionalidad en la toma de sus decisiones en el altar de las significaciones que ese pasado inscribía a tan traumático presente.

Tanto Palacio como Rosa denuncian el papel conspirativo de Inglaterra en la gestación de la destrucción del Paraguay, aunque no pueden silenciar el hecho que fuera en la propia Inglaterra en donde se publicaría íntegro el tratado secreto de la Triple Alianza, lo que generaría un fuerte repudio hacia los aliados y crecientes corrientes de amplias simpatías hacia el Paraguay amenazado. Ante esta incongruencia, ambos autores utilizan estrategias

más allá de ese “destino sudamericano”, sólo quedaban las palabras de Artigas en su destierro paraguayo, “esa frase terrible: ‘Yo no tengo patria’” (Hernández, 1978: 154-155). Del mismo modo, justificará la indiferencia popular hacia los “pactos de Mayo” con Chile en 1902, afirmando que “*Perdido el sentido americano en la conducción internacional [...] poco importó que se perdieran las planicies desoladas de la cordillera*” (1981: IX, 80. Resaltado mío. GG), justificación escandalosa a los oídos de cualquier nacionalista regional, cuanto más por su inesperada semejanza con los versos de Violeta Parra, tan populares en esa década: “*Por un puñao’e tierra ¡no quiero guerra!*” (1966: B 6). Este “sudamericanismo” es el mayor logro de Rosa en aproximar su historiografía a las modalidades del 3º RHA.

No se trata de meros juegos de palabras, sino de tensiones medulares que forman parte constitutiva del discurso revisionista. Esas tensiones se manifiestan en la obra del propio Rosa: en su *Historia argentina*, el relato del triunvirato correntino no sólo prescinde de la calificación moral que el autor le adjudica en *La guerra del Paraguay...*, sino que además tiende a legitimarlo por el apoyo popular que el ejército paraguayo recibe en la provincia litoral argentina (1981: VII, 138-139).

diferentes: Palacio opta por indignarse por la impunidad y el desprecio con la que los ingleses violan los compromisos asumidos con sus propios aliados,⁷ y, aunque reconoce el enorme desprestigio internacional de la causa aliada tras la publicación del tratado, no da razones que justifiquen la contradicción. Por su parte, Rosa supone que, al ventilar las cláusulas de la Triple Alianza, Inglaterra buscaba presionar a los contendientes para que limitaran los daños a ocasionar al Paraguay, ya que la corona británica no habría buscado la destrucción total del país guaraní, sino meramente un cambio de régimen que abriera sus fronteras al capital imperialista (Rosa, 1981: VII, 158). Quizás Rosa no haya advertido que, con esta línea argumentativa, la idea de un imperio británico todopoderoso,² que digita la suerte de las repúblicas sudamericanas, quedaba bastante maltrecha,¹ vistas las consecuencias de la GTA.

En definitiva, hasta 1969, todo indicaba que la incorporación de una nueva temática en el repertorio del RHA no tendría otros efectos que el de reforzar la gruesa línea de separación de aquella historiografía que los revisionistas gustaban de denominar “oficial”. Sin embargo, pocos advirtieron que la adhesión a la causa paraguaya no venía sólo de algunos historiadores aislados provenientes del 2º RHA. Otros investigadores, de formación marxista, habían aparecido en el terreno y la reivindicaban o, por lo menos, la oponían a las fuerzas que pugnaron –y lograron- imponer modelos de lo que los recién llegados denominaban “capitalismo dependiente”, un concepto al que asignaban alcances desconocidos –y cabe suponer que también inexplicables- para la gran mayoría de los autores del 2º RHA: todo indica que escritores como Alberto Contreras, el coronel Fernando Baldrich, Leonardo Castellani⁹⁶, Atilio García Mellid o el propio Oliver

⁹⁶ Y ni siquiera quienes figuran en esta enumeración están a salvo de la notable fluencia del período: en un texto de 1968, un insospechable de “criptomarxismo”, Julio Irazusta, condenaría a Mitre por “*haber llevado al Paraguay [...] una guerra de exterminio*” (1968: 105). Más elocuente aún es la figura del padre Castellani: este sacerdote filofalangista, una de las mejores plumas de la derecha argentina junto con Palacio, hizo un amplio elogio de uno de los libros de Ortega Peña y Duhalde; este texto se reprodujo en la reedición de 1974, cuando la simbiosis de nacionalismo y marxismo de los autores ya era explícita y no sólo historiográfica (ese año, Ortega sería asesinado por las AAA). El encomio del libro (que permite conocer “la guerra del Paraguay [...] como realmente fue”) abarcaba a Natalicio González, descalificado por Oliver como un autor “comunista”. Castellani parece haber intuido lo que yacía en el fondo de la cuestión, ya que, a pesar del elogio a Ortega Peña-Duhalde, acepta convivir con la versión mitrista de la historia y “dejar en pie las estatuas, que testimonian algo que ya sabemos [...] porque la patria es un todo” (Castellani, 1974: contratapa). Quizás sea este el lugar para recordar la multidimensionalidad de la figura de Castellani: en 1976, en un almuerzo de Videla con escritores argentinos, y mientras Borges y Sábato se deshacían en elogios sobre la personalidad del genocida, el sacerdote limitó su participación en la charla reclamándole secamente a Videla por la vida de Haroldo Conti, escritor vinculado al PRT-ERP (“Ecos de un encuentro”, 1976: *passim*).

observaron alarmados como el RHA empezaba a cerrar filas con un “revisionismo histórico socialista” muy alejado de los ideales del Instituto fundado en 1938. El incipiente “peligro” se acentuaba con el surgimiento de una Resistencia Peronista (cuyo corte progresivamente más subversivo era la respuesta del peronismo –al que muchos de estos revisionistas conservadores habían adherido- a la furia antiperonista) y su creciente identificación con la Revolución cubana⁹⁷.

La polémica⁹⁸ conforma un *corpus* documental formado por tres artículos (dos de Oliver y uno de Ortega Peña-Duhalde), dos cartas (Fermín Chávez y Faustino Tejedor) y algunas notas colaterales a la polémica propiamente dicha⁹⁹.

La misma comienza con lo que la tapa del Boletín anuncia como “un ensayo de Juan Pablo Oliver sobre la Guerra de la Triple Alianza”¹⁰⁰; sin embargo, el motivo pregonado por esta presentación paratextual no es sino una llave de entrada al tema que verdaderamente atormenta a Oliver: en los últimos años, asegura, se han producido “infiltraciones” de escritores “rojillos” (Oliver *dixit*) en el ámbito del RHA, al que presupone expresión historiográfica de un nacionalismo argentino absolutamente excluyente de cualquier forma de marxismo. Esta infiltración se habría producido como parte de las estrategias implementadas por Moscú para quebrar el espinazo de los “sanos nacionalismos”, siguiendo los lineamientos de un nuevo manual publicado por la Academia de Ciencias Sociales de la URSS: la *Nueva Historia de los Países Coloniales y Dependientes*, cuyos autores son S. N. Restovsky, V. M. Miroshchinsky y B. K. Rubtsov¹⁰¹. Dicho manual contendría las pautas con las que los historiadores

⁹⁷ En una entrevista dada a una publicación peronista en 1963, Rosa declaraba: “Fui a Cuba como nacionalista y volví de Cuba más nacionalista que nunca. Allí hay un pueblo con fervor de patria, y ciertas posiciones ideológicas expresadas por su jefe las atribuyo a necesidades de política internacional y de manera alguna a convicción profunda. [...] Una obra revolucionaria y constructiva como solamente se puede hacer cuando se tiene fe.” (Barraza, 1963: 7). Para los revisionistas de derecha (anclados en la lógica del segundo momento del RHA) la conversión socialista de la Cuba revolucionaria no era aceptable ni siquiera como “necesidades de la política internacional”.

⁹⁸ Una esquemática descripción sincrónica de la disputa en Mele, s.f. Una reseña comentada en Stortini, 2004: 93-98.

⁹⁹ Entre otras, merecen citarse Cruz Tamayo, 1974b: 113-130, en la que el autor, desde el “revisionismo histórico socialista”, se aproxima -aunque no coincide plenamente- a las posiciones de Ortega Peña-Duhalde

¹⁰⁰ OLIVER (a). Hasta nueva nota al pie, las referencias de paginado insertas en el texto se refieren a este primer artículo del autor.

¹⁰¹ Como dato lateral, los datos que de este manual da Oliver contienen gruesos errores: según su versión, fue publicado en la URSS en 1948 y traducido al castellano y publicado en 1949 por la Editorial Problemas (OLIVER-a, 24-25). Pero el ejemplar existente en la Academia Argentina de Letras (Signatura TR 28-4-19) tiene como fecha de pie de imprenta **de la traducción al castellano** el año 1941. Teniendo en cuenta el contexto de la Segunda Guerra Mundial y la segunda posguerra, y los vaivenes de la política internacional

“infiltrados”¹⁰² buscarían sembrar la confusión en las filas de la historiografía revisionista, algo que, indiscutiblemente, han logrado, visto la forma en que “autores nacionales” han acercado sus plumas a los planteamientos marxistas.

Según Oliver, la GTA es uno de los temas que permite introducir una cuña en la hasta aquí sólida y homogénea construcción historiográfica del RHA, “transfigurando” al Paraguay en una nación próspera y progresista –e incluso vinculada a un “socialismo paternalista”–, en la que un líder conduce a un pueblo heroico y dispuesto al sacrificio. Este juicio sólo merece desprecio para Oliver: juzga la metalurgia guaraní inferior a la de los hititas (p. 29) y a los paraguayos, intelectualmente minusválidos; v. gr., asegura que la declaración de independencia del país fue implementada por Inglaterra y “leída” -pero no comprendida- por los diputados paraguayos (p. 27). Los López son “jeques”, “principellos de cualquier sultanato oriental”, imitaciones de aristócratas, que no aristocracia verdadera (p. 28). El objetivo de esta “falsificación histórica” (así juzgada por Oliver) sería agriar las excelentes relaciones que la Argentina tiene con el Paraguay stronista y así añadir un eslabón más al “caos” del que, supuestamente, se beneficiaría el comunismo internacional. Para no cooperar con ese “juego”, el autor reivindicaba la actitud del presidente Mitre de declarar la guerra al Paraguay ante la “agresión a Corrientes”, para lo cual dejaba de lado cualquier otra consideración, por entender que estaba en juego el “honor nacional” que el presidente argentino estaba obligado a defender. Como es lógico, y a fin de atraer aguas revisionistas hacia su molino, recordaba oportunamente la hostilidad del gobierno de Carlos Antonio López hacia Rosas, así como la filiación antirrosista de muchos caudillos alzados contra el reclutamiento en las provincias para la GTA, empezando por Felipe Varela, al que considera un agente chileno impulsado por Inglaterra que, a la sazón, habría pretendido coludirse con López para someter a la Argentina.

soviética –siempre tan influyente en su producción académica- no se trata precisamente de una diferencia menor. Por otra parte, la Editorial Problemas (efectivamente vinculada al PC) cerró en 1948, un año antes de la fecha que Oliver cita para la publicación de la traducción. Cf. Petra, 2012.

¹⁰² A Oliver le resulta indiferente que muchos de estos escritores sean trotskistas (como Jorge Abelardo Ramos, Milcíades Peña o Enrique Rivera), de la izquierda nacional (como Jorge Enea Spilimbergo) o expulsados del PC (como Rodolfo Puiggrós o Eduardo Astesano); hasta podría conjeturarse que, en la visión conspirativa de la historia de la que Oliver es destacado cultor, estas identidades o expulsiones serían *pour la galerie*, una celada para hacer más efectiva la labor de infiltración. El desprecio por sus adversarios se manifiesta en el descuido de los nombres que les atribuye: Ramos es Abelardo (a secas), Astesano es Conrado y Spilimbergo es Julio Eneas.

En esta línea argumentativa, los desertores son meros “bandidos” que actúan impulsados por la prolongación del conflicto; si los paraguayos que luchan en las filas aliadas lo hacen “heroicamente [...] con el derecho de considerarse soldados de una patria grande”, los argentinos que combaten al régimen de Mitre son meros traidores a la patria (p. 26). La pretendida agresión paraguaya no es la primera: Oliver cuenta en tres –y entiéndase bien– las invasiones de la *nación* paraguaya a la *nación* argentina (pp. 27-28).

Aunque el artículo de Oliver tenía como referente y antagonista explícito a León Pomer, ese objetivo no hubiera justificado un texto de tamaña extensión (8 páginas); después de todo, el autor de *La guerra del Paraguay, ¡gran negocio!*, vinculado al Partido Comunista, nunca se había autoidentificado como revisionista ni había intentado insertarse en sus instituciones. Semejante esfuerzo argumentativo tenía un propósito que no por oculto era menos incisivo: significaba un tiro por elevación hacia los “marxistas infiltrados” en el RHA, así como hacia los revisionistas “auténticos, pero ingenuos” que les hacían el juego apoyando una causa que, para Oliver, poseía intenciones inconfesables.

El artículo causó conmoción, no tanto por su motivo, cuanto por la importancia (no la cantidad) de figuras revisionistas que, ya se hallaran dentro o fuera de la institución, caían bajo la mira de la acusación de Oliver. José María Rosa dio la callada por respuesta, lo que no supuso que no acusara el golpe¹⁰³. Pero quienes no iban a refugiarse en el silencio serían los impetuosos abogados Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Duhalde, cuya obra historiográfica, relativamente reciente, había hecho fuerte hincapié en las insurrecciones montoneras contra la GTA, especialmente la de Felipe Varela, con lo que el golpe de Oliver iba directamente dirigido a la mandíbula de su trabajo.

El artículo con el que respondieron a Oliver¹⁰⁴ sería la principal, aunque no la única respuesta. En el mismo número aparecieron réplicas, pero en un tono menos áspero y más “personal” de “cartas”, escritas por Fermín Chávez y Faustino Tejedor. El texto de Ortega

¹⁰³ Interrogado sobre los revisionistas que defienden a Mitre en la cuestión paraguaya, Rosa respondió evasivamente: “Puede ser. Hay de todo en la viña del Señor” (Hernández, 1978: 156). Sin embargo, sus actitudes no fueron tan tolerantes: Manson refiere que Rosa y Oliver dejaron de hablarse; aun cuando asistieran a eventos comunes, procuraban situarse a gran distancia uno del otro (Manson, 2008: 288). Ariel Otaí Landi ha destacado lo significativo de este alejamiento (2016: n. 30). De todas formas, tanto el intento de “neutralidad” del Comité Editorial del Boletín y su decisión de clausurar la polémica tras la contrarréplica de Oliver, como el silencio de Rosa cayeron muy mal en ámbitos revisionistas (Stortini, 2004: 97).

¹⁰⁴ ORTEGA PEÑA-DUHALDE (mayo de 1969). Hasta nueva nota al pie, las referencias de paginado insertas en el texto se refieren a este artículo.

Peña-Duhalde era más breve de lo esperable en plumas que se habían mostrado tan prolíficas en los últimos años¹⁰⁵. Más allá de contestar a las pullas de tono insolente en las que el artículo de Oliver abundaba, la argumentación de su respuesta giró en torno a un tópico especialmente fuerte: Mitre no representaba a la nación argentina y, por lo tanto, “la guerra no fue contra la Argentina, como sostiene Oliver, sino contra Mitre y su círculo” (p. 25). La línea divisoria, pues, no coincide con los límites nacionales, sino ésta aparece atravesando a las naciones protagonistas del conflicto, dividiendo y agrupando sus partes con prescindencia de presuntas identidades nacionales. Por eso es absurdo que Mitre alegue la invasión paraguaya a territorio argentino para justificar su declaración de guerra, siendo que su gobierno, previamente, ha intervenido descaradamente en el conflicto interno en el Uruguay (pp. 23-24). Por otra parte, Ortega Peña-Duhalde utilizaban con abundancia el “criterio de autoridad”, invocando la opinión de historiadores revisionistas que, lejos de ser recién llegados a las filas rosistas, podían imponer respeto por su trayectoria como revisionistas “ortodoxos”¹⁰⁶.

La descalificación del movimiento popular encarnado en los movimientos de deserción masiva y en las montoneras, la reivindicación de Mitre y el sorpresivo “pase de bando” de Inglaterra, que Oliver supone aliada del bando guaraní, justifican, para Ortega Peña-Duhalde, la calificación de “revisionismo mitrista” que endilgan a Oliver (pp. 22-23).

La contrarréplica de éste¹⁰⁷ poco añade en argumentos –sí en pullas– a lo dicho en su primer artículo. Se trata de un conflicto entre *naciones*, en el que si un país “extranjero” derrota a otro, el derrotado “es el país mismo”, en su totalidad (p. 25). Ante la agresión foránea, el deber de todo argentino contemporáneo a los hechos es encolumnarse con su gobierno, fuera el que fuese; el de los historiadores, cuando ya todo ha pasado, es defender

¹⁰⁵ No olvidemos que estamos en 1969, y ambos abogados se encuentran ya desbordados de trabajo en la defensa de presos políticos y sindicales de la dictadura de Onganía. Es probable que no dispusieran de más tiempo para dedicarle a una polémica con un texto tan historiográficamente burdo como el de Oliver. De hecho, hay testimonios de que ambos se trasladaron a Córdoba una semana antes del 29 de mayo de 1969, día del estallido del Cordobazo. Regresaron a Buenos Aires, pero volvieron a Córdoba antes del paro del 29, y permanecieron allí durante la jornada de lucha popular (Celesia-Wainberg, 2008: 143-144). Sus trayectos vitales empezaban a redireccionarse en función de una lucha de calles que se encrespaba, evidentemente.

¹⁰⁶ Indirectamente, Rosa adhirió, en su *Historia argentina*, a esa idea de que en la GTA no estaba en juego la soberanía argentina: cuando Bernardo de Irigoyen asume la cancillería argentina durante la presidencia de Avellaneda, “Pepe” sostiene que “una palabra olvidada desde Caseros -soberanía- volvía a estamparse en los documentos de la cancillería argentina” (1981: VII, 341. Subr. mío. GG). La lógica de Rosa emparenta así estrechamente con la postulada por Ortega Peña-Duhalde.

¹⁰⁷ OLIVER (b). Hasta nueva nota al pie, las referencias de paginado insertas en el texto se refieren a este segundo artículo del autor.

la posición que la nación ha sostenido con las armas. Los caudillos insurrectos contra el mitrismo, en cambio, pretendían diluir esa nación “en una serie de republiquetas” (en oposición a Rosas, que pretendía mantener “la unión nacional”, p. 33); carecen de prestigio y su poder deriva del apoyo extranjero que reciben (p. 29)¹⁰⁸.

Sin dejarse apabullar por la enumeración de los historiadores invocados por Ortega Peña-Duhalde, Oliver arremete con osadía contra ellos: con particular ensañamiento, califica a Rosa de “publicista de fanta-historia y patricia prosapia porteña” (p. 32) y se deshace en falsos elogios hacia la “imaginación creadora, talento narrativo y cautivante estilo para la historia ficta” de su “entrañable amigo desde su más tierna infancia” (p. 34). A Fermín Chávez –previsiblemente calificado de “amigo”- le espeta ignorancia acerca de lo que escribe (p. 42) y le advierte que si su “biografiado” López Jordán hubiera triunfado, él “residiría hoy en Buenos Aires como inmigrante extranjero” (p. 33).

El Comité Editorial optó por dar por terminada la polémica, luego de encomiar los “méritos revisionistas” de Oliver -algo que no creyó necesario hacer con Ortega Peña-Duhalde- y sin conceder ni a éstos ni a Pomer la posibilidad de una nueva réplica. Si bien Otal Landi entiende que estas actitudes significan un posicionamiento del Boletín favorable a Oliver, nosotros concluimos que otros indicios apuntan, más bien, al intento de reservarse un “espacio de neutralidad”, el rol de “campo de batalla” entre las distintas facciones del RHA. Por eso, en el Boletín nº 5 las réplicas a Oliver van acompañadas por un artículo que enfatiza la importancia de la condecoración a José María Rosa de parte del gobierno paraguayo, en homenaje a su labor de clarificación historiográfica sobre la GTA, condecoración que el Consejo Editorial considera “un poco de todos” (p. 19) y otra nota relativa al mismo historiador (p. 28); como contrapeso, Leonardo Castellani desenfunda las mismas armas que Oliver utiliza contra Ortega Peña-Duhalde en una reseña que lleva el sugestivo título: “Rosas para Ramos” (p. 21). En números sucesivos, se responde -negativamente- a la solicitud de Pomer de ejercer su derecho a réplica (nº 7, p. 44) y en el nº 9 se incluye un artículo ponderativo sobre la muerte de López Jordán, escrito por la pluma insospechablemente anticomunista de Pavón Pereira (p. 10), se

¹⁰⁸ Sin embargo, en este texto aparece un extraño pliegue, completamente contradictorio con el resto del edificio argumentativo de Oliver: esta acción disolvente de los caudillos del Interior sobrevendría “después de Caseros [...]” (p. 29). La falacia es evidente: si Rosas procuraba la unión nacional y los caudillos combatían a Rosas, ¿por qué no argumentar que su acción disolvente se inició *antes* de Caseros, y *no después*? Esta aparente incongruencia tiene su raíz en los supuestos teóricos nunca formulados de este debate.

publicita la venta del *Felipe Varela contra el imperio británico*, de Ortega Peña-Duhalde en la propia Secretaría del IIHJMDR y se anuncia la constitución de las nuevas autoridades del Instituto, en la que permanece la persona de Oliver, pero en la que ingresan como “nuevos miembros” nada menos que los propios Ortega Peña y Duhalde. La voluntad de neutralidad del Comité Editorial del Boletín se manifiesta, entiendo, en otro aspecto paratextual en el que no se ha reparado: el aparato icónico. Ausente en las réplicas de Ortega Peña-Duhalde, Chávez y Tejedor, las ilustraciones hacen acto de presencia en los dos artículos de Oliver. En el primero, en abierta contradicción con la argumentación de Oliver, incluye tres viñetas de *Cabichuí*, una hoja periódica paraguaya editada en el frente, incondicionalmente solanista; las tres caricaturas elegidas hacen mofa de Mitre, reduciéndolo al ridículo (OLIVER-a, 25, 27 y 30). El Comité parece haber advertido el carácter de abierto desafío al articulista que suponía acompañar su texto con semejante aparato icónico, de manera que el segundo artículo aparece acompañado con imágenes más afines a las ideas de Oliver: a retratos más o menos neutros de Pedro II, Elisa Lynch y Solano López (OLIVER-b, 27, 29 y 31) los acompañan las imágenes de la supuesta corona que pretendía ceñirse el presidente del Paraguay y una caricatura suya, ridiculizante (*Op. cit.* 25 y 28). Así, la revista neutralizaba también los mensajes icónicos que flanquearon la polémica.

Las réplicas de Chávez y Tejedor fueron suaves. El primero –que tenía como antecedente haber sido el director de los *Cuadernos del nacionalismo marxista* en la década del '50, algo que, sorprendentemente, no lo había hecho objeto de las pullas de Oliver¹⁰⁹– se limita a señalar que las deserciones se produjeron en los primeros dos años de la guerra, lo que descarta la explicación del “cansancio de la población” que Oliver había esgrimido (nº 5, pp. 29); por otro lado, con sarcasmo indisimulable, se pregunta si la manifiesta preferencia de Rosas por la causa paraguaya en la guerra se debería, siguiendo el argumento de Oliver, a que fuera él también un “agente inglés” (p. 30). Pero es en la réplica de Faustino Tejedor en la que encontramos el planteo más lúcido –aunque

¹⁰⁹ Asimismo, hay otra circunstancia que podría haber igualmente despertado las iras de este cruzado de Occidente: en el nº 5 de la revista *Ahijuna*, que dirigía precisamente Fermín Chávez, había aparecido un poema de Hamlet Lima Quintana, titulado “Callvucura en 25 de Mayo”, doblemente irritativo para un revisionista de la 2ª época: no sólo por las vinculaciones del autor con el Partido Comunista, sino también por la fuerte pregnancia indigenista de su texto, un tópico absolutamente indigerible para el RHA hasta 1955 (Vázquez, 2018: 11).

insuficiente, a nuestro criterio- del problema. Si Oliver afirma que Mitre representaba al país ante la agresión guaraní, Tejedor se pregunta:

¿A qué país? ¿A la oligarquía porteña de Bs. As.? ¿A la burguesía traidora del Interior? ¿A los doctores unitarios? ¿A los comerciantes cipayos de Inglaterra? ¿A quiénes? (p. 31)

La lucidez del planteo radica en apuntar al corazón del problema: Tejedor advierte que Oliver y Ortega Peña-Duhalde están hablando del mismo “objeto” (la nación), y que algunos de sus presupuestos son comunes: esa nación (pre)existe incluso a su proceso de independencia y tiene, al menos, un enemigo común, una exterioridad percibida como absoluta (Inglaterra). Pero aquí se abre la insuficiencia de la argumentación de Tejedor: permanece en la lógica del “mito de las dos Argentinas” (unitaria-federal, Buenos Aires/Interior, oligarquía/gauchaje, etc.). Y este mito supone que “ambas Argentinas” coexisten, en una especie de enfrentamiento eterno, que muchos revisionistas extienden incluso a los tiempos coloniales (haciendo, por ejemplo, de Hernandarias de Saavedra un primer caudillo popular), pero que, por muy enfrentadas que estén, por mortal que sea su odio mutuo, *existen ambas*; su enfrentamiento es constitutivo de la nación misma, así como la convivencia antagónica y hostil de Apolo y Dionisio, es constitutiva de la tragedia (Nietzsche, 1943: 25-26). El planteo elide una cuestión fundamental: la “nación”, que Oliver encolumna íntegra detrás de Mitre y que Tejedor divide “trágicamente” en dos Argentinas, ¿sigue siendo un concepto único para ambas posiciones? Entendemos que la totalidad de la polémica subsume la ambigüedad constitutiva en la caracterización del concepto de “nación” del que se va a partir (y, por ende, qué es lo que se va a defender y a reivindicar).

La inscripción revisionista de Oliver parece tener límites temporales bien acotados: Caseros, o en menor medida, Pavón, son las batallas que marcan el límite a partir de los cuales la investigación histórica en clave revisionista resulta perjudicial¹¹⁰. Antes de 1852/1861, las luchas de independencia y las guerras civiles marcan el momento de las “violencias originarias”; en ese momento, en el que la nación no es, o no es todavía, una “unidad” y una “totalidad”, sino apenas una futura “comunidad de olvido”, es donde

¹¹⁰ Cruz Tamayo demolió teóricamente estos límites impuestos en 1852: “Admitir que la Historia pueda ser revisada sólo en determinados períodos, significa [...] negar [...] la irrevocable fluidez del proceso histórico [y] termina convirtiéndose también en una negación tajante de la tradición, ese ingrediente de continuidad al que los rosistas aceptan generalmente con la fuerza de una categoría (1974b: 115).

corresponde que se desenvuelva la actividad revisionista. Y son precisamente *esas* violencias las que Oliver se niega a proyectar más allá de 1861, el momento en que se conforma la nación, mal o bien. Es a partir de ese momento en el que la nación “una” y “total” queda constituida en un mundo de naciones en competencia. Y será otra nación “una” y “total” (o mejor, como veremos, lo que Oliver considera una mala imitación de una nación), el Paraguay, la que invade la provincia argentina de Corrientes y viola así su soberanía territorial. La nación (argentina) no puede reaccionar más que como lo hizo: cerrar filas en torno a su Estado (y por ende, a su presidente Mitre) y responder a la agresión hasta aniquilar a la nación agresora.

Este planteo requiere profundizar sobre cuatro cuestiones que me parecen nodales para entender algunos aspectos de la perspectiva de Oliver: 1ª) el concepto de Paraguay como nación; 2ª) el lugar asignado a los caudillos y a las montoneras federales antimitristas; 3ª) la propia función de un “revisionismo histórico” en el marco de un sistema argumentativo como éste; 4ª) la necesidad *presente* (en ese 1969) de dar una polémica de semejante grado de aspereza.

Respecto del primer punto, las referencias de Oliver al país guaraní se limitan a traer aquellas afirmaciones que le permitan desmentir la hipótesis del Paraguay como una potencia sudamericana hasta 1870¹¹¹. La sociedad paraguaya es descripta como poco menos que una gran estancia de los López, una especie de inmenso feudo trabajado con esclavos negros “marcados como a bestias”, regido aún por las Leyes de Indias, un “resabio”¹¹²; este régimen ni siquiera conformaba una aristocracia en serio, ya que Solano López “no se diferenciaba de tantos jeques o principellos de cualquier sultanato oriental o, en una versión más próxima, a [sic] un Tacho Somoza o a un Radamés Trujillo elevados al cubo” (Oliver-a: 28). Suponer que semejante estructura sociopolítica pudiera producir un “desarrollo” económico es pensar en lo excusado; para Oliver se trata de “pura filfa”: los presuntos “altos hornos” son en realidad la adaptación vertical de un horno de panadería, del cual se reía el propio Solano López, y que, como ya recordamos, no llegaba

¹¹¹ Oliver hace una síntesis de esta posición “paraguayista” en un registro sarcástico que permite vislumbrar el desprecio que esta interpretación le inspira. Cf. Oliver (a): 24-25.

¹¹² Llama la atención esta auténtica abjuración a uno de los tópicos más caros al 2º RHA: el hispanismo. Y no se trata de una denigración de la época española limitada a la etapa borbónica –lo que hubiera estado relativamente en sintonía con los postulados de aquel revisionismo– sino que las calificadas de “rémora” son las Leyes de Indias en su totalidad. Evidentemente, los tópicos revisionistas dejan de tener vigencia a partir de 1852/1861, como veremos al revisar la posición del autor acerca de los caudillos. Oliver sacrifica todo, hasta sus convicciones revisionistas, ante el altar de la “nación agredida”.

ni al nivel de metalurgia de la sociedad hitita. El desarrollo naval para la navegación fluvial, de buen nivel, era obra de los ingleses. La agricultura se servía de arados primitivos; el ferrocarril cubría apenas 12 kilómetros y el telégrafo era exclusivo para usos militares (Oliver-a: 29). Esta prolija enumeración descalificadora carece de un aparato probatorio de fuentes primarias.

Esta descripción aparece como consecuencia de una causa que no se menciona, pero que podemos catalizar a partir de la lógica renaniana: en comparación con la atormentada historia andina y bajo-rioplatense (especialmente oriental), el Paraguay independiente no parece ser el fruto de violencias originarias. El precio que la comunidad paraguaya paga por esa “ausencia de sufrimiento” es su estatuto de sociedad prenatal¹¹³.

¿Qué desprende de esto Oliver? Su posición parece ser ambigua. Si, por un lado, habla de las “tres agresiones paraguayas” como aludiendo a conflictos *internacionales*, por otra parte acaso considere –y es la conjetura más probable– que su situación de gran “feudo” de los López¹¹⁴ y la inexistencia de una aristocracia auténtica, consecuencia de la ausencia de una violencia originaria, fueran a su vez las causas de la inexistencia de una auténtica nación paraguaya. Así, la toma de Corrientes no habría sido el acto de una nación soberana que, aunque enemiga en el contexto de un mundo de naciones en competencia, podría ser considerada un par, otra “comunidad de olvido”, con un status en pie de igualdad a la dignidad de la nación argentina; sólo sería la invasión de una horda de pseudoaristócratas comandando una hueste de en relación de servidumbre. Por cierto, el

¹¹³ En realidad, aunque la nación paraguaya no surge como consecuencia de violencias independentistas o poscoloniales, esto no quiere decir que éstas no existan; para una agenda de investigación, podríamos ubicar ocurrencias de esas características –siempre siguiendo a Renan– en el período tardocolonial, con la represión de los comuneros de Asunción y las Guerras Guaraníticas.

Hasta podría conjeturarse que lo problemático y tardío de la incorporación de la lengua y la cultura guaraníes en la cultura paraguaya podría ser un efecto de aquellas violencias originarias. Esta incorporación traumática que va de la prohibición de la lengua guaraní al bilingüismo y multiculturalismo está descrita en Capdevila, 2020: 144-260.

Pero aquí parece funcionar la lógica católica ultramontana de Oliver, que asocia el sufrimiento (la pasión) de las violencias originarias, a la purificación por la que hay que pasar para acceder a un status superior (la resurrección), la nación y el “progreso”. Se trata de un esquema mental característico, aplicado en este caso por transferencia a la interpretación de una situación histórica. Por el contrario, Ortega Peña-Duhalde sacan una conclusión inversa: el Paraguay ha tenido el *mérito* de constituirse como nación “sin desangrarse en luchas armadas”, pero no por ser una sociedad atrasada y “feudal”, sino porque “las montoneras no son necesarias porque no hay minorías cipayas que enfrentar” (Ortega Peña-Duhalde, 1969: 12).

¹¹⁴ Oliver parece desresponsabilizar a Rodríguez de Francia de al menos algunas de las “negatividades” paraguayas. Así, la hostilidad contra la Argentina dataría de 1840, lo que coincidiría en términos muy aproximados con el Primer Consulado de Carlos Antonio López (*op. cit.* 26)

status de desigualdad entre ambos bandos acaso eximiría de cumplir con las “leyes de la guerra” que las auténticas aristocracias respetaban cuando se enfrentaban.

Esto explica su posicionamiento ante el resurgir de montoneras y caudillos que se oponían de manera militante a combatir contra el Paraguay bajo la dirección política del mitrismo, así como la resistencia pasiva de las deserciones en masa. En este último caso, la lógica de la nación se impone plenamente: se trata de delincuentes, de quienes han desobedecido las leyes del Estado, de quienes eluden las obligaciones ciudadanas. Pero la oposición activa de caudillos y montoneras es algo mucho más difícil de procesar en clave revisionista; en primer lugar, porque los liderazgos provinciales y sus bases de masas tienen el respaldo de varias plumas revisionistas insospechables de “comunoides” (Oliver *dixit*). Pero Oliver hace valer tres argumentos, dos explícitos y otro, implícito en la lógica renaniana. Los recursos explícitos remiten a “elefantes blancos” del pensamiento revisionista, esas “zonas sagradas” que ningún revisionista osaría cuestionar: el rosismo e Inglaterra. Por un lado, Oliver recalca la actuación antirrosista de Felipe Varela y de los caudillos menores que actuaron en la resistencia a la GTA. Esto se lleva muy mal con el andamiaje revisionista: el corolario reuniría a Rosas y a Mitre en un mismo campo “nacional”, lo que sería inaceptable en los supuestos de todos los revisionismos realmente existentes. Por otro lado, Oliver convierte a los caudillos y a las montoneras en instrumentos azuzados por Inglaterra, a la vez que armados “en el extranjero”, es decir, en Chile. Como se ve, se trata de argumentos que encierran una importante carga emotiva, pero que plantean una serie de aporías en relación con el discurso revisionista. Pero sería una imperdonable ligereza atribuir estas aporías a la imaginación exaltada de Oliver y no advertir que ya estaban presentes –bien que disimuladamente camufladas– en la construcción historiográfica que el RHA había edificado desde 1934.

Y esto nos lleva al argumento implícito en la descalificación de los caudillos y, con él, al tercer aspecto de la performación de la nación en Oliver: la función que en esto desempeñaría el revisionismo histórico. Ese implícito supone que los caudillos y las montoneras reaparecen “fuera del tiempo que les corresponde”, que es el de las violencias originarias; lejos de plegar velas y acatar la voluntad soberana de la nación, intentan prolongar más allá del tiempo originario la lógica del tiempo de la violencia, una violencia que surge de los intereses encontrados, las cosmovisiones enfrentadas, los choques culturales entre sociedades diferentes. En suma, la resistencia montonera trata de prolongar el tiempo de la heterogeneidad –y sus prácticas políticas y socioculturales–

sobre una temporalidad distinta, el tiempo de la Nación, que como corresponde a un tiempo de progreso se manifiesta “vacío y homogéneo” (Benjamin, 2009: 60-61)¹¹⁵. Precisamente, en dar por muerta y enterrada aquella temporalidad heterogénea Oliver coincide llamativamente con Mitre¹¹⁶ —un argumento que escapó a Ortega Peña-Duhalde para justificar el epíteto de “revisionismo mitrista” que endilgaron al escritor nacionalista—. Y nos atrevemos a afirmar que esta polémica alumbra un aspecto que, hasta ese momento, la aparente unidad doctrinaria-historiográfica del RHA había disimulado: las disímiles visiones y valoraciones que los autores revisionistas elaboran sobre ese tiempo heterogéneo y sus posibles proyecciones sobre el proceso posterior a Caseros como encarnación de una forma —más activa o más pasiva— de resistencia al avance capitalista¹¹⁷.

Vayamos, entonces, al último aspecto a analizar: ¿cuál entiende Oliver que es la necesidad presente de dar a estos artículos un tono polémico tan violento? El autor asegura que el complot comunista está “incubando una natural animadversión contra la Argentina por parte de los paraguayos” y se pregunta: “¿es esto [sic] lo que busca esa campaña?” (Oliver-a: 30). Aún más claramente, les reprocha “perturbar un fraternal y sincero entendimiento entre ambos países, pues viene insuflando en el pueblo paraguayo un creciente anti-argentinismo, de tipo plañidero y revanchista [...]” (Oliver-b, 43). En 1969, gobernaban el Paraguay y la Argentina dos dictaduras militares notoriamente alineadas

¹¹⁵ Acha sistematiza con claridad este manejo de la temporalidad: “*El tiempo detenido que neutraliza los ideales «liberales» de progreso es también un tiempo circular, donde una y otra vez se repite la conflagración que dirime la liberación nacional; de allí que Ortega Peña y Duhalde defiendan el empleo de analogías históricas y el uso político del anacronismo* (ACHA 2009, 329).

¹¹⁶ Para Mitre, como para Oliver, Caseros es irreversible; a partir de allí, sólo está la Nación.

¹¹⁷ Rosa manejó hábilmente el tópico de la capacidad de “resistencia pasiva” del Interior sobre las prácticas sociales y simbólicas que el avance de la burguesía porteña impondría, de grado o por fuerza. Por ejemplo (y nótese que se trata del período posterior a Caseros), describe: “*A mediados de 1852 llegaron a Santa Fe, antigua ciudad de caudillos, unos señores estirados y despreciativos con sus fraques europeos y labios rasurados al estilo unitario, la nota exótica en la tranquila y somnolienta calma de la vida provinciana. Con ademanes ampulosos hablaban de la «voluntad de los pueblos» mirando a los imperturbables vecinos que tomaban mate en la puerta de sus casas [...] oprimidos y sudorosos por las camisas de plancha y los ceñidos corbatones de rigor. No eran esas las prendas más apropiadas para el clima y la proximidad del verano, pero ellos venían precisamente a demostrar que la civilización es sólo una y no conoce latitudes ni termómetro*” (1975: 13). En términos parecidos se describe la llegada de Tezanos Pinto a Santiago del Estero para presentar la Constitución de 1826 (1975: 86): en ambos casos, la convivencia de dos temporalidades diferentes (el tiempo acelerado de la penetración de la civilización capitalista y el “tempo” adecuado al medio, a las mentalidades y a las costumbres de “los pueblos”). El fracaso de la tentativa de penetración del primero sobre el segundo en 1826 y su éxito desde 1852 (evidencia de que éste es el “orden regular de las cosas”, al decir de Mitre) no obsta para que —y esto conforma una hipótesis de trabajo en ciernes— Rosa y todo el tercer revisionismo se encolumnen detrás de estas formas de resistencia cultural y política.

con la Doctrina de la Seguridad Nacional, en el marco de la “confrontación Este-Oeste”, que suponía la existencia de un “Occidente cristiano” de raigambre grecolatina, amenazado por la barbarie y la tiranía comunista, cuyas raíces orientales lo alejaban de los principios de libertad individual y economía de mercado al que había arribado el “progreso civilizatorio” después de siglos de evolución. El “comunismo internacional” atacaba en los países subdesarrollados, verdadero campo de batalla de esa contienda. En este marco, las fronteras territoriales se desvanecían, y se marcaban con trazo grueso otras fronteras, que agrupaban, por un lado, a los países que habían “optado libremente” por su “auténtica” identidad occidental y, por otro, a los que habían sido “sometidos” por el expansionismo soviético. Además, se dibujaban nuevas fronteras “interiores” en cada país, en la medida en la que los conciudadanos que simpatizaran o militaran la causa comunista pasarían a cumplir el papel de “enemigos”, sea cual fuere su origen nacional. En este marco, los gobiernos del Paraguay y la Argentina se presentaban como aliados, dado el neto corte anticomunista *tout court* de sus políticas. Esta confluencia y solidaridad anticomunistas es la que Oliver defiende, pues siente que la reivindicación del Paraguay solanista tiene el propósito de minarla, reimplantando la rivalidad y el resentimiento entre ambos países.

Esto, en pocas palabras, supone dos cosas: en primer lugar, si la conformación de la nación exigía el olvido de la conflictividad previa *al interior de la nación*, la consolidación de la nueva “entidad-identidad” (Occidente cristiano anticomunista) requiere de manera equivalente del olvido de la conflictividad *entre naciones*; quizás, el ejemplo más evidente sea la forma en la que los Estados Unidos se autoexcluyeron de las formas más radicales de desnazificación después de 1949, ante la necesidad de ganarse la adhesión incondicional de la Alemania occidental para la Guerra Fría. Reducción de la escala mediante, es la misma operación que Oliver plantea frente a la GTA: la guerra se ganó, el honor nacional quedó salvado y la historiografía dio su veredicto; sólo con la perversa intención de favorecer al comunismo internacional puede resucitarse un episodio que puede y debe ser olvidado, de acuerdo a los nuevos campos de batalla que trascienden las lógicas nacionales.

En segundo lugar, ¿cuál es el origen de esta presunta conspiración? O, dicho de otra manera, ¿en qué momento la nueva realidad empieza a perfilar la posibilidad de que las lógicas nacionales sean superadas? Obviamente, desde la Revolución rusa de 1917. Y no sólo porque es a partir de esa primera experiencia cuando los partidos comunistas

empiezan a constituirse y reorganizar las expresiones políticas del movimiento obrero en formas nacionales, sino porque, desde ese momento y en forma creciente, las naciones burguesas empiezan a percibir que la amenaza a su existencia no proviene de otras naciones exteriores a ellas, sino de un movimiento comunista cuyas formas nacionales lo inscriben al interior de la propia nación, que ya no es “una y homogénea”.

En esta visión, que Oliver comparte plenamente, la vigencia de la nación renaniana es relativamente breve, y en la Argentina coincidiría con los procesos de organización nacional y la consolidación de la república oligárquica. Significativamente, sus límites temporales coincidirían con la apertura democrática implementada por la Ley Sáenz Peña de 1912 y puesta en práctica a nivel nacional desde 1916. La nación soberana, a cuyos intereses debe sacrificarse la investigación histórica y hasta las propias convicciones, tiene los límites de la república primario exportadora, la del fraude y de la Ley de Residencia.

Así, Oliver abandona en este debate la lógica de la “guerra de razas”, dado que ésta supone un carácter permanente, y despliega una lógica filosófico-jurídica plenamente renaniana, que legitimaría sólo la actividad bélica practicada por el Estado frente a otros Estados: la guerra interna (la “guerra privada”) había terminado; la sociedad se regiría en adelante por códigos, leyes (entre otras, las que emanan de defender la soberanía de la nación frente a otras naciones competidoras) y costumbres dictados por una racionalidad universal, totalizante y neutral, atribuciones lógicamente extensibles a los aparatos represivos e ideológicos que las hicieran efectivas. Esta es la lógica a partir de la cual Oliver está incapacitado para ver en la ocupación de Corrientes otra cosa que no sea un “ultraje” a la soberanía nacional que debe ser reparado; y en desertores y montoneras, una actividad gravemente delincuencial (la “traición a la patria”) y no una toma de decisión política, porque no hay política hacia afuera de las fronteras de la nación: sólo guerra y diplomacia, las armas del enfrentamiento con un mundo de naciones en competencia permanente.

Pero, como vimos, primero 1933 y luego 1955 impulsarían el reemplazo de la lógica renaniana por la “guerra de razas”; en ese campo, había lugar para Francisco Solano López y un Paraguay que había emprendido un camino alternativo al capitalismo. Y es en el marco de este “discurso de la guerra” (en su versión *leveller*) en el que pretendemos

interpretar el posicionamiento de Ortega Peña-Duhalde¹¹⁸ y entendemos que la operación fundamental de escindir “sociedad” de “soberanía” y colocarlas en términos de enfrentamiento permite a los autores (y a buena parte del tercer revisionismo) levantar los límites temporales y espaciales en los que el 2º RHA había “encerrado” la tópica revisionista. En términos temporales, el descubrimiento de la resistencia a la expansión capitalista posterior a 1852 demostraba que Caseros no había terminado con la conflictividad; al esbozar el perfil de Clavero, Ortega Peña-Duhalde dibujan la “línea nacional”: San Martín-Rosas-Peñaloza-Varela (1966, 92-93). En las investigaciones de Fermín Chávez, la fecha del aplastamiento militar de esta resistencia se desplaza incluso a 1876. Pero Ortega Peña-Duhalde darán un paso más: esa temporalidad desbordada se prolongará hasta el presente, en una especie de tiempo cíclico prospectivo¹¹⁹: como vimos, el triunfo mitrista transformó la zamba de Vargas en una “marcha de la libertad del siglo XIX” y la cueca varelista se proyecta sobre la marcha peronista “ochenta años después” (1967a, 43). Aún más interesante es observar que, a través de la pugna por las diferentes letras de la zamba *La Felipe Varela* y del desembarco del folklore en Buenos Aires en el siglo XX, los autores sostienen que no sólo la historiografía, sino el propio folklore, lejos de ser “formas culturales identitarias” (lo que debe entenderse como “instrumentos de la consolidación de la nación culturalmente una y homogénea”, afín al modelo renaniano del “discurso de la nación”) se han transformado en un campo de batalla por la asignación de sentidos (1967a: 41-42, 52, 59-60). La prospección de su narrativa tiene una dimensión futura, en la que la idea de nación se reconfigura ante todo en el primer peronismo, en el que las montoneras derrotadas de Varela reaparecerán el 17 de octubre de 1945 (1966: 159-160)¹²⁰ y luego en las nociones del retorno de Perón (una

¹¹⁸ Como dijimos, la respuesta de Ortega Peña-Duhalde en la polémica no es un texto medular; los propios autores anuncian que no se proponen “volver una vez más sobre la verdadera historia de la Guerra de la Triple Alianza y las Montoneras Argentinas”, y justifican esta ausencia remitiendo a “las mejores obras del revisionismo histórico al alcance de todo el mundo para conocerla”; ORTEGA PEÑA-DUHALDE-c, 25. Sus posicionamientos deben ser reconstruidos a partir de textos anteriores de ambos historiadores, los cuales, por otra parte, deben haber sido los que provocaron la irritación de Oliver. Se trata, pues, de un *corpus* de textos que sometemos al cedazo de la crítica.

¹¹⁹ Ariel Eidelman ha destacado la importancia de esta temporalidad cíclica prospectiva en la construcción historiográfica de Ortega Peña-Duhalde, así como su relación con lo que ambos entienden como estructura semicolonial (2004, 63-64).

¹²⁰ Ortega Peña-Duhalde eluden un punto especialmente urticante del pensamiento de la Nueva Izquierda de aquellos años: la evocación de la “raza indómita” del varelismo, renacida en las *journées* peronistas, elude prudentemente recalar previamente tanto en las luchas obreras del anarquismo de principios del siglo XX, como en el yrigoyenismo que las reprimió con llamativa brutalidad.

especie de revancha histórica del retorno de Rosas que nunca se produjo y que don Juan Manuel tampoco se propuso -algo que el RHA ha silenciado cuidadosamente-) y del peronismo al poder y la concreción de una nunca definida del todo “patria socialista”. Como afirma Nigra en un artículo tan polémico como inteligente, “la presentación de una alternativa en el pasado legitima la lucha por la alternativa del presente” (2001: 147). En términos espaciales, el “discurso de la guerra” levanta las fronteras de la nación una y homogénea (productos transversales de la teoría de la soberanía) y reagrupa a los actores históricos según su posicionamiento ante el conflicto fundamental; de esa manera, la lógica previa a 1852 se prolonga más allá de Caseros y “los viejos ‘socios’ que derrotaron a Rosas se unen nuevamente para vencer a Francisco Solano López” (Ortega Peña-Duhalde, 1966: 64): Mitre no es aquí el representante de la nación agredida, sino el “viejo socio” del imperialismo que ataca al “campo propio” al que pertenece el Paraguay solanista. Las fronteras no tienen aquí operatividad alguna.

b) Heterodoxias narrativas (I): *El inglés*, de Juan Carlos Gené.

He aquí un exitoso experimento de difusión histórica que, empero, no ha suscitado análisis historiográficos de ninguna especie. Se trata de un cantar de gesta, si no en su situación de enunciación (su texto está fijado por escrito y con autores definidos), sí por su temática, su estructura externa y las formas en que se despliegan sus tópicos. Su argumento relata la Primera Invasión Inglesa. El poema fue escrito por Juan Carlos Gené y musicalizado por Oscar Cardozo Ocampo y Rubén Verna. Llevado al escenario por Pepe Soriano y el Cuarteto Zupay, se estrenó en Córdoba en 1974 y siguió representándose con éxito en Buenos Aires durante 1975. Víctima de la censura lopezrreguista primero, y dictatorial luego, fue reestrenado en 1984 en Buenos Aires. En términos de su contenido, se trata de un texto furiosamente antiaristocrático, antiimperialista y jacobino. Su formato supone el encuentro de fragmentos y figuras poéticas sobre una base mayoritariamente narrativa (que no se priva de incluir pequeños relatos de índole microhistórica) y diálogos de matriz indiscutiblemente dramática. El tono alterna momentos de tono trágico, triste o cargados de tensión con distensiones humorísticas (que Cardozo y Verna han sabido acompañar con una musicalización excepcional). Su propósito no es didáctico, como el que veremos en la historieta de Oesterheld, sino informativo, algo que está implícito en su género: los cantares de gesta son, fundamentalmente, un noticiero ambulante.

Pero, en este caso, ¿qué hay para informar? Hay, por supuesto, un relato *objetivo* de los hechos ocurridos en Buenos Aires entre junio y agosto de 1806. Pero subyacen dos mensajes, que no por contradictorios son menos potentes: se comunica a los enunciatarios que “cuando un pueblo está maduro/necesita un conductor. /Si no lo tiene, lo hace:/parche para su tambor” (7. *Chacarera del marqués*¹²¹). El caudillo -no se lo nombra así- es necesario, pero sólo como parche para que el tambor pueda producir el sonido del pueblo: en agosto, “La Reconquista es un hecho/del Pueblo armado y triunfal” (25. *Cueca del triunfo final*)¹²² y no producto de la genialidad de un líder excepcional.

La apoteosis del Pueblo marca el carácter jacobino del texto y el juego de alianzas y oposiciones que se despliegan en su interior. La existencia de un enemigo exterior podría hacer pensar en un desplazamiento de este discurso hacia las formas aristocráticas del “discurso de la guerra” (la unión policlasista de todos los invadidos contra los invasores). Sin embargo, no es así: hay traidores en uno y otro campo; y esa traición tiene un perfil de clase. El centro de Buenos Aires se transforma:

Todo el centro de la ciudad era colorado. Coloradas las mejillas excitadas de las señoras de pro; coloradas las de los señores y tenderos que se afanaban sin dar abasto; coloradas las miradas de los cuervos [...] (18. *El Río de la Plata desata la sudestada*).

Por eso, el límite entre invasores y territorio invadido no es geográfico. Los límites del *nosotros* no lo marca ni el océano ni el río la frontera, sino la condición social:

Pero en las calles del suburbio, por el bajo del Retiro, por Miserere, por los rancheríos y las pulperías, negro luto caía sobre nosotros (14. *El luto del pueblo*).

La guerra es aquí, ante todo, guerra plebeya, aunque los derrotados, en el desenlace del poema, sean los invasores extranjeros; es como si Gené hubiera tenido un último pudor de revelar el enfrentamiento entre “hermanos” o “colaboracionistas y plebeyos”.

Por otro lado, es cierto que el argumento muestra una progresión desde lo social hacia lo nacional. La diferencia de clases es perceptible al principio:

Narrador: -¡Sofa...! Nosotros no somos ladrones. Somos los dueños...

Sofa: ¿Los dueño'e qué? ¡Je! ¡Ni trabajo fijo tenemo'...! (3, *El hombre comienza el relato de la negra invasión*).

¹²¹ Citamos por número y título de la edición discográfica.

¹²² Para una agenda de investigación queda establecer hasta qué punto el abismo interpretativo que surge de las diferencias en la situación de recepción permite pensar si en su reestreno seguía siendo el mismo poema. Por caso: estos fragmentos tenían un sentido profundo en el marco de la coyuntura política 1973-1974, pero habían perdido toda esa significatividad en el marco de 1984, con una sociedad argentina abrumada por las revelaciones de las atrocidades de la dictadura, por la derrota militar y, *last but not least*, por la culpa.

Implícitamente, el Sofa está poniendo en cuestión la legitimidad de luchar y morir por intereses ajenos. Pero tanto él, como el Tape y los personajes que van apareciendo luego, van aceptando la unidad. Pero es la unidad *del pueblo*, esa que vuela

por sobre el asco de Buenos Aires que seguía quieta y muda, comprando y vendiendo, corriendo y pensando que, al fin de cuentas, se podía ser inglés (18. *El Río de la Plata desata la sudestada*).

La esencia jacobina del poema se manifiesta en el epígrafe impreso en la tapa de la edición discográfica, escrito por el propio Gené, que comienza diciendo:

Viento del pueblo, la Nación es el norte de sus acciones [...]. La Nación es la formidable criatura que engendra la indestructible pareja que forman el pueblo y la tierra. Como los hijos, la Nación nace de dolores y gritos, iluminados por cantos de gozo y risas de triunfo. [...]. Ese pueblo, incansable, invencible, construye la nación con su lucha, muriendo y resucitando inevitablemente, una y otra vez.

Texto importante, en primer lugar porque rescata el momento de las violencias originarias, con imágenes que recuerdan mucho las que hemos citado de Foucault. Esas violencias originarias no están llamadas a olvidarse, sino por lo contrario, a recordarse (y de allí la existencia del poema) y reproducirse. Pero aún más importante, el texto quiebra uno de los puntos de contacto más fuertes entre la historia liberal y el RHA: aquí lo que preexiste es el Pueblo, no la Nación, esa criatura formidable, pero criatura al fin. Y el pueblo, en el poema, es descripto en términos cercanos -aunque no más que eso- a una caracterización clasista:

[...] un pueblo de **gente ruda**/que buscaba ser Nación (Negrita mía. GG. 7. *Chacarera del marqués*).

Como la intención del poema es informativa y no didáctica, las circularidades son escasas, prospectivas y, con frecuencia, humorísticas¹²³. Beresford estudia el plan de combate:

Viene a la izquierda Liniers/como un perro tras su pista

por esta calle que ahora/se va a llamar “Reconquista”. Hummm... ¡Mal augurio, muy mal augurio!

Pero la circularidad que sigue a continuación insinúa ya prospectivamente los conflictos de clase del presente:

Y a la derecha, ¡Pinedo! [Dudando]. Pinedo, Pinedo, Pinedo... ¡Qué nombre tan decente!

¿Por qué nos pelea este criollo, si su descendiente/ha de ser aquí nuestro gerente? (23. *Las cuitas de William Carr*)

Finalmente, entendemos que hay dos episodios en los que los postulados del 3° RHA chocan con los del 2° (bien que no explícitamente, como en la polémica Oliver/Ortega Peña-Duhalde). El primero es el caso del alemán Mikhail Skennon, soldado del ejército

¹²³ La comicidad es muy visible en las conversaciones del protagonista con el Sofa y, especialmente, en el tema 8, “El inglés observa con catalejo”. Es de notar que el tono de los discursos revisionistas fue siempre serio y grave, muy poco proclive a humorismos, con la única excepción del libro de Ferla, 1972.

invasor pasado a las filas rioplatenses, capturado por los ingleses en la escaramuza de Perdriel y fusilado por traición. El hecho es referido por Sierra en clave de profunda religiosidad hispánica: la desertión es motivada por la condición de católico del alemán, presuntamente arrepentido por combatir a sus hermanos de fe (Sierra: IV, 123). En la versión de Gené, la motivación religiosa desaparece por completo, para dar paso a una motivación ideológica: Skennon se rehúsa a ser cómplice de un sometimiento de los rioplatenses -a los que, ciertamente, ve como primitivos y felices, casi una imagen de un *bon sauvage* criollo- que significaría transformarlos en la periferia del capitalismo industrial británico (20. *Balada del alemán*). Esta elaboración es una creación de Gené; en la *Historia...* de Rosa no hay mención del prisionero alemán, a pesar de que ese texto parece ser una fuerte obra de referencia de todo el cantar.

El segundo episodio al que aludíamos muestra una contradicción aún más fuerte: se trata de la participación popular en el asalto final del Fuerte, en el momento de la Reconquista. Las fuentes puntualizan que cuando Beresford se encierra en la fortaleza ordena izar bandera blanca. Una enorme multitud de gente de las orillas, sin uniforme, armada precariamente con palos y cuchillas continúa con el ataque y arrima escaleras para atacar frontalmente la posición. Sierra comenta, casi con conmisericordia:

La actitud del pueblo enardecido es comprensible, puesto que no formaba fuerzas regulares (IV, 143).

No hay valentía, ni patriotismo en el pueblo imaginado por Sierra; apenas ignorancia de las leyes de una actividad como la guerra, cuyas reglas sólo son conocidas por las élites. Eso hace que haya que “comprender”/disculpar una actitud que, de no mediar ese desconocimiento, sería abiertamente condenable. He aquí la “guerra de razas” en su variante francesa, la que agrupa entre los vencidos a las aristocracias con la plebe, pero manteniendo las distancias entre ambos, aunque aúnen sus fuerzas contra el enemigo común.

Los mismos argumentos, en clave *leveller*, son leídos así por Gené:

Hubo que parar al pueblo/que no sabe de señales. Son los nobles que en la guerra/tienen leyes y modales.

Allí cayeron los últimos en la batalla final. La Reconquista era un hecho del Pueblo armado y triunfal.

Beresford se ve perdido: “¡Si entra el Pueblo estoy jodido!

¡Bajen la bandera inglesa! ¡Rápido, levanten esa! (25. *Cueca del triunfo final*).

El Pueblo combate por la Nación, sueño supremo, al que se le sacrifica todo. Las leyes corporativas de la guerra entre caballeros no rigen en este combate; por eso las masas desbordan las reglas del juego. La similitud con los relatos de la batalla de Valmy permite

generar imágenes análogas a las que la historiografía de la Revolución francesa ha elaborado en relación con los orígenes del ejército popular y de la guerra democrática.

c) Heterodoxias narrativas (II): Los 450 años de guerra... de Héctor Oesterheld.

La historieta “América latina. 450 años de guerra”, con guión de Héctor Oesterheld e ilustraciones de Leopoldo Durañona, apareció por entregas en el periódico *El Descamisado* entre los números 10 y 46 (último, dada su clausura. En las publicaciones que ocuparon su lugar, el experimento historietístico no se reanudaría). Fueron 33 entregas en total; las 22 primeras sostuvieron una continuidad temporal cronológica que iba desde la Conquista hasta 1852, y centrada en nudos temáticos fuertes, sin llenar la temporalidad intermedia más que con comentarios marginales ocasionales. Las entregas 23-33 desarrollaron temas particulares incluidos en la dimensión temporal ya desarrollada, sin avanzar más allá en la historia¹²⁴.

La condición de revista militante (era vocero de la JP vinculada a Montoneros) determinaba el necesario contenido didáctico de la historieta; de este modo, sus contenidos se encolumnaron en la lógica *aglutinante* del 3° RHA. Esa intención didáctica determina que, en la exposición de los hechos, Oesterheld superponga los factores estructurales derivados de la teoría de la dependencia (como la “tesis del colonialismo interno”, cf. 10, 28¹²⁵ y 33, 28 o la del papel meramente “gerencial” de las élites locales; cf. 15, 21) con argumentaciones éticas (derivadas de la ecuación “imperialismo” = “robo” = “explotación”. Cf. 10, 26, donde se afirma crudamente que “los españoles eran ladrones”). Así pues, el imperialismo no es ni una etapa en la evolución lineal del proceso civilizatorio, ni un proceso estructural, sino un acto de barbarie¹²⁶. El abierto indigenismo

¹²⁴ Algo que la propia historieta justifica, porque “ES TANTO LO QUE SE NOS FUE QUEDANDO ATRÁS” [33, 26].

¹²⁵ Citamos por número de la revista y página. Algunas entregas fueron publicadas con errores de diagramación. Respetamos el paginado original, así como la tipografía, la puntuación y los destacados en negrita.

¹²⁶ Colgar a los europeos el sayo de “la barbarie” es algo que se sostiene también con la reflexión sobre la cantidad de astrónomos, ingenieros, artistas y músicos “habrá sido aniquilado en el trabajo bestial de las minas” (10, 28), lo que permite introducir la tesis de la anarquía de la producción capitalista y el derroche de fuerzas productivas. La acumulación de argumentos de distinta procedencia es, en OESTERHELD, parte de su procedimiento didáctico.

y la identificación brutal y sin anestesia del Imperio español con la expansión imperialista es la ruptura más visible respecto del 2º RHA¹²⁷.

Pero el dispositivo fundamental del almacén didáctico de la historieta radica en la vuelta a una circularidad que ilustre tanto el pasado como el presente. La narrativa de las sublevaciones andinas de 1780 ilustra el mecanismo: Micaela es la dignidad de la etnia/clase reivindicando la represalia liberadora: “¡MUERTE A TODOS LOS BLANCOS, **TUPAC!**”. Por detrás de sus parlamentos es la praxis liberadora de Fanon la que parece traslucirse. Pero la voz de Amaru tiende a sumar: “NO, **MICAELA**, A TODOS NO... ¡LOS CRIOLLOS, LOS HIJOS DE LOS ESPAÑOLES, DEBEN AYUDARNOS!” (11, 24). La rebelión se realiza, empero, con el modelo “michaeliano” y fracasa, tal como el líder lo había previsto. El militante debería reconocer la circularidad que encerraba ese encuentro de perspectivas disímiles con la polémica entre alternativistas y movimientistas, y la necesidad de no repetir los errores de los primeros en la coyuntura de 1973 (Gil, 2019: 311-325). Es visible el doble movimiento: si la vivencia y la comprensión concreta de una situación presente sería para echar luz sobre problemas de aquel pasado, distante ya en dos siglos, éste debía tender un manto de prevención sobre las decisiones políticas que se tomaran para intervenir en la construcción de los presentes.

El mecanismo de las circularidades se repite hasta la obsesión: los actuales mecanismos financieros que expropiaban las riquezas del Tercer Mundo tienen sus precedentes en el reparto de botín de la primera invasión inglesa victoriosa (12, 15)¹²⁸, la Reconquista ha sido un “**VERDADERO 17 DE OCTUBRE QUE APLASTÓ AL INVASOR EXTRANJERO**” (14, 20), la liberación de esclavos por sorteo, para celebrar la Reconquista es un “**PRODE monstruoso**” (14, 23), los morenistas son “la ultraizquierda de la época” (15, 20) y Cabello y Mesa es circular a un Neustadt de hoy (14, 20).

La circularidad entre el 25 de mayo de 1810 y de 1973 se revela problemática: “[...] **SAAVEDRA** TENDRÁ EL TÍTULO DE ADORNO... PERO NO EL PODER. [...] **EL 25 DE MAYO DE 1810** EL PUEBLO IMPONE SU VOLUNTAD... PARA VERLA **BURLADA** ENSEGUIDA. TAN IGUAL AL **25 DE MAYO DE 1973** [...] CASTRADA TAN PRONTO POR LOS **BURÓCRATAS** Y LOS **ENTREGUISTAS** DE SIEMPRE” (15, 23 y 16, 23).

¹²⁷ Y no sólo antihispanismo, sino también anticlericalismo y antiaristocratismo: entre los síntomas y causas de la decadencia española se mencionan “UN MILLÓN DE CURAS Y DE FRAILES, OTRO TANTO DE NOBLES, DOS MILLONES DE MENDIGOS” (12, 12).

¹²⁸ Como en el áspero juicio antes citado sobre los españoles, también aquí el juicio categórico sirve a fines didácticos: se afirma que “**PIRATA Y FINANCISTA SON SINÓNIMOS**” (loc. cit.).

También hay circularidades que revelan extraños movimientos, siempre en función didáctica. Hay una circularidad regresiva en suponer al enemigo siempre peor: los verdugos del “motín de las trenzas” son mejores que Aramburu, Rojas y Lanusse, porque “no tratan de callar o mentir su crimen” (18, 23). Por otro lado, entre el 5 y 6 de abril de 1811 y el 17 de octubre de 1945 la circularidad es limitada: son orilleros y se concentran en la Plaza “**ANTICIPANDO OTRA GRAN PUEBLADA DE CIENTO TREINTA AÑOS DESPUÉS...**”; pasamos del fuego al agua (“**ACAMPAN ANTE EL CABILDO ENCIENDEN FOGATAS...**”), pero ahí termina el simil: los orilleros van “sombrios, callados”, mientras que la descripción canónica del 17 de octubre no encierra ni silencios, ni amenazas, ni atmósferas sombrías, sino clima festivo, ese clima festivo que ya no es esperable en los 17 de octubre de ese 1973 y los que sigan. Aquí, la finalidad didáctica es poner límite a la circularidad que supone que con el retorno de Perón volvían “aquellos” días.

Los sujetos populares y su posibilidad de agencia se centran en los personajes de “Juan”, una incorporación muy importante de la historieta: “**DIGAMOS QUE SE LLAMA JUAN. UN JUAN CUALQUIERA [...]. NO TIENE NI IDEA [...] DE QUE UN IMPERIALISMO, EL ESPAÑOL, ROBÓ A SUS ABUELOS, A SUS PADRES, A ÉL MISMO. TAMPOCO SABE QUE ALLÁ EN EUROPA, EL IMPERIALISMO ESPAÑOL SE MUERE. Y OTROS DOS IMPERIALISMOS, EL FRANCÉS Y EL INGLÉS, GUERREAN SOBRE SU CADÁVER**” (13, 20). Participará de la Reconquista y muere justo en el momento de recoger el fusil de un inglés (“**¡EL SUEÑO DE TODO COMBATIENTE!**”). Las circularidades son previsibles (salvo, quizá, la antepenúltima, que Ramos pondría en tela de juicio): “**ASÍ MUERE JUAN, UN JUAN CUALQUIERA DE HACE 170 AÑOS, REGANDO CON SU SANGRE ESTA PLAZA DE MAYO NUESTRA DE TODOS LOS DÍAS [...], POR DEFENDER AL PAÍS. PELEANDO CONTRA EL IMPERIALISMO JUAN CUALQUIERA, COMO TANTOS OTROS JUANES QUE VENDRÁN DESPUÉS. JUAN GUERRILLERO DE GÜEMES, JUAN MORENO DE SAN MARTÍN, JUAN MAZORQUERO, JUAN REVOLUCIONARIO DEL 90, JUAN DE LA RESISTENCIA, JUAN MONTONERO**” (13, 23). Y ahora atención: si Juan Cualquiera (el que pelea sin conciencia) muere antes de disparar un tiro y Juan Esclavo lucha desesperadamente por un interés étnico (conseguir la libertad), quien triunfa es Juan Pueblo, el que encarna los intereses colectivos: la conciencia determina la posibilidad y la eficacia de la lucha.

Testimoniantes han asegurado que Oesterheld, no muy versado en temas de historia argentina, construyó los guiones siguiendo puntualmente la *Historia argentina* de José María Rosa. Esto parece confirmarse en su despiadado ataque a Moreno, en el que suma

al conspiracionismo una acusación anacrónica, de gran actualidad en la política contemporánea, pero inexistente en 1810: Moreno “[...] CON UN SUELDAZO VA EN MISIÓN DIPLOMÁTICA A **INGLATERRA** (DEBE COMPRAR ARMAS... ¿Y RECIBIR INSTRUCCIONES?” (16, 23). Su posición antimorenista le valdrá duras críticas en forma de cartas a la revista de la pluma de Norberto Galasso (18, 24) y Raúl Fenoglio (20, 31). Lo curioso es que estas cartas merecen una respuesta que comienza aceptando que “*con Moreno se nos fue la mano*”. Como la nota no lleva firma, cabe suponer que se trata del Comité Editorial de la revista, que con ese “nos” asume como propios todos los dichos de la historieta.

Pese a sus heterodoxias, la historieta aglutina temas fuertemente afines al 2° RHA: la vituperación de los intelectuales decimonónicos (15, 20-21; 28, 24); la construcción de un estilo polilclasista de caudillismo: el “estanciero-trabajador” Artigas (19, 20-22), que compensa su pertenencia a una clase “no popular” con su convivencia y su comprensión del medio o, por supuesto, Rosas (29, 23)¹²⁹; considerar la independencia de la Banda Oriental como fruto de la voluntad inglesa (27, 26)¹³⁰; el aborrecimiento por la idea de un panteón ampliado “con el pretexto de pacificar” (32, 24); una insólita centralidad del Río de la Plata en la política mundial, aquélla que Scalabrini Ortiz había llevado hasta límites hiperbólicos; los pobres del Noroeste argentino, sin armas “pero con más pelotas que nadie” luchan y mueren frente al enemigo y por la patria (33, 27), sin preguntarse porqué “el enemigo” es “el enemigo” ni porqué “patria” van a morir: La patria preexiste pero, a diferencia de la historia liberal clásica, preexiste en el pueblo, no en una idealidad metafísica. Pero las novedades insertas por el 3° RHA se hacen presentes: por ejemplo, una agencia popular que rebasa la acción de sus caudillos: “**LA PRIMERA INVASIÓN INGLESA HA SIDO VENCIDA POR EL PUEBLO EN ARMAS, POR UNA EXPLOSIÓN DE LAS BASES QUE REBASÓ A SUS CONDUCTORES**” (14, 20).

Pero hay aportes de Oesterheld que no pertenecen a ninguna tradición revisionista y que son tan innovadores como significativos: uno de ellos es el respeto ante la muerte, una

¹²⁹ Empero, hay dos alusiones que tienden un manto de sospecha sobre la figura señera de los revisionistas: en el combate de Navarro (que le costaría la vida a Dorrego) **ROSAS**, SU COMANDANTE DE MILICIAS, NO PUSO MAYOR EMPEÑO EN LA ACCIÓN...” [subr. mía. GG] [28, 23]; por otro lado, Facundo Quiroga, “Amigo de Rosas, adivina que el caudillo porteño no quiere como él la gran unión de las provincias” (36, 23) (subr. mía. GG) y, en la comparación de méritos, “**QUIROGA, MUCHO MÁS QUE ROSAS, ERA LA ESPERANZA MÁS AUTÉNTICA DE LA INTEGRACIÓN NACIONAL**” [36, 24]. Hay testimonios de que el tono rosista que la historieta iba tomando a medida que avanzaba provocaba discusiones en la redacción y cuestionamientos que se le hacían al propio Oesterheld, a veces por su “excesivo rosismo” (Nicolini-Beltrami, 2016: 149-151).

¹³⁰ En este tópico, Sierra sigue siendo la única excepción.

muerte que no necesariamente es “gloriosa” ni precedida por frases “históricas”; muchas veces es sórdida y luctuosa: las dos viñetas del fusilamiento de Dorrego son silenciosas (28, 24)¹³¹. Ya hemos visto la muerte anónima y sórdida de Juan Cualquiera. Del mismo modo, la evocación de los hechos militares de la Revolución empieza, no por la gloria o el honor, sino por la evocación luctuosa (en la viñeta, la cruz de palo en primer plano) de la vivencia popular (en dos ángulos en diagonal de la viñeta, dos coplas anónimas, y una evoca la vivencia de la muerte campesina. Cf. 33, 26). Acaso la cercanía de la muerte, que desde el 20 de junio empieza a sacudir las vidas cotidianas de los militantes-lectores, infunde esta actitud respetuosa hacia las familias de las víctimas.

En síntesis, el discurso de la “guerra de razas” atraviesa el texto oesterheldiano desde su mismo título; sus conexiones con el corpus revisionista es tan fuerte como sus heterodoxias, pero éstas no están preñadas de discusiones; la historieta debe impulsar a los militantes/combatientes, estimularlos hacia la unidad y evitar aquellas discusiones que den lugar a la división en un momento histórico en el que el pasado es imaginado conectado con el presente hasta tal punto que pueden explicarse mutuamente.

¹³¹ Este silencio recuerda al tema musical dedicado a la masacre de Trelew por Huerque Mapu (un tema largamente escuchado en aquella época), al que sus autores, después de largas discusiones, optaron por dejar sin letra ante la imposibilidad de representar el horror (Smerling-Zak, 2014: 73; y especialmente Molinero, 2011: 336-337).

6. A manera de conclusiones

Hemos intentado pensar una vez más, pero desde otro lugar, el RHA. Es decir: en lugar de buscar coherencias y continuidades en un movimiento historiográfico desde el postulado de aceptar la autoidentificación de los revisionistas como “la cara histórica del nacionalismo argentino”, hemos optado por invertir el proceso de indagación: partimos de problematizar el concepto de “nación” desde de dos matrices –o, si se prefiere, dos paradigmas- diferentes que anidaron en etapas sucesivas del RHA: por un lado, la nación una y homogénea, que concentra la capacidad de ejercer la violencia en el aparato de Estado y desplaza la conflictividad hacia un espacio que se encuentra más allá de los bordes; por otro, la nación plural, uno de cuyos componentes, en su interior, es una sociedad separada del, y enfrentada al, poder soberano, una conflictividad agonística que debilita el concepto mismo de “nación una”, la identidad que comporta y el carácter absoluto de sus límites.

Antes de 1930, quienes reivindicaron un lugar en el panteón para los próceres federales se inscribían –así como los cultores de la “historia oficial”- en el primer paradigma. El segundo paradigma se introdujo cuando los fundamentos del “progreso indefinido” se astillaron. Pero las limitaciones historiográficas y políticas en que las relaciones de producción textual de ese segundo revisionismo se movían, con las excepciones ya mencionadas, limitaron temporal y espacialmente sus tópicos: todo lo que ocurría más allá de 1852 quedaba fuera de su alcance. Sólo el desembarco de un tercer revisionismo, que halló en la situación del peronismo derrocado el elemento básico sobre el cual proyectarse hacia el pasado y hacia el futuro “descubrió” el período posterior a 1852, y en él sus héroes y, con todo ello, los fundamentos de una historia en la que la frontera no pasaba entre las naciones, sino al interior de ellas. En esos términos, la nación comenzaba a desdibujarse como espacio propio -más allá de la voluntad política de los autores- y “el pueblo” (o incluso “la clase”) amagaba ocuparlo como forma superadora.

De la mano con estas elaboraciones, hemos esbozado el análisis de un componente de los relatos revisionistas que requerirá discusión y profundización: la construcción, a partir de los relatos revisionistas desde 1933, de una temporalidad particular o, mejor aún, de la coexistencia de temporalidades diversas al interior de la formación social argentina. De acuerdo a cómo se manejen, estas temporalidades pueden llevar al “mito de las dos Argentinas” (en la medida en que el relato busque construir la imagen de una

“coexistencia pacífica” de esas temporalidades diversas, característica de los relatos costumbristas o las historias locales o regionales que, en la medida en que se centran en las dinámicas de corto alcance y obliteran la sociedad *in toto*, pueden eludir la conflictividad y crear la ilusión de una temporalidad heterogénea capaz de prolongarse *ad aeternum*), al “discurso de la guerra”, cuando el tiempo “frío y homogéneo” propio de la producción capitalista avanza sobre las formas de vida y de cultura de otras estructuras temporales, entendidas por aquél como lentas, inadecuadas o atrasadas. Y ese avance es destructivo y avasallador: “El tiempo homogéneo vacío [...] es el tiempo del capitalismo. [...] Cuando encuentra un impedimento, lo interpreta como un residuo precapitalista que pertenece al tiempo de lo premoderno” (Charterjee, 2008: 59-60).

Quisiéramos finalizar el presente trabajo avanzando sobre dos consideraciones. En primer lugar, el cambio de paradigma que lleva del “olvido” a la “guerra de razas” supuso una visualización primero, y una creciente agencia después, de un sujeto popular. La construcción renaniana de la nación implicaba una homogeneización temporal, espacial y social de la colectividad que llevaba a un segundo plano las diferencias de clase; pero cuando esa homogeneidad fue puesta en entredicho y la idea de las “dos Argentinas” primero y del “colonialismo interno” después tiñeron el discurso revisionista, el papel de los colectivos populares se fue haciendo cada vez más necesario para otorgar legitimidad al campo de los vencidos en Caseros (y más tarde en Pavón, La Banderita, Pozo de Vargas y así de seguido). Sin duda, en esta necesidad de legitimación tuvo parte cada vez más importante la creciente ola de democratización que en Occidente vino a reemplazar a las ilusiones de la barbarie nazifascista, pero las transformaciones impulsadas por el peronismo fueron esenciales.

Sin embargo, la agencia de los sectores populares por los autores revisionistas fue poco convincente, incluso a pesar de los esfuerzos de quienes quedaron comprendidos en el 3° RHA. Las masas que campeaban en sus textos adolecían de una sospechosa *unanimidad*, sea cual fuere el matiz con el que cada autor intentaba teñir a sus sujetos: peones, gauchos, orilleros, *todos* eran mostrados unánimemente católicos, o partidarios de la tradición, o valientes, o humildes, o comunitaristas, según las preferencias con las que el historiador buscara legitimar el aval de esos sujetos a los procesos que pretendía enaltecer. Para sostener esta sorprendente unanimidad ideológica, el RHA debió articular *sine qua non* dos implícitos: todos esos sujetos populares parecían vivir pendientes de una política que comprendían con admirable lucidez y de la que estaban informados en el día a día, pese

a la precariedad de los medios de información; contaban con información sobre cuestiones de política internacional, complicados mecanismos constitucionales y hasta los manejos de organizaciones secretas, que interpretaban mediante una intuición casi sobrenatural. El resto de su vida cotidiana brilla por su ausencia en los textos revisionistas, incluso de aquéllos que, por su previa formación marxista, podría esperarse que se asomaran a la búsqueda de las bases materiales de los comportamientos colectivos.

En segundo lugar, creemos que el lugar del RHA en el imaginario social sobre el pasado debe ser investigado más profundamente. Si el revisionismo, como sostenemos, es una red textual en cuyo espacio simbólico se aglutinan algunos de los tópicos -muchas veces divergentes y hasta contradictorios- que cuestionan, sea la escasa amplitud (en el caso del 1° RHA), sea la validez de las visiones del pasado autolegitimadoras y autolegitimantes del modelo primario-exportador (la situación de los revisionismos desde 1933), entonces deberíamos reconocer que en el imaginario social que sobre el pasado ha construido la sociedad argentina se amontonan ideas difícilmente conciliables: por un lado, la nostalgia por los mitos de un “pasado de oro” (la Argentina “exitosa”, “granero del mundo”, “sexta potencia mundial”, construida por inmigrantes antepasados de buena parte de los argentinos actuales, que llegaron “con una mano atrás y otra adelante” y a los que “no los ayudó nadie” y por los terratenientes “que hicieron el país”); por el otro, la plena vigencia de una buena cantidad de tópicos revisionistas, que cuestiona precisamente la legitimidad de ese “pasado de oro” tan añorado. Así las cosas, una síntesis coherente del pasado nacional se torna imposible; en el imaginario conviven muy mal elementos que se combaten mutuamente, generando “vacíos de pasado colectivo” y la impresión de que la historia comporta un conocimiento inútil, que no puede decirnos nada en relación con una conciencia y una identidad colectivas.

Quizás el cadáver que haya que sepultar no sea el del RHA -acaso ya agotado y sin posibilidades de incorporar formas más actuales de revitalizar una perimida forma ético-política de pensar el pasado-, sino el tratamiento rutinario de los problemas que los tópicos revisionistas plantearon; los debates que esos tópicos generan, siempre tan vivos en la sociedad argentina, nos están indicando que nadie ni nada -ni los seres humanos ni sus ideas- muere en la víspera.

FUENTES PRIMARIAS

Bibliografía y hemerografía

- ✓ “Ecos de un encuentro: el presidente de la nación y los escritores reportajes al padre castellani y a horacio e. ratti” (1976), en revista *Crisis*. Buenos Aires. Julio de 1976. Año 4, n° 39, pp. 3-4.
- ✓ ALBERTI, B. (1974). “Prólogo”, a VV.AA. *El revisionismo histórico socialista*. Buenos Aires. Ed. Octubre, pp. 7-15.
- ✓ ASTESANO, E. (1960). *Rosas. Bases del nacionalismo popular*. Buenos Aires. A. Peña Lillo ed.
- ✓ ASTESANO, E. (1973). *Bases históricas de la doctrina nacional. San Martín, Rosas y el Martín Fierro*. Buenos Aires. Eudeba.
- ✓ ASTESANO, E. (1973). *Historia socialista de América*. Buenos Aires. Ed. Relevo.
- ✓ ASTRADA, C. (1968). “La Generación de 1837. Praxis e instrumentalidad en el pensamiento de Echeverría y la joven generación argentina”, en VV.AA. *Claves de historia argentina*. Bs. As. Merlín.
- ✓ BARRAZA, P. (1963). “El reportaje de la semana: José María ·Pepe· Rosa. Aliarse con el demonio si es preciso para vencer al imperialismo”, en *18 de Marzo*. Bs. As., 5 de febrero de 1963. Año II, n° 8, p. 7.
- ✓ *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas*, 2ª época.
- ✓ CABRAL, SALVADOR (1974). “Justo Díaz de Vivar y el revisionismo histórico”, en VV.AA. *El revisionismo histórico socialista*. Buenos Aires. Ed. Octubre, pp.132-171.
- ✓ CÁRDENAS, G. (1974). *Las luchas nacionales contra la dependencia. Historia social argentina (Tomo I)*. Buenos Aires. Ediciones Macchi.
- ✓ CASTELLANI, L. [Contratapa], en ORTEGA PEÑA, R. – DUHALDE, E. L. (1974) *Baring Brothers y la historia política argentina*. Buenos Aires. A. Peña Lillo ed. (1ª ed.: 1968).
- ✓ CHÁVEZ, F. - TEJEDOR, F. (1969). “Dos cartas (más sobre «Rosismo, comunismo y lopismo»”, en *Boletín del Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas*. Año II, n° 5. Segunda época. Mayo de 1969, pp. 29-31.
- ✓ CHÁVEZ, F. (1963). “Urquiza en el año 63. Factores Económicos de su Sometimiento”, en *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires. Enero-diciembre 1963, n° 23, pp. 7-15.
- ✓ CHÁVEZ, F. (1968). “Un general del pueblo: Juan Saa”, en VV.AA. *Claves de historia argentina*. Buenos Aires, Merlín.
- ✓ CHÁVEZ, F. (1974). “Rosas”, en VV.AA. (1974). *32 escritores con Rosas o contra Rosas*. Buenos Aires. Ed. Freeland, pp. 55-57.
- ✓ CHÁVEZ, F. (1974). *Vida del Chacho. Ángel Vicente Peñaloza, General de la Confederación*. Buenos Aires. Ediciones Theoría.

- ✓ Colección “Dependencia”. Ed. Guadalupe, 1973-1974.
- ✓ CORVALÁN MENDILAHARSU, D. (1929) *Rosas*. Buenos Aires. M. Gleizer editor.
- ✓ CRUZ TAMAYO, M. (1974a) “Mariano Moreno ¿bolchevique o entreguista?”, en VV.AA. *El revisionismo histórico socialista*. Buenos Aires. Ed. Octubre, pp. 103-110.
- ✓ CRUZ TAMAYO, M. (1974b) “Rosismo y mitrismo; dos alas de un mismo partido”, en VV.AA. *El revisionismo histórico socialista*. Buenos Aires. Ed. Octubre, pp. 111-130.
- ✓ DE GANDÍA, E. (1974). “Rosas, primer dictador argentino”, en VV.AA. (1974). *32 escritores con Rosas o contra Rosas*. Buenos Aires. Ed. Freeland, pp. 85-90.
- ✓ DE PAOLI, P. – MERCADO, M. (1974). *Proceso a los montoneros y guerra del Paraguay. Aplicación de la justicia social de clases*. Buenos Aires. Eudeba.
- ✓ DELLEPIANE, A. (1950). *Rosas*. Buenos Aires. Santiago Rueda editor.
- ✓ DURAÑONA, L. – OESTERHELD, H. (1973-1974). “América latina. 450 años de guerra”, en *El Descamisado*. Buenos Aires, n^{os} 10-46.
- ✓ EZCURRA MEDRANO, A. (1952). *Las otras tablas de sangre*. Bs. As. Ed. Haz.
- ✓ FERLA, S. (1972). *Historia argentina con drama y humor*. Buenos Aires. A. Peña Lillo ed.
- ✓ FONT EZCURRA, R. (1961). *La unidad nacional*. Buenos Aires. Ediciones Theoría.
- ✓ GÁLVEZ, M. (1940). *Vida de Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires. Librería y Editorial El Ateneo.
- ✓ GARCÍA MELLID, A. (1964). *Proceso a los falsificadores de la historia del Paraguay*. Bs.As. Ed. Theoría, 1964, 2 tomos.
- ✓ GARCÍA MELLID, A. (1974). *Montoneras y caudillos en la historia argentina*. Buenos Aires. Eudeba.
- ✓ GARCÍA MELLID, A. (1974). *Proceso al liberalismo argentino*. Buenos Aires. A. Peña Lillo ed.
- ✓ GINZO, J. “Tristán” (1974). “Rosas y su época”, en VV.AA. (1974). *32 escritores con Rosas o contra Rosas*. Buenos Aires. Ed. Freeland, pp. 59-64.
- ✓ HERNÁNDEZ ARREGUI, J. J. (1973). *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*. Buenos Aires. Ed. Plus Ultra.
- ✓ HERNÁNDEZ ARREGUI, J. J. (2005). *Imperialismo y cultura*. Buenos Aires. Ediciones Continente.
- ✓ HERNÁNDEZ, P. (1978). *Conversaciones con José M. Rosa*. Bs. As. Ed. Colihue/Hachette.
- ✓ IBARGUREN, C. (1935) *Juan Manuel de Rosas. Su vida – Su drama – Su tiempo*. Buenos Aires. Librería La Facultad.

- ✓ IRAZUSTA, J. – IRAZUSTA, R. (1982). *La Argentina y el imperialismo británico*. Buenos Aires. Ediciones Independencia.
- ✓ IRAZUSTA, J. (1952). *Urquiza y el pronunciamiento*. Buenos Aires. La Voz del Plata.
- ✓ IRAZUSTA, J. (1955). *Las dificultades de la historia científica y el 'Rosas' del Dr. E. H. Celesia*. Buenos Aires. Ediciones Alpe.
- ✓ IRAZUSTA, J. (1963). *Influencia económica británica en el Río de la Plata*. Buenos Aires. Eudeba.
- ✓ IRAZUSTA, J. (1968). “La política, la historia y la libertad de pensamiento en la Argentina”, en VV.AA. *Claves de historia argentina*. Bs. As. Ed. Merlín.
- ✓ IRAZUSTA, J. (1971). “De la crítica literaria a la historia, a través de la política. Discurso en su incorporación como Académico de Número a la Academia Nacional de la Historia. Sesión pública n° 913, 1° de junio de 1971”, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Buenos Aires. Volumen XLIV, pp. 109-122.
- ✓ IRAZUSTA, J. (1975). *Memorias (Historia de un historiador a la fuerza)*. Buenos Aires. Ediciones Culturales Argentinas.
- ✓ IRAZUSTA, J. (1975). *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*. Buenos Aires. Jorge Llopis, 8 tomos.
- ✓ JAURETCHE, A. (1974). “Don Juan Manuel y el revisionismo «tímido»”, en VV.AA (1974). *32 escritores con Rosas o contra Rosas*. Buenos Aires. Ed. Freeland, pp. 13-32.
- ✓ JAURETCHE, A. (1975). *Política nacional y revisionismo histórico*. Buenos Aires. A. Peña Lillo ed.
- ✓ JITRIK, N. (1996). “La lengua: apropiaciones y resistencias. Reportaje de Néstor Aguilera y Silvana Mandolessi”, en *Tramas para leer la literatura argentina*. Córdoba. Narvaja ed., junio de 1996. Vol. II, n° IV, pp. 33-47.
- ✓ LASCANO, M. (1975). *Don Juan Manuel de Rosas y su gobierno. Juicio reivindicatorio*. Buenos Aires. Ed. Freeland.
- ✓ MITRE, B. (1887) “Carta a Adolfo Saldías”. Buenos Aires, 15 de octubre de 1887. Publicado en “La Nación”, 19 de octubre de 1887. Incluido en SALDÍAS, A. *Historia de la Confederación Argentina. Rosas y su época*. Buenos Aires. Lajouane editor, 1892, vol. I, pp. XIII-XXVII.
- ✓ MITRE, B. (1887) “Carta a Adolfo Saldías”. Buenos Aires, 15 de octubre de 1887. Publicado en “La Nación”, 19 de octubre de 1887. Incluido en SALDÍAS, A. (1892), vol. I, pp. XIII-XXVII.
- ✓ MUÑOZ AZPIRI, J. L. (1974). *Rosas frente al imperio británico. Historia íntima de un Triunfo Argentino*. Buenos Aires. Ediciones Theoría.

- ✓ OLIVER, J. P. “Rosismo, comunismo y lopismo”, en *Boletín del Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas*. Año II, nº 4. Segunda época. Abril de 1969, pp. 23-30.
- ✓ OLIVER, J. P. “Rosismo, comunismo y lopismo”, en *Boletín del Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas*. Año II, nº 6. Segunda época. Setiembre de 1969, pp. 24-43.
- ✓ ORSI, R. (1969). *Historia de la disgregación rioplatense, 1808-1816*. Buenos Aires. A. Peña Lillo ed.
- ✓ ORTEGA PEÑA, R. - DUHALDE, E. L. (1965). “Alberdi y la guerra al Paraguay”, en PEÑA, D.. *Alberdi, los mitristas y la guerra de la Triple Alianza*. Buenos Aires. A. Peña Lillo ed., pp. 9-38.
- ✓ ORTEGA PEÑA, R. - DUHALDE, E. L. (1966). *Felipe Varela contra el Imperio Británico*. Bs. As. Ed. Sudestada.
- ✓ ORTEGA PEÑA, R. - DUHALDE, E. L. (1967a). *Folklore argentino y revisionismo histórico*. Buenos Aires. Ed. Sudestada.
- ✓ ORTEGA PEÑA, R. - DUHALDE, E. L. (1967b). *Las guerras civiles argentinas y la historiografía*. Buenos Aires. Ed. Sudestada.
- ✓ ORTEGA PEÑA, R. - DUHALDE, E. L. (1968). “San Martín y Rosas: la línea nacional americana”, en *San Martín y Rosas. Política nacionalista en América*. Buenos Aires. Ed. Sudestada.
- ✓ ORTEGA PEÑA, R. - DUHALDE, E. L. (1969). “Francisco Solano López y el Paraguay nacionalista”, en LÓPEZ, Mcal. FRANCISCO SOLANO. *Pensamiento político*. Bs. As. Ed. Sudestada, 1969.
- ✓ ORTEGA PEÑA, R. - DUHALDE, E. L. (1973). *El asesinato de Dorrego (Poder, oligarquía y penetración extranjera en el Río de la Plata)*. Buenos Aires. A. Peña Lillo.
- ✓ ORTEGA PEÑA, R. - DUHALDE, E. L. (1974). *Baring Brothers y la historia política argentina*. Buenos Aires. A. Peña Lillo ed.
- ✓ ORTEGA PEÑA, R. - DUHALDE, E. L. (1974). *El manifiesto de Felipe Varela y la cuestión nacional*. Buenos Aires. Eudeba.
- ✓ ORTEGA PEÑA, R. - DUHALDE, E. L. (1987). *Facundo y la montonera*. Buenos Aires. Ed. Contrapunto.
- ✓ ORTEGA PEÑA, R. - DUHALDE, E. L. “La guerra de la Triple Alianza y el revisionismo histórico”, en *Boletín del Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas*. Año II, nº 5. Segunda época. Mayo de 1969, pp. 22-27.
- ✓ PALACIO, E. (1960). *La historia falsificada*. Buenos Aires. A. Peña Lillo ed.

- ✓ PALACIO, E. (1974). "Por qué glorificamos a Rosas", en VV.AA. (1974). *32 escritores con Rosas o contra Rosas*. Buenos Aires. Ed. Freeland, pp. 91-94.
- ✓ PALACIO, E. (1979). *Historia de la Argentina 1515-1976*. Buenos Aires. Ed. Abeledo-Perrot.
- ✓ PEÑA, D. (1965). *Alberdi, los mitristas y la guerra de la Triple Alianza*. Buenos Aires. A. Peña Lillo ed.
- ✓ PEÑA, D. (1986). *Juan Facundo Quiroga*. Buenos Aires. Hyspamérica.
- ✓ PERÓN, J. (1974). *Los vendepatria. Las pruebas de una traición*. Bs. As. Ed. Freeland (1ª ed. 1957).
- ✓ PUIGGRÓS, R. (1949). *La época de Mariano Moreno*. Buenos Aires. Ed. Partenón.
- ✓ PUIGGRÓS, R. (1953). *Rosas, el pequeño*. Buenos Aires. Ediciones Perennis.
- ✓ PUIGGRÓS, R. (1971). *Los caudillos en la Revolución de Mayo*. Buenos Aires. Ed. Corregidor.
- ✓ PUIGGRÓS, R. (1973). *Historia económica del Río de la Plata*. Buenos Aires. A. Peña Lillo ed.
- ✓ PUIGGRÓS, R. (1986). *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*. Buenos Aires. Ed. Hyspamérica. 3 tomos.
- ✓ QUESADA, E. (2011). *La época de Rosas*. Buenos Aires. Urbanita.
- ✓ RAMOS, J. A. (1957). *Revolución y contrarrevolución en Argentina. Las masas en nuestra historia*. Buenos Aires. Ed. Amerindia.
- ✓ RAVIGNANI, E. (1945). *Inferencias sobre Juan Manuel de Rosas y otros ensayos*. Buenos Aires. Ed. Huarpes.
- ✓ ROSA, J. M. (1960). "Adolfo Saldías y la génesis de la «Historia de la Confederación Argentina»", en *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires. Julio-diciembre 1960, n° 22, pp. 93-116.
- ✓ ROSA, J. M. (1967). *Estudios revisionistas*. Buenos Aires. Ed. Sudestada.
- ✓ ROSA, J. M. (1968). *Historia del revisionismo y otros ensayos*. Buenos Aires. Ed. Merlín.
- ✓ ROSA, J. M. (1968). *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*. Buenos Aires. A. Peña Lillo.
- ✓ ROSA, J. M. (1970). *Rosas, nuestro contemporáneo. Sus 20 años de gobierno*. Buenos Aires. Ed. La Candelaria.
- ✓ ROSA, J. M. (1974). *Análisis histórico de la Dependencia Argentina*. Buenos Aires. Ed. Guadalupe. Colección Dependencia, n° 1 (5° edición).
- ✓ ROSA, J. M. (1974). *Del municipio indiano a la provincia argentina (1580-1852) Formación social y política de las provincias argentinas*. Buenos Aires. A. Peña Lillo ed.
- ✓ ROSA, J. M. (1974). *La caída de Rosas*. Buenos Aires. Ed. Plus Ultra.

- ✓ ROSA, J. M. (1974). *Rivadavia y el imperialismo financiero*. Buenos Aires. A. Peña Lillo.
- ✓ ROSA, J. M. (1975). *Nos, los representantes del pueblo*. Buenos Aires. A. Peña Lillo ed.
- ✓ ROSA, J. M. (1977). *El pronunciamiento de Urquiza*. Buenos Aires. A. Peña Lillo ed.
- ✓ ROSA, J. M. (1980). *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*. Buenos Aires. A. Peña Lillo ed.
- ✓ ROSA, J. M. (1981). *Historia argentina*. Buenos Aires. Ed. Oriente, 13 tomos.
- ✓ SALDÍAS, A. (1892). *Historia de la Confederación Argentina. Rozas y su época*. Buenos Aires. Lajouane editor, 3 tomos.
- ✓ SALDÍAS, A. (1975). *Historia de la Confederación Argentina. Rozas y su época*. Buenos Aires. Ediciones Clío, 3 tomos.
- ✓ SARMIENTO, D. F. (1938). *Facundo*. Buenos Aires. Ed. Losada.
- ✓ SCALABRINI ORTIZ, R. (1981). *Política británica en el Río de la Plata*. Buenos Aires. Ed. Plus Ultra.
- ✓ SIERRA, V. (1975). *Historia de la Argentina*. Buenos Aires. Ed. Científica Argentina. 10 tomos.
- ✓ SOARES DE SOUZA, J. A. (1969). *'La caída de Rosas'. Fraude, invención, embustes y adulteración documental de José María Rosa*. Buenos Aires. Ed. Devenir.
- ✓ SOLER CAÑAS, L. (1958-1959). "Negros, gauchos y compadres (1830-1848)", en *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires. Cuarto trimestre de 1958 y primer trimestre de 1959, n^{os} 18-19.
- ✓ SOLER CAÑAS, L. (1963). "Pardos y Morenos en el Año 80...", en *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires, julio-diciembre 1963, n^o 23, pp. 272-309.
- ✓ SOLER CAÑAS, L. (1974). "Acerca de don Juan Manuel de Rosas", en VV.AA. (1974). *32 escritores con Rosas o contra Rosas*. Buenos Aires. Ed. Freeland, pp. 65-71.
- ✓ TAMAGNO, R. (1963). *Sarmiento, los liberales y el imperialismo inglés*. Buenos Aires. A. Peña Lillo ed.
- ✓ UZAL, F. H. (1975). *Obligado. La batalla de la soberanía*. Buenos Aires. Ed. Moharra.
- ✓ VIÑAS, D. (1971). *Rebeliones populares argentinas. Tomo I. De los montoneros a los anarquistas*. Buenos Aires. Carlos Pérez editor.
- ✓ VV.AA. (1968). *Claves de historia argentina*. Buenos Aires. Ed. Merlín.
- ✓ VV.AA. (1974). *32 escritores con Rosas o contra Rosas*. Buenos Aires. Ed. Freeland.
- ✓ VV.AA. (1974). *El revisionismo histórico socialista*. Buenos Aires. Ed. Octubre.

Discografía

- ✓ CAFRUNE, JORGE, “A don Juan Manuel”, en el álbum *Este destino cantor* (CBS, 1972).
- ✓ CAFRUNE, JORGE. *Vida y obra de un caudillo* (CBS, 1965).
- ✓ GENE, JUAN CARLOS (1983). *El Inglés* (Cuarteto Zupay-Pepe Soriano. Polygram 812790/791-1).
- ✓ HUERQUE MAPU. *Huerque Mapu 1*. Tonodisc Ton 1064, 1973.
- ✓ LOS MONTONEROS. *Vida y muerte de don Juan Manuel de Rosas* (Diapasón, GL 4020, 1969).
- ✓ PARRA, VIOLETA (1966). “Los pueblos americanos”, en VV.II. *Carpa de La Reina*. EMI Odeón Chilena, lado B, banda 6.
- ✓ RAMÍREZ, ARIEL – LUNA, FÉLIX. *Los caudillos* (Phillips, 1966).

Filmografía

- *Güemes. La tierra en armas* (Torre Nilsson, 1971)
- *Juan Manuel de Rosas* (Antín, 1972)
- *La hora de los hornos* (Solanas, 1968)
- *Los hijos de Fierro* (Solanas, 1973)
- *La pulpera de Santa Lucía* (1968)

FUENTES SECUNDARIAS

- ✓ AA.VV. (2006) *Tiempo de insurgencias. Experiencias comunistas en la Revolución rusa*. Buenos Aires.
- ✓ ACHA, O. (2006). *La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX*. Buenos Aires. Eudeba.
- ✓ ACHA, O. (2009). *Historia crítica de la historiografía argentina. Vol. I: Las izquierdas en el siglo XX*. Buenos Aires. Prometeo ed.
- ✓ AMARAL, S. - PLOTKIN, M. (comp.) (1993). *Perón, del exilio al poder*. San Martín. Ed. Cántaro.
- ✓ ANDERSON, B. (2007). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México. Fondo de Cultura Económica.
- ✓ ARIZA, L. (2004). “Frantz Fanon. La nación interpuesta”, en VERNIK 2004, pp. 113-134.
- ✓ BHABHA, H. K. (2000). “Narrando la nación”, en FERNÁNDEZ BRAVO 2000, pp. 211-219.
- ✓ BLOCH, M. (1970). *Introducción a la historia*. México. Fondo de Cultura Económica.

- ✓ CAPDEVILA, L. (2020). *Una guerra total: Paraguay, 1864-1870. Ensayo de historia del tiempo presente*. Bs. As. Sb editorial.
- ✓ CATTARUZZA, A. - EUJANIAN, A. (2003). *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*. Buenos Aires. Alianza editorial.
- ✓ CATTARUZZA, A. (1993). “Algunas reflexiones sobre el revisionismo histórico”, en DEVOTO, F. (comp.), I, 113-139.
- ✓ CATTARUZZA, A. (2003). “El revisionismo: itinerario de cuatro décadas”, en CATTARUZZA, A. - EUJANIAN, A. 2003, 143-182.
- ✓ CATTARUZZA, A. (2007). *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*. Buenos Aires. Ed. Sudamericana.
- ✓ CHATERJEE, P. (2008). *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Bs. As. Siglo XXI ed.
- ✓ CHIARAMONTE, J. C. (2013). *Usos políticos de la historia. Lenguaje de clases y revisionismo histórico*. Buenos Aires. Ed. Sudamericana.
- ✓ CIRIA, A. (1983). *Política y cultura popular: la Argentina peronista 1946-1955*. Buenos Aires. Ed. de la Flor.
- ✓ DEBRAY, R. (1971). *Ensayos sobre América Latina*. México. Ediciones Era.
- ✓ DEVOTO, F. - PAGANO, N. (2006). *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires. Ed. Sudamericana.
- ✓ DEVOTO, F. - PAGANO, N. ed. (2004). *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*. Buenos Aires. Ed. Biblos.
- ✓ DEVOTO, F. (comp.) (1993). *La historiografía argentina en el siglo XX*. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina.
- ✓ DI MEGLIO, G. (2010). “La crisis del consenso liberal (1920-1940/50)”, en FRADKIN, R. - GELMAN, J. (coord.). *Doscientos años pensando la Revolución de Mayo*. Buenos Aires. Ed. Sudamericana.
- ✓ DÍAZ, E. (1996). “¿Qué es el imaginario social?”, en DÍAZ, E. ed. 1996, pp. 13-20.
- ✓ DÍAZ, E. (1996). *La ciencia y el imaginario social*. Buenos Aires. Ed. Biblos.
- ✓ DIEZ, M. A. (2009). *El dependentismo en Argentina. Una historia de los claroscuros del campo académico entre 1966 y 1976*. Tesis doctoral. Mendoza. Universidad Nacional de Cuyo. Disponible en https://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/3496/tesisdiez.pdf (Fecha de captura: 24 de abril de 2023).
- Disponible en https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4703/pr.4703.pdf
- ✓ EIDELMAN, A. (2004). *Militancia e historia en el peronismo revolucionario de los años 60: Ortega Peña y Duhalde*. Buenos Aires. Centro Cultural de la Cooperación.

- ✓ FERNÁNDEZ BRAVO, Á. comp. (2000). *La invención de la Nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Bs. As. Manantial, cap. 10, pp. 211-219. Disponible en www.cholonautas.edu.pe/Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales (fecha de captura: 12 febrero de 2012).
- ✓ FOUCAULT, M. (1996). *Genealogía del racismo*. La Plata. Ed. Altamira.
- ✓ FRADKIN, R. - GELMAN, J. coord. (2010). *Doscientos años pensando la Revolución de Mayo*. Buenos Aires. Ed. Sudamericana, 2010.
- ✓ GEORGIEFF, G. (2008). *Nación y revolución. Itinerarios de una controversia en Argentina (1960-1970)*. Buenos Aires. Prometeo Libros.
- ✓ GIL, G. (2019). *La izquierda peronista. Transitando los bordes de la revolución*. Buenos Aires. Prometeo ed.
- ✓ GIL, G. (2022). *Disputando la nación: la polémica Oliver-Ortega Peña/Duhalde sobre la Guerra de la Triple Alianza*. Ponencia presentada en las VIII Jornadas “Los terciarios hacen Historia”. I.S.P. Buenos Aires, 28 de octubre de 2022.
- ✓ GILLESPIE, R. (1987). *Soldados de Perón. Los montoneros*. Buenos Aires. Ed. Grijalbo.
- ✓ GOEBEL, M. (2004). “La prensa peronista como medio de difusión del revisionismo histórico bajo la Revolución Libertadora”, en *Prohistoria*. Rosario. Primavera 2004. Año VIII, n° 8, pp. 251-265.
- ✓ GOEBEL, M. (2013). *La Argentina partida. Nacionalismos y políticas de la historia*. Buenos Aires. Prometeo libros.
- ✓ HALPERÍN DONGHI, T. (1970). *El revisionismo histórico argentino*. Buenos Aires. Siglo XXI ed.
- ✓ HALPERÍN DONGHI, T. (1996). “El revisionismo histórico argentino como visión decadentista del pasado nacional”, en *Ensayos de historiografía*. Buenos Aires. Ediciones El Cielo por Asalto, pp. 107-126.
- ✓ KROEBER, C. (1964). *Rosas y la revisión de la historia argentina*. Buenos Aires. Fondo Editor Argentino.
- ✓ MANSON, E. (2008). *José María Rosa. El historiador del pueblo*. Buenos Aires. Ed. Ciccus.
- ✓ MELE, M. (s.f.). “A medio siglo de una polémica sobre la Guerra del Paraguay”, en revista *Movimiento*. Disponible en <https://revistamovimiento.com/historia/a-medio-sigloOesterhelde-una-polemica-sobre-la-guerra-del-paraguay/> (Fecha de captura: 17 de agosto de 2022).
- ✓ MOLINERO, C. (2011). *Militancia de la canción. Política en el canto folklórico de la Argentina (1944-1975)*. Buenos Aires. De Aquí a la Vuelta.

- ✓ MUTSUKI, N. (2004). *Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo argentino*. Buenos Aires. Ed. Biblos.
- ✓ NICOLINI, F. – BELTRAMI, A. (2016). *Los Oesterheld*. Buenos Aires. Ed. Sudamericana.
- ✓ NIETZSCHE, F. (1943). *El origen de la tragedia*. Bs. As. Espasa-Calpe (Colección Austral, n° 356).
- ✓ NIGRA, F. (2001). “Cargando fusiles con ideas: acerca de la producción historiográfica de Ortega Peña y Duhalde”, en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*. Bs. As. Vol.6, n° 16, julio 2001, pp. 130-159.
- ✓ OTAL LANDI, A. (2016). “El conflicto de los «ismos» dentro del Revisionismo histórico y en torno a la Guerra del Paraguay”, en RHTP, *Revista Historia para Todos*. Año II, n° 3, julio de 2016, pp. 80-89.
- ✓ PALTÍ, E. (2000). “La ‘Historia de Belgrano’ de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*. 3ra serie, n° 21, 1er semestre 2000, pp. 75-98.
- ✓ PALTÍ, E. (2006). *La nación como problema. Los historiadores y “la cuestión nacional”*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- ✓ PAMPÍN, M. F. - COLUSSI, R. (s. d.). “La cultura en tiempos de Crisis”, en *Revista crítica de literatura argentina*. S. loc. Corregidor. Segunda época, n° 4, pp. 261-286.
- ✓ PETRA, A. (2012). “Editora y editoriales comunistas: el caso de *Problemas* de Carlos Dujovne”, en *Primer Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición*. La Plata, 31 octubre / 1-2 noviembre 2012, en https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1945/ev.1945.pdf (fecha de captura: 21 de agosto de 2022).
- ✓ PETRAS, J. – ZEITLIN, M. dir. (1970). *América latina: ¿reforma o revolución?* Buenos Aires. Ed. Tiempo Contemporáneo.
- ✓ PLA, A. (1972). *Ideología y método en la historiografía argentina*. Buenos Aires. Ed. Nueva Visión.
- ✓ PLOTKIN, M. (1993). “La «ideología» de Perón: continuidades y rupturas”, en AMARAL, S. - PLOTKIN, M. comp. (1996).
- ✓ PLOTKIN, MARIANO (1995). “Rituales políticos, imágenes y carisma: la celebración del 17 de Octubre y el imaginario peronista 1945-1951”, en TORRE, JUN CARLOS (comp.), pp. 171-217.
- ✓ PLOTKIN, MARIANO (2007). *El día que se inventó el peronismo. La construcción del 17 de octubre*. Buenos Aires. Ed. Sudamericana.

- ✓ POGGI, MARTA M. (2010). “La consolidación y difusión de un mito fundacional. La Revolución de Mayo en los textos escolares, 1880-1905”, en *Anuario del Instituto de Historia Argentina*. La Plata. Memoria Académica. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, n° 10, pp. 165-198.
- ✓ PULFER, D. (2015). *El Revisionismo Histórico en la Argentina. Vertientes internas y producciones. Una bibliografía alfabética y cronológica*. Disponible en http://www.cedinpe.unsam.edu.ar/content/pulfer-dario-el-revisionismo-hist%C3%B3rico-argentino-vertientes-internas-y-producciones-una-0#6628_pdfs.
- ✓ QUATTROCCHI-WOISSON, D. (1995). *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*. Buenos Aires. Emecé editores.
- ✓ RAMA, C. (1981) *Nacionalismo e historiografía en América Latina*. Madrid. Tecnos.
- ✓ REYES, F. (2014). “La pregunta por la nación en la Argentina liberal: Saldías, entre la historia y la política”, en *Papeles del Centro de Investigaciones*. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, UNL. Año 4, n° 15. Santa Fe.
- ✓ ROMERO, LUIS ALBERTO (coord.) (2004). *La Argentina en la escuela. La idea de nación en los textos escolares*. Buenos Aires. Siglo XXI ed.
- ✓ RUBIO GARCÍA, G. (2016). “Scalabrini Ortiz y el revisionismo histórico”, en *Temas de historia argentina y americana*, n° 24. Pontificia Universidad Católica Argentina. Instituto de Historia Argentina y Americana. Buenos Aires.
- ✓ SMERLING, T. - ZAK, A. (2014). *Un fusil y una canción*. Buenos Aires. Planeta.
- ✓ STAVENHAGEN, R. (1970). “Siete falacias sobre América latina”, en PETRAS, J. - ZEITLIN, M. dir., pp. 15-32.
- ✓ STORTINI, J. (2004). “Historia y política. Producción y propagando revisionista durante el primer peronismo”, en PROHISTORIA (ed.) *Dossier. Revisionismo Histórico Argentino. Difusión y Recepción*. Rosario. Primavera de 2004. Año VIII, n° 8, pp. 229-249.
- ✓ STORTINI, J. (2004). “Polémicas y crisis en el revisionismo argentino: el caso del Instituto de Investigaciones Históricas 'Juan Manuel de Rosas'”, en DEVOTO, F. - PAGANO, N. eds. (2004), pp. 81-106.
- ✓ STORTINI, J. (2019). *La historia como herramienta política: caudillos y masas en la obra de Rodolfo Ortega Peña y Eduardo L. Duhalde*. XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Catamarca, octubre de 2019, disponible en <http://www.editorial.unca.edu.ar/Publicacione%20on%20line/CD%20INTERACTIVO/S/ACTAS%20INTERESCUELA%202019/PDF/MESA%20145/STORTINI%20MESA%20145.pdf> (fecha de captura: 3 de marzo de 2022)

- ✓ SVAMPA, M. (1994). *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*. Buenos Aires. Ed. El Cielo por Asalto.
- ✓ TARCUS, H. (1996). *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. Buenos Aires. Ed. El Cielo por Asalto.
- ✓ TERÁN, O. (1991). *Nuestros años sesentas*. Buenos Aires. Ed. Puntosur.
- ✓ TORRE, JUAN CARLOS (1995). *El 17 de octubre de 1945*. Buenos Aires. Ed. Ariel.
- ✓ TOURRES, L. (2018). “Los usos sociales del pasado en la construcción nacional estatal: la representación de la propuesta de una monarquía incaica (1816) en la historiografía de Mitre”, en *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 13, 24-41.
- ✓ TREJO AMEZCUA, A. (2013). “El plebiscito de todos los días: la idea de nación en Ernest Renan”, en *Política y cultura*. Primavera 2013, n° 39, pp. 7-25.
- ✓ VÁZQUEZ, P. (2018) “Fermín Chávez y la revista «Ahijuna»”, en *Actas de Periodismo y Comunicación*. Buenos Aires, noviembre de 2018. Vol. 4, n° 3. Disponible en http://cedinpe.unsam.edu.ar/sites/default/files/pdfs/vazquez_-ahijuna.pdf (fecha de captura: 26 de agosto de 2022).
- ✓ VERNIK, E. (comp.) (2004). *Qué es una nación. La pregunta de Renan revisitada*. Bs. As. Prometeo Libros.
- ✓ ZORRAQUÍN BECÚ, R (1955). “En torno al revisionismo. El problema del juicio histórico”, en *Historia. Revista trimestral de Historia argentina, Americana y Española*. Buenos Aires, n° 2, p.11-22.